

La noche
se llama Olalla
JESÚS FERRERO

Siruela/ Policiaca

Jesús Ferrero

La noche se llama Olalla

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

LA NOCHE SE LLAMA OLALLA

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Créditos

Otras obras de Jesús Ferrero

*A Mari Luz, a Sonia,
a Sandra y a Marta,
que desde su ausencia trágica
ya saben lo que significa el silencio.*

«Detesto a las víctimas cuando respetan a sus verdugos.»
SARTRE

LA NOCHE SE LLAMA OLALLA

Uno

Diario de Olalla. Madrid, 9 de agosto, 2012

Años atrás, cuando la riqueza brillaba con sus burbujas vanas y las finanzas de corto aliento, cuando se regalaba dinero etéreo y los medios de comunicación proclamaban que España era la octava economía del mundo, las calles y las piscinas de Madrid se vaciaban en agosto.

Los que tenían el buen gusto de quedarse en la ciudad y no llenar las playas con sus cuerpos pringosos y enrojecidos podían disfrutar de un Madrid íntimo y tranquilo, que invitaba a gozar de los placeres de la amistad y del amor, o a tumbarse en el césped de las piscinas lejos del tumulto y con la misma tranquilidad que en una piscina privada.

Pero todo ese mundo reluciente y caduco es ahora solo un sueño del pasado. Muchos madrileños han renunciado a las vacaciones fuera de casa y la piscina del estadio de Vallehermoso, que frecuento desde niña y que otros años se despoblaba en el ecuador del verano, rebosa de madres, niños y vecinos sin un euro en el bolsillo. En el césped del cercado de cipreses adyacente a la piscina principal, ya no caben más cuerpos tendidos al sol. A la incomodidad de una situación que se presenta como novedosa, se une el desasosiego que me produce la lectura de la prensa en este verano tan sangriento del 2012 que los devotos de las falsas interpretaciones del calendario maya consideran definitivo para la humanidad y para todo el sistema solar, ya que no dudan que va a ser el año del fin del mundo. En parte les doy la razón, pues si bien no creo en el fin del mundo, sí pienso que se está constatando, de forma cada vez más evidente, el fin de un mundo vinculado al dinero y los negocios fáciles.

Uno de los periódicos que acabo de leer todavía habla del asesino del cine de Aurora, el que jugó a convertir la virtualidad de la pantalla en realidad sangrienta y desbocada.

Pero la performance del cine de Aurora, la ciudad de Colorado, no es el único asunto sangriento que divulga el diario que acabo de leer. Y así, mientras en Londres se están celebrando las olimpiadas más tristes y apagadas de la historia, en España la prima de riesgo sigue disparándose, las necesidades de financiación aumentan, el país avanza hacia la quiebra total, y los desahucios baten un récord histórico. Al mismo tiempo, en el norte de Cataluña avanzan las llamas, con catorce mil hectáreas afectadas, nueve mil arrasadas y cuatro muertos, y al otro lado de la península, en Extremadura, arden también los bosques, en un incendio a todas luces provocado y desde dos flancos.

Las noticias referentes al extranjero no me parecen menos catastróficas. Mientras en Iraq mueren ciento siete personas en una ola de atentados, en Damasco amenazan con utilizar armas químicas y biológicas si son sometidos a una agresión externa, en la India fallecen cuarenta y siete viajeros en un tren en llamas, en Groenlandia se está fundiendo el hielo a una velocidad inusitada, y varios científicos anuncian en la revista Nature que

los ecosistemas del planeta podrían sufrir el hundimiento completo hacia el año 2100; o lo que es lo mismo: por efecto de causas humanas, el medio ambiente podría sobrepasar el punto de no retorno antes de que acabe el siglo. Todo un acelerón en el grandioso camino hacia la nada.

Como colofón a tanta insensatez, el último periódico que he leído dice en su contraportada que el treinta por ciento de los niños de seis meses a cinco años sufren insomnio. ¿Y a quién puede extrañarle?, me pregunto. El insomnio de los niños puede ser el efecto de una causa bastante visible: la ansiedad general, que sus mismos padres les transmiten involuntariamente y como un elemento más de nuestra época.

Intento olvidarme por un momento de todo lo que he leído, me tiendo en el césped, cierro los ojos, y me dejo arrastrar dulcemente por los recuerdos de Gaby y los momentos tan sentimentales como sexuales que he pasado con él. Antes, cuando solo éramos amigos, salíamos con más gente y hasta con algunos profesores de la Escuela de la Imagen, donde curso estudios de ciencias de la comunicación, o de la Complutense, donde estudia Gaby; pero desde nuestro acercamiento una noche del pasado verano en que acabamos enredándonos bajo la misma sábana, permanecemos mucho tiempo juntos y hemos abandonado la vida de cuadrilla y las borracheras comunales.

Esta tarde, Gaby ha tenido que acompañar al hospital a una tía materna con la que vive en una casa junto al pantano de Galapagar, y nos hemos prometido vernos mañana.

Decido darme un chapuzón, y más tarde, cuando ya estoy a punto de abandonar la piscina, le envío un mensaje por teléfono: «Oh, Gaby, llevo unas horas sin ti y ya tengo ganas de verte. Te quiero, te quiero y te quiero».

Madrid, 10 de agosto, 2012

Recuerdo perfectamente que tras enviar el mensaje pedí una cerveza en el bar de la piscina, fui un momento al lavabo, acabé la cerveza y perdí completamente la consciencia. Ahí empezó el gran vacío de mi mente, y el gran miedo. Ahí empezó el horror que solo puedo expresar con un gran signo de interrogación, pues se ha borrado de mi cabeza todo lo que hice desde el momento en el que me hallaba en el bar de la piscina hasta el instante en que desperté en una cama de sábanas sucias. Tenía las bragas bajadas hasta la altura de las rodillas y me veía en medio de una habitación de paredes deterioradas.

Me incorporé aturdida, notando dolores en todo el cuerpo, y especialmente en el ano y la vagina. Sobre una silla rota encontré mi vestido y una máscara de cuero, y junto a la silla la envoltura desgarrada de una cinta de vídeo de la marca Canon y mis zapatos. No había nada más en la habitación.

Me calcé, me vestí, crucé un pasillo, abrí una puerta y alcancé la calle. Por lo que pude ver, acababa de salir de una casa abandonada junto al parque de Berlín.

Avancé como una sonámbula hasta la calle Pradillo, donde paré un taxi y pedí al conductor que me llevase a la avenida Filipinas. No se me ocurrió acudir de inmediato a alguna comisaría y me oculté en mi casa.

No había nadie en el piso: mi madre estaba en Aranjuez y no regresaba hasta el lunes. Nada más llegar me metí en la bañera. Quería purificarme. Era una necesidad imperiosa que estaba más allá y más acá de mi conciencia, muy debilitada y flotante. No podía creer que me hubiesen violado, y pensé en la posibilidad de poner una denuncia, pero estaba muy confundida y hasta creí que la culpa había podido ser mía por haber bebido y haberme desmayado. Intenté recordar y me invadieron imágenes fugaces de la terraza del Champagne Canal, de caras borrosas e irreconocibles, de mí misma girando como una peonza en un salón en penumbra, de un hombre enmascarado, o quizá dos... También creía recordar de pronto una cámara de vídeo colocada sobre un trípode, que hacía más explicable la envoltura de plástico que había encontrado en el cuarto. ¿Y si además de violarme habían grabado la agresión para difundirla alegremente por ahí? A la humillación de haber sido violada se uniría el infierno de la publicidad eterna en el eterno miasma de Internet. Luego pensé en Gaby y me invadió el terror. ¡Dios mío, Gaby!, grité, y me eché a llorar.

De pronto sonó el teléfono: era él.

—Por fin respondes —dijo—. Te estuve llamando hasta las dos de la madrugada. Olalla,

¿te encuentras bien?

–No. Tengo que hablar contigo, pero no por teléfono.

–Me estás asustando.

–Más asustada estoy yo. ¿Estás en tu casa?

–Sí. Iría a buscarte pero tengo el coche averiado.

–No te preocupes, dentro de un rato salgo para allá –le dije antes de colgar.

Mientras escribo en mi diario la deleznable experiencia, me pregunto si no será una locura abordar la calle y entrar en mi coche. Sigo narcotizada y no sé si estoy en condiciones de conducir, pero tengo que salir de este infierno como sea.

Dos

A ratos llovió, brilló el sol, se oyeron truenos. Como colofón a tanta prestidigitación, al atardecer la ciudad empezó a hundirse en la niebla. Ya para entonces Ágata Blanc había dispuesto sobre la encimera de la cocina los manjares de los que iba a disfrutar esa noche con sus amigos.

La Rue Cassini parecía una sucesión de luces sumergidas en la bruma cuando llegó Eva, que traía un vestido muy escotado. ¿A quién quería seducir? ¿A alguno de los comensales?, ¿al mundo en general?, ¿a mí misma?, se preguntó Ágata mientras la besaba. Después llegaron Yves, que había adelgazado unos quince kilos aunque seguía pesando más de cien, y Amadeo, que estaba acabando de escribir un libro sobre los ricos.

Durante la cena, Ágata le preguntó a Amadeo qué pensaba de la situación de España. Amadeo movió inquietantemente la cabeza y contestó:

—Se empieza a parecer bastante al infierno. Como sigan así se van a quedar sin clase media, y entonces sí que va a ser el espanto y el rechinar de dientes... Han aumentado las enfermedades mentales.

—¿Y te extraña?

—No. Se me ocurre un refrán: las crisis y las guerras llenan los manicomios más que la primavera.

Ágata se echó a reír. Eva la miró ofendida y pasó a contar que una de sus primas se había vuelto loca.

—Si es verdad que toda cara es una súplica, la cara de los locos lo es más todavía —comentó Eva.

—No pongo en duda la seriedad de la locura. En realidad la locura es un asunto tan serio como la muerte, y sin embargo pasamos la vida riéndonos de la muerte y haciendo chistes sobre ella. ¿Brindamos? —propuso Ágata.

—Brindaron.

Tras un breve silencio, Ágata sacó de la nevera un postre solemne y espectacular: una tarta de nata, chocolate y licor de avellana. Fue entonces cuando empezó a sonar el teléfono fijo, que se hallaba en el vestíbulo, y Ágata tuvo que abandonar la mesa. En esta ocasión la requería una mujer de Madrid que decía llamarse Leonor Aguilar.

—¿De qué me conoce? —preguntó Ágata.

—Soy una vieja amiga de Lucía Valmorant, para la que hizo usted una investigación hace unos cinco años. Supongo que se acuerda de ella.

—Por supuesto. ¿Para qué me necesita?

La voz de la mujer se tornó más agónica y triste cuando dijo:

—En agosto falleció mi hija. Se llamaba Olalla y estaba a punto de cumplir veinte años. La policía dijo que fue un accidente de tráfico, sin embargo yo no tengo claro que fuera

solamente eso, pero no son asuntos para tratar por teléfono, créame, y preferiría hacerlo cara a cara. Conozco sus honorarios y no habrá ningún problema al respecto. ¿Podría usted venir a Madrid?

—Desde luego. Mañana mismo salgo para allá —contestó, y pensó en la posibilidad de hacer el viaje en su coche, para poder disponer de él en la ciudad.

Ágata despidió a sus amigos a las once de la noche, se acostó enseguida y se despertó al amanecer, envuelta en la atmósfera de la pesadilla que acababa de tener. En el sueño, cuyos efectos terroríficos la habían devuelto a la vigilia, Ágata transitaba por un Madrid devastado que parecía el de la Guerra Civil. Cerca de la Gran Vía había caído una bomba. La gente que había visto la explosión decía que tenía forma de hongo, si bien nadie la vinculaba a ningún artefacto atómico, y simplemente se limitaban a asegurar que parecía un champiñón blanco y radiante. Por la calle Princesa, llena de casas en ruinas, circulaban coches de época con hombres armados hasta los dientes que semejaban gánsteres de Chicago. Uno le lanzaba un beso con la mano y le decía una obscenidad en alemán.

Ella lo insultaba, y entonces el coche comenzaba a seguirla por una calle larga y amplia que recordaba la Séptima Avenida de Nueva York. El coche ya estaba a punto de arrollarla cuando se despertaba dando un grito.

Todavía temblando, se acercó a la ducha y permaneció un buen rato bajo el agua. Después se vistió, cogió su equipaje y se metió en su coche, aparcado en una esquina de la avenida del Observatorio.

Una hora después, ya circulaba por la autopista del Sur en dirección a España.

No se detuvo hasta Hendaya, donde paró un rato en un bar de carretera, y desde allí prosiguió el viaje hasta Madrid. Nada más llegar, le sorprendió la amarga transformación que había experimentado la ciudad. Tan solo tres años atrás, Madrid era para ella la ciudad azul. De día lo parecía por sus cielos abiertos y evanescentes, que le transmitían una intensa sensación de ligereza, como si al cruzar sus aceras sintiese que sus pies se elevaban del suelo y flotaban en el aire transparente, y de noche también lo parecía por sus luces electrizantes y festivas, que en la Gran Vía adquirían una tonalidad muy plácida, tiñendo la atmósfera de un color tan indefinible como el azul de China, en la frontera indecisa entre el azul acerado y el gris.

En primavera y en verano, las terrazas de los bares y los cafés estaban llenas de gente, y sus calles más calientes se colmaban de jóvenes españoles y extranjeros, dándole a la noche un sabor tan íntimo como extraño, todo él envuelto en el fulgor fraterno del alcohol.

Pero el derrumbe laboral y financiero lo había trastocado todo. Se veían muchos pisos con el letrero «SE VENDE», y los muchachos bebían en la calle porque era más barato que hacerlo en los bares. Todas las sedes de los bancos estaban vigiladas por parejas de guardias jurados, y las colas de los comedores sociales eran cada vez más largas y en ellas se mezclaban parados, mendigos, buscavidas y gentes que hasta hacía bien poco creían pertenecer a la clase media.

Ágata torció hacia la calle en la que había dejado aparcado su coche y se dirigió a la

avenida Filipinas.

Leonor Aguilar vivía en un inmueble bastante alto, probablemente construido en los años cuarenta del siglo pasado, cerca del recinto deportivo de Vallehermoso. El portal no estaba demasiado limpio y el portero, adormilado tras un mostrador exiguo y mal iluminado, la recibió con cara de perro y le dijo que Leonor vivía en el ático.

Ágata subió hasta el noveno piso en un ascensor renqueante y vio que Leonor la estaba esperando en el rellano. Subieron juntas cinco escalones más y entraron en un piso pequeño y acogedor, tremendamente alegre y femenino. La ventana del saloncito daba a una pequeña terraza con muchas plantas y tras ellas se divisaba el cielo nocturno de Madrid. Por diferentes razones, Ágata había pensado que Leonor pertenecía a la misma clase social que Lucía Valmorant, pero todo le indicaba que estaba equivocada.

—De modo que es usted Ágata Blanc —musitó la mujer con una voz de una fragilidad agobiante.

Ágata asintió.

El televisor estaba encendido, pero sin sonido. Leonor lo apagó y puso cara de circunstancias. Ágata observó los muebles, la biblioteca, los cuadros que ornaban las paredes, y a pesar de que le parecía un espacio muy amable y luminoso, el rostro de su anfitriona le indicaba que se hallaba ante una mujer que padecía una seria depresión.

Al igual que la terraza, el salón estaba lleno de plantas. En la alacena ubicada frente a ella, se sucedían los tiestos con plantas de interior que no necesitaban la luz directa del sol. Dos tiestos contenían helechos perecidos a los culantrillos, y otros dos camelias, que desprendían una fragancia mareante y dulzona. Del techo colgaban más macetas, suspendidas de trenzados de cuerdas de colores que las hacían parecer pequeños globos aerostáticos, y algunas derramaban casi hasta el suelo sus lagrimones de hiedra y de madreselva.

—Su casa es un jardín —comentó Ágata.

—Antes lo era más. Tanto a mi hija como a mí nos gustaba vivir en una atmósfera vegetal. Desde que Olalla se fue, se han muerto algunos helechos y no he tenido fuerzas para sustituirlos por otros. Ciertos asuntos, amiga, le quitan a una las ganas de vivir. Pero siéntese, por favor —dijo Leonor señalándole a la detective una de las butacas.

Ya se hallaban sentadas la una frente a la otra cuando Ágata preguntó:

—¿De qué conocía usted a Lucía Valmorant?

Leonor sonrió irónicamente antes de responder:

—Entiendo su pregunta. Sin duda suponía usted que yo debía de pertenecer al *beau monde*, como su anterior clienta en Madrid. Pero no es así, y siempre he pertenecido a la clase media-baja, como se suele decir. Hace años fui la secretaria de Lucía Valmorant. Fue ella la que me comentó que su madre es española y que conoce Madrid tan bien como París —dijo, y volvió a sonreír, si bien con una profunda tristeza—. ¿Qué quiere tomar?

—Una cerveza.

Leonor puso cara de contrariedad antes de decir:

—No tengo alcohol, me lo ha prohibido el médico.

—No se preocupe, me sentará mejor un té.

La mujer abandonó el salón y volvió no mucho después con una bandeja en la que reposaban una tetera japonesa y dos tacitas de porcelana y funda de plata.

Ágata dio un sorbo a su taza y musitó:

—Hábleme de su hija. ¿Olalla estudiaba?

—Sí, ciencias de la información en la Escuela de la Imagen, en Tres Cantos, y era una chica alegre y desenvuelta que me ayudaba a vivir. Hace seis meses, cuando se dirigía en coche a casa de su novio, tuvo un accidente de tráfico en el que halló la muerte.

Ágata la miró impresionada.

—¿Le hicieron la autopsia? —preguntó.

—Sí.

—¿Y?

Leonor tomó aliento, cerró los ojos, los abrió y comentó con voz quebradiza:

—El informe forense decía que iba narcotizada. Una información bien sorprendente.

—¿Por qué?

—Porque mi hija no se drogaba.

—¿Está segura?

—Completamente.

—¿Cree que alguien la drogó en contra de su voluntad?

—Sí. El informe forense decía que Olalla había mantenido relaciones sexuales horas antes del accidente, pero resulta que la noche anterior Olalla no había estado con su novio, y me consta que mi hija solo mantenía relaciones sexuales con él.

—¿Dónde vivía Olalla?

—Aquí. Le enseñaré su cuarto.

Las dos se incorporaron. Leonor abrió una de las puertas que daban al salón y encendió una luz.

Se trataba de una habitación limpia y acogedora. Una de las paredes estaba cubierta de anaqueles con libros vinculados a la filosofía, la literatura, el cine. También había libros sobre una mesa camilla ubicada junto a la ventana. La cama era pequeña y monástica y sobre la mesilla se veían un despertador y un aparato de radio. De una de las paredes colgaba una reproducción de Juan Gris: un bodegón cubista en tonos grises y negros. En otra había un cartel de la película de Bergman *El manantial de la doncella*, en tonos igualmente grises y negros. Parecía el cuarto de una mujer laboriosa, austera e inteligente, y ya desde ese momento Ágata empezó a sentirse implicada en la vida y la muerte de Olalla.

—¿No le importa que le exprese mis dudas acerca de su comportamiento?

—¿El mío o el de mi hija?

—El suyo.

—Claro que no. Hable sin reparo alguno.

—Ya hace casi medio año que murió Olalla. ¿No cree usted que es un poco tarde para ocuparse del asunto?

—Sí y no. Le diré la verdad: hasta ahora he estado flotando en el dolor y en el sopor

que procuran las pastillas contra la depresión. Pero hace aproximadamente una semana tuve una pesadilla en la que Olalla me pedía...

Leonor enmudeció, como si le diera vergüenza seguir.

–No se calle, por favor, y tenga confianza en mí –musitó Ágata acariciando su mano.

–Va usted a pensar que estoy loca.

–En modo alguno. La escucho.

–En la pesadilla que le digo, Olalla me gritaba desde su tumba que aún no podía descansar. No me decía nada más, pero me bastó. No ignoro, amiga, que los sueños, sueños son, y que en realidad eso me lo estaba diciendo a mí misma, pues soy yo la que no puedo descansar, y no podré hacerlo hasta que no sepa qué le pasó a ciencia cierta a mi hija.

–La entiendo perfectamente. ¿Ha notado si falta algo en esta habitación? –preguntó.

–Veo que es experta en hacer las preguntas más adecuadas y eso me hace confiar en usted. Lucila, que era la mejor amiga de mi hija, asegura que falta su diario. Pero si he de decirle la verdad, yo nunca vi a Olalla escribir un diario.

–¿Puedo ver alguna fotografía de su hija? –preguntó Ágata saliendo con Leonor del cuarto.

–Le pasaré su álbum de fotos. Podrá llevárselo y analizarlo con su mirada clínica. Seguro que saca más de una conclusión interesante.

Leonor volvió a entrar en el cuarto de Olalla y salió no mucho después con el álbum en la mano.

–Dice usted que tenía novio...

–Sí –dijo Leonor tendiéndole a Ágata el álbum.

Ágata lo aceptó antes de añadir:

–Me gustaría que me hablase de su novio y sus amigos.

Se sentaron de nuevo en las butacas, y mientras Ágata ojeaba el álbum, Leonor empezó a decir:

–El que fue su novio se llama Gabriel, pero todos le llaman Gaby, también mi hija le llamaba así. Estudiaba psicología en la Complutense, pero aún no ha acabado la carrera.

–¿Por qué?

–Porque se volvió loco tras la muerte de Olalla y tuvieron que ingresarlo en una residencia psiquiátrica de Leganés. Lo estuvieron tratando más de tres meses e hizo amistad con uno de los psiquiatras. Ahora trabaja de asistente en la residencia. Da la impresión de que hubiese cambiado de personalidad...

–¿Lo podré conocer?

–Seguro que sí. Bastará con que vaya a verlo a la residencia.

Ágata le indicó a Leonor una fotografía, al final del álbum, en la que Olalla aparecía junto a un chico algo mayor que ella, estilizado y de sonrisa amable. Los dos eran delgados y guapos; ella rubia y el chico moreno y de ojos negros y brillantes. Se hallaban en la Gran Vía, frente al cine Capitol. Olalla tenía el pelo muy largo, llevaba una camiseta a rayas y una minifalda negra, y él una camisa azul y unos pantalones de algodón, casi del mismo color que la camisa.

–¿Es este? –preguntó Ágata.

–Sí –contestó Leonor.

–¿Y qué me dice de sus amigos? ¿Aparecen en alguna de las fotografías?

–Supongo que sí, pero si he de decirle la verdad no los conozco. Tendría usted que hablar con Lucila.

–¿La que dice que falta el diario de su hija?

–Sí.

Ágata asintió, cerró el álbum y dijo:

–Me lo llevaré para examinarlo detenidamente en el hotel.

–Puede usted hospedarse en mi casa si lo desea.

–¿En la habitación de Olalla?

–Por ejemplo.

–Sinceramente, no me parece la mejor idea. Me obsesionaría demasiado con ella, con su espacio, sus olores, sus papeles, sus querencias, y yo necesito cierta distancia para investigar.

–Lo entiendo.

–Por otra parte, no es bueno que nos vean juntas a usted y a mí, ni que nos relacionen. Si el asunto es tan oscuro como usted sugiere, podrían estar vigilándola, si no continuamente, sí de vez en cuando. Mejor me voy a un hotel.

–De acuerdo.

–Y ahora hábleme un poco más de su hija.

–Prefiero que vea este vídeo.

Leonor introdujo una cinta en el aparato que se hallaba bajo el televisor y empezaron a aparecer imágenes de Olalla.

Las primeras secuencias formaban parte de un reportaje televisivo sobre la Escuela de la Imagen. Un periodista le preguntaba a Olalla quién le había inculcado el interés por las imágenes, y Olalla confesaba que su padre, que había sido cámara de televisión y había fallecido en un rodaje, al precipitarse sobre él parte de un escenario cuando ya lo estaban desmontando.

Las demás secuencias eran caseras, y las había realizado su novio. En una de ellas se la veía descender por la escalinata de Patras, en Grecia, y acercarse al muelle en la hora más roja del amanecer. La cámara oscilaba demasiado y el rostro de Olalla evidenciaba que había pasado la noche en vela, bebiendo y divirtiéndose.

En otra secuencia Olalla aparecía acariciando a un burro en algún pueblo de la sierra de Madrid. Mientras deslizaba la mano por la cabeza del animal decía:

–¡Qué gracia! Es como acariciar a un dinosaurio. ¿No serás la reencarnación de Nietzsche? No creo, más bien pareces la reencarnación de Buster Keaton.

El burro rebuznaba como si le estuviera dando la razón.

La última secuencia que contempló Ágata había sido grabada en el interior de una casa de Madrid. Había botellas vacías sobre una mesa y cierto desorden amable. Olalla y Gaby no estaban tan borrachos como sus amigos y a veces él la besaba. Olalla parecía sentirse algo molesta, quizá porque no le resultaba elegante exhibir su condición de pareja

en una velada entre amigos. La conversación, bastante incoherente, era a intervalos ahogada por una música confusa y deprimente.

En todas las grabaciones Olalla resultaba una muchacha fresca y despierta, de ojos muy vivos y actitudes poco afectadas. Por primera vez desde que entrara en aquella casa llena de plantas y de tristeza, Ágata se sintió literalmente poseída por la imagen de Olalla. Su cara y su voz llenaban su cabeza, formaban círculos en expansión, se comprimían, se diluían, desaparecían, volvían a aparecer. Involuntariamente, estaba llevando a cabo una especie de duelo.

—¿Qué le parece lo que ha visto? —preguntó Leonor.

Ágata tardó en salir de su mudez. Miró a Leonor como quien regresa de un sueño y contestó:

—Muy interesante. Empiezo a tener una imagen más precisa de su hija y de algunos de sus amigos. ¿Puedo llevarme también la cinta?

—Claro.

—¿Y qué me dice de la mujer que está sentada junto a Olalla en la última secuencia?

—Ya le he hablado de ella.

—¿Lucila?

Leonor asintió y añadió que Lucila era montadora cinematográfica.

—Juraría que tiene unos treinta años. ¿No es un poco mayor para ser la mejor amiga de su hija?

—Quizá, pero se llevaban muy bien.

—¿Me puede dar su teléfono?

Se lo dio.

Eran las nueve de la noche cuando Ágata abandonó la casa de Leonor. Hacía frío y la atmósfera de Madrid mostraba un aspecto lúgubre y enrarecido por las luces cetrinas y la bruma, como si estuviese impregnada de la incertidumbre y el desasosiego que ahora se abatía sobre los habitantes de su antigua ciudad azul.

Cada vez más implicada en su nuevo caso, pensó que aún tenía tiempo para hacerle una visita a Lucila y marcó su número de teléfono.

Lucila se hallaba cómodamente en su casa: un amplio apartamento de la calle Segovia. El espacio tenía un aire francés y al mismo tiempo gótico, en el moderno sentido de la palabra, pero sin quincallería alguna, y había muchos cojines negros y lugares donde tenderse como una sultana con sus sultanes.

El apartamento daba la vuelta a todo el edificio, de modo que se podía ver Madrid desde cuatro ángulos distintos. Todos los flancos eran igualmente abuhardillados, y estaban llenos de rincones íntimos. En uno de ellos, el de la ventana de arco partido, la mesa china y las butacas pequeñas y negras, se sentaron a conversar. Desde la ventana se veía el viaducto, antiguo despeñadero de los suicidas hasta que pusieron las mamparas de cristal. Mientras Ágata miraba por la ventana hacia el viaducto lleno de luces amarillas que convertían su calzada en un puente de oro entre dos abismos, Lucila le aseguró que desde esa misma ventana había visto el suicidio de dos colegialas muy guapas. Se habían arrojado desde uno de los balcones de la balaustrada del viaducto como ángeles que no temieran el abismo. Ágata no la creyó.

Luego Lucila dijo:

—He pasado seis meses de abstinencia sexual en Francia. Supongo que lo necesitaba, o mejor: supongo que no lo necesitaba en absoluto, pero no lo he podido evitar. Desde que murió Olalla padezco cierta fobia al sexo.

Ágata la miró con curiosidad y confianza, y por diferentes razones pensó que Lucila estaba mintiendo una vez más, y que la abstinencia de la que alardeaba no era cierta. Según cruzaba el pasillo había visto preservativos sobre una mesilla de noche, y a Ágata le parecía que en toda la casa se sentía una vibración sexual de naturaleza reciente.

Lucila llevaba esa noche un corsé negro y una falda larga y abierta. Su palidez y los labios morados le daban un aire vampírico, y estaba fumando en pipa. Era una mujer que se tomaba todas las libertades, y a la que justamente por eso no le importaban los desahogos de los demás. Animada por su ímpetu narcótico, Ágata se puso a fumar un Montecristo que llevaba consigo mientras aceptaba la copa de ron con limón que acababa de preparar su anfitriona.

Tras dar un sorbo a su copa, Lucila dijo:

—En París conseguí olvidarme por completo de Madrid, pero ahora llego y de pronto me cae encima todo lo que está sin resolver. ¿Cómo murió exactamente Olalla? ¿Por qué estaba tan drogada? ¿Por qué los forenses aseguraban que había mantenido relaciones sexuales una noche en la que no estaba con su novio, al que adoraba?

De formular embustes, Lucila había pasado sin transición a formular verdades.

—¿Era usted muy amiga de Olalla? —preguntó Ágata.

—Digamos que yo era como la hermana mayor que nunca tuvo. Confiaba en mí, me lo contaba casi todo. ¿La conocía bien? No lo sé... Siempre hay lugares del otro de los que

no tenemos ni idea.

—Cierto. ¿Y en qué consistía su pedagogía con respecto a Olalla?

—Le extrañará si le digo que con ella yo tendía a ser moralista y protectora. Le aconsejaba no caer en ninguna adicción, no porque rechace mis adicciones, en modo alguno, simplemente porque creo que cada uno tiene su naturaleza, y no debemos pensar que todos asimilan igual ciertas sustancias. A unos el alcohol les puede sentar bien y no se privan de beber lo suyo sin por eso perder el control. Los casos de Sócrates y Confucio son bien notables. Bebían mucho y nunca se emborrachaban. En cambio a otros les basta con tomar dos vasos y ya no saben lo que dicen ni dónde están. ¿Me entiende?

—Sí.

Ágata la miró fijamente y dijo:

—Al parecer usted cree que Olalla estaba escribiendo un diario.

—Lo creo porque me leyó más de una vez alguna página, pero el día del funeral estuve registrando su habitación y no lo vi por ninguna parte. Pudo haberlo quemado la misma Olalla, pero tampoco me cuadra.

—¿Por qué?

—Estimaba mucho su diario. Era la radiografía de su alma. Esas cosas no se queman, a no ser que estés muy desesperada y desquiciada, y Olalla no lo estaba.

—¿Cree usted que lo han robado?

—Sí.

—¿Quién?

—No lo sé. Hay varios candidatos... Su madre, que pudo haberme mentido, su novio, algún amigo...

—Creo que voy a tener que entrar furtivamente en más de una casa. A veces basta con un simple allanamiento de morada para resolver casos que creías muy complejos. Yo en eso tiendo a ser muy pragmática.

—Alabo su estrategia. ¿Necesita ayuda?

—No de momento, pero no descarte que la necesite más adelante.

—Estaré encantada de echarle una mano. ¿Otra copa?

—Desde luego. No hará falta que le diga que su ron con limón y granizo es una delicia.

—Gracias. Estamos obligadas a elevar el vicio a la más alta exquisitez, hasta en tiempos de derrumbe y bancarrota. Es mi política. ¿Y la suya?

—También. Si hemos de llegar al vicio, que sea por elevación más que por caída.

—Correcto. No sabría decirlo mejor. ¿Brindamos?

Brindaron.

—¿Le gusta que sigamos sin tutearnos?

—Sí.

—A mí también. Todo resulta más cómodo y objetivo, ¿no le parece?

Se echaron a reír, hasta que Lucila pasó de la carcajada al llanto. Mientras sollozaba, confesó que había estado enamorada de Olalla como solo se puede enamorar una amiga de otra amiga, pero que ni había tenido relaciones sexuales con ella ni las había

necesitado.

–Si quiere podemos hacer una especie de viaje astral con la ayuda del cannabis mientras invocamos el fantasma de Olalla. Soy aficionada al espiritismo.

–Aunque a veces viene bien volar un poco –dijo Ágata sonriente–, en este momento prefiero seguir como estoy.

Volvieron a reírse.

–¿Solía hablar de espiritismo con Olalla? –preguntó Ágata.

Lucila contestó:

–Nunca hablábamos de eso. Fraternizábamos de otra manera. Cuando estábamos juntas ignorábamos los temas que no eran compartidos por las dos. Conectábamos en los escalones que podíamos conectar, los otros desaparecían en la niebla.

Era noche cerrada y Ágata veía a Lucila recortándose contra el ventanal, recta y pensativa. Había algo extraño en aquella mujer que súbitamente, tras el llanto, parecía poseída por una serenidad beatífica.

De pronto Lucila se dio la vuelta y dijo:

–Siento como si Olalla no estuviese enterrada todavía. Agilice sus pesquisas y repare de algún modo mi error. He regresado a Madrid demasiado tarde, he estado demasiado tiempo lejos de mí misma, y ahora me veo en el mismo tiempo muerto que antes, y en el mismo infierno. ¿Le gustaría ver un corto que hice con Olalla y Gaby?

–Por supuesto.

Lucila encendió su ordenador y empezaron a ver un vídeo en el que se alternaban los tonos sepia con los colores muy vivos, y que incluía imágenes de archivo. Se titulaba *Caperucita en Treblinka*.

En unos nueve minutos, el vídeo contaba la historia de un oficial alemán, encarnado por Gaby, que acosaba furtivamente a una madre y a su hija, encarnadas por Lucila y Olalla. Madre e hija vivían en una casa en medio de un bosque próximo al campo de Treblinka. La madre tenía unos treinta y cinco años y la hija, Olalla, simulaba tener unos dieciséis y llevaba coletas y una caperuza roja. Una tarde el oficial alemán le salía al paso a la adolescente, abría su gabán como un exhibicionista su gabardina, y la violaba en un claro del bosque. La muchacha se quedaba inconsciente, pero la luz de la luna llena la despertaba a media noche y se comunicaba con su madre telepáticamente. La madre escuchaba la voz de su hija en sueños, justo en el instante en que tumbaban la puerta de su casa. Entonces la madre cogía un cuchillo, y cuando ya el alemán estaba a punto de violarla, lo degollaba como a un cerdo. Luego corría hasta el claro del bosque, donde encontraba a su hija. La consolaba, la besaba, bebía sus lágrimas, y juntas caminaban hasta la casa, donde el alemán ya estaba siendo devorado por los perros. Madre e hija dejaban que las bestias se saciaran, luego arrastraban el cadáver hasta el jardín, vertían gasolina sobre él y le prendían fuego. En la última toma se veía el humo negro ascendiendo hacia el cielo. La cámara giraba hacia la derecha y se veía otra columna de humo, mucho más poderosa y negra que la anterior, surgiendo de una chimenea en mitad del campo de Treblinka.

Concluido el vídeo, Lucila se echó a llorar, y llorando estuvo hasta que murmuró:

—Hay asuntos que te marcan un destino, y no lo puedes evitar. Este vídeo que hice con Olalla y Gaby en enero está marcando una dirección.

—¿Qué dirección?

—La de la violación y la muerte.

Ágata felicitó a Lucila por el corto, se incorporó y dijo:

—No se precipite, amiga, y déjeme investigar. Bien es cierto que a veces el inconsciente puede adelantarse a la realidad, pero la vida no es una ecuación matemática, y tampoco es una fábula de Perrault o de los hermanos Grimm ambientada en Treblinka. Haré lo posible por saber algo más de lo que sabemos. Gracias por su información.

—Gracias a usted. Ha sido un placer conocerla —dijo Lucila acompañándola hasta la puerta.

Ya en la calle, Ágata se metió en su coche, pero no lo puso en marcha y decidió vigilar esa noche a Lucila. Mientras escuchaba piezas para piano de Britten, Ágata pensó que necesitaba saber algo más de la vida de la mejor amiga de Olalla. Llevaba una hora esperando cuando la vio salir del portal, con un abrigo largo y los párpados pintados de rojo.

Ágata abandonó su coche y la siguió por las calles, hasta que la vio entrar en un café de Lavapiés, donde al parecer le esperaba una amiga de su misma tribu, y con la que se puso a hablar en una esquina del establecimiento separada del resto del local por un biombo chino. Ocultándose tras el biombo, Ágata escuchó parte de la conversación.

—¿Es verdad que llevas seis meses de abstinencia? —oyó decir a la amiga de Lucila.

Lucila miró a su interlocutora con humildad y contestó:

—He ahí mi gran fantasía sexual: soñar que durante una buena temporada me olvido del sexo. Sí, he andado propagando esa fábula desde que llegué a Madrid, y no sé cómo no se me cae la cara de vergüenza. En Francia solo me dediqué a tres cosas: montar películas, fornicar y dormir.

—Te creo. Me han dicho que ayer estuviste con la cantante calva. ¿Es cierto?

—Solo un momento tras su actuación.

—¿Hoy no actúa?

—Sí, pero en la sala Mandalay.

—¿Cómo decías que se llamaba?

—¿La cantante calva?

—Sí.

—Petula Sambomar.

—¿Y qué te pareció?

—Oh, Dios, la encarnación de lo que yo entiendo por sexualidad —contestó Lucila, y se echó a reír, pero enseguida le sobrevino un ataque de tristeza y se quedó inmóvil, aturdida. No mucho después las dos amigas salieron del café y se dirigieron a un club sombrío donde se celebraban orgías más o menos controladas.

Ágata entró tras ellas en el local y se quedó junto a la barra. Al fondo, tras unos biombos negros y bajo una luz fosforescente que emitía reverberaciones desde el techo,

se entreveía gente desnuda, y hacia allí se dirigieron Lucila y su amiga.

Ágata deseaba seguirlas y descubrir desde muy cerca sus ritos sexuales, pero temió ser descubierta y se fue de allí con la cabeza llena de preguntas. ¿Y si Olalla era de la misma calaña que Lucila? ¿Y si Olalla se drogaba tanto como su amiga? ¿Y si Olalla no era tan ejemplar como decía la mujer que la había traído al mundo?

Siempre que se hallaba en Madrid, Ágata se hospedaba en el mismo hotel de la plaza del Ángel, donde todos la conocían. En esa ocasión le dieron una habitación del segundo piso, a la que acudió tras tomar un whisky en la cafetería del entresuelo.

Ya en su cuarto, Ágata contempló un rato la plaza, donde se estaban emborrachando tres adolescentes. Después se tendió en la cama, miró el ventilador que colgaba del techo y recordó una noticia que había leído en *Le Monde* acerca de uno de aquellos aparatos que se había desprendido de su sitio, decapitando a un hombre que se hallaba en la habitación. Con esa imagen en la cabeza se durmió.

Al día siguiente, desayunó en la cama y pasó un buen rato examinando las grabaciones y el álbum de fotos. Contemplar las fotos de una persona muerta solía provocarle un extraño malestar: veía su vida en imágenes tan concretas como abstractas, e intentaba percibir en ellas el relato que el ausente había ido tejiendo de forma no tan azarosa como pudiera parecer, ya que había siempre en la elección de las imágenes cierta voluntad estética (y sobre todo en las mujeres), además de cierta intención narrativa.

A juzgar por las fotografías, Olalla había sido un bebé radiante y feliz, y una niña divertida y despierta. En la adolescencia adoptaba poses más sombrías y melancólicas, y en un viaje de estudios a Italia se la veía tristonza, al menos hasta que conoció a un muchacho italiano con el que debió de pasar una noche o dos, y del que se despidió en una estación de tren de difícil identificación. Las fotos que venían después estaban hechas en Madrid: en el campus de la Escuela de la Imagen, en un bar de Chueca, en el parque del Oeste, en Malasaña, en Chamberí, en Lavapiés..., casi siempre con amigas y amigos, y a veces solo con Gaby, que tenía un cuerpo muy hermoso y amables ojos negros.

También examinó una foto que por alguna razón la llenó de curiosidad y en la que se veía a tres individuos de unos treinta y tantos años, alegres y arrogantes. ¿Serían amigos de Olalla? ¿Serían acaso sus profesores de la Escuela de la Imagen? Uno de ellos era rubio y parecía alemán; los otros dos eran morenos, uno de ojos verdes y el otro de ojos negros. Guardó la fotografía en el bolsillo de su camisa y salió del hotel con la intención de acercarse a la residencia psiquiátrica de Leganés, donde al parecer vivía y trabajaba el chico que había sido novio de Olalla.

El sol de invierno derramaba su luz de plata sobre los árboles desnudos y sobre el pino poderoso y sereno que se alzaba en el centro del jardín de la residencia psiquiátrica de Leganés.

La institución se hallaba al final de una carretera vecinal que partía en dos un vasto erial de aspecto desolado, y formaba una verdadera curva de ballesta desde su nacimiento en la calle Aragón de Leganés hasta la puerta de la residencia. Los que llegaban allí tras haber atravesado la carretera de no más de un kilómetro, quedaban gratamente sorprendidos por el frondoso vergel que rodeaba la clínica de aire pulcro y tejados de pizarra gris.

Gaby se hallaba sentado en el banco ubicado bajo la copa del pino, vigilando pacientemente a los locos y fumando de vez en cuando un cigarrillo. La hora de las visitas solía ser bastante conflictiva. Los enfermos no siempre soportaban la compañía de sus familiares y a menudo se producían ataques de desesperación y de rabia.

Gaby llevaba tres meses trabajando de asistente. No era un oficio agradable pero se encontraba a gusto, al calor de la locura y la miseria, observando a los locos desde aquella esquina del mundo, ayudándolos y tratándolos con la misma delicadeza con la que había tratado a su novia: Olalla de ayer y de siempre. Antes de su desaparición, Gaby había caído a veces en actitudes arrogantes, motivadas en parte por la seguridad que da la juventud y por lo lejana e imposible que se ve a su edad la muerte, pero la brusca desaparición de su novia lo había convertido en otra persona, más humilde y quebradiza. No podía creerlo y a la vez tenía que aceptar la evidencia de que Olalla ya no estaba junto a él. Y sin embargo, seguía totalmente viva en su cerebro y a menudo escuchaba su voz, surgiendo fresca y cristalina desde las grietas más íntimas de su memoria.

Estaba pensando una vez más en ella cuando se acercó a él Elisa, una esquizofrénica de veinte años, bulímica y de cara castigada por la locura, que había pertenecido al equipo olímpico de gimnasia artística siete años atrás, cuando comenzó a tener alucinaciones y a creer que un espíritu maligno la violaba por las noches como antes la había violado su padre. Elisa le pidió un cigarrillo y le dijo:

–El espíritu ha vuelto a las andadas.

–No le hagas caso. Arráncalo de tu alma.

–¿Cómo?

–Pensando en las personas que te quieren.

–No me quiere nadie.

–¿En serio? Yo creía que éramos amigos.

–Y lo somos, y lo somos, y lo somos, pero mi madre no ha venido a visitarme, mi madre, esa zorra, no ha venido a visitarme, no ha venido, compruébalo por ti mismo, mi

madre no ha venido...

Era terrible. A veces Elisa se ponía a repetir la misma frase como una autista y podía desquiciarse a cualquiera. Gaby cogió su mano y susurró:

—Tranquilízate, mujer, y date la vuelta. Acaba de llegar.

Elisa le hizo caso y vio a su madre acercándose desde el otro lado del jardín. La chica cambió de cara y corrió hasta la mujer con los brazos abiertos. No todos se acercaban a sus parientes con la misma alegría. Clara, la depresiva de cincuenta años que se había quedado sin casa por no poder pagar la hipoteca, no soportaba a sus familiares, e insultaba a sus dos hijas, que acudían temblorosas a ella buscando una referencia materna que se había tornado dura y tétrica como la muerte.

—¡Dejadme en paz! —gritaba Clara—. No soporto a nadie de la familia.

Sus hijas lloriqueaban tras ella, sintiendo que se abría el suelo bajo sus pies y notando que su madre estaba muerta y a la vez viva.

También Eugenia, la sesentona de Galapagar, estaba furiosa y no quería pasear con su hijo Claudio, un electricista de treinta años que no comprendía la locura de su madre. Con el voluntarismo propio de la clase obrera, Claudio le decía:

—Anímate, mamá. Este jardín es precioso, y este sol de invierno muy agradable. Tienes que vivir el presente, este presente, y olvidarte de tus obsesiones y tus pesadillas.

—¡Vete a la mierda! —rugía ella—. Eres tan insoportable como tu padre.

Pero ni Elisa ni Clara ni Eugenia impresionaban tanto a Gaby como una muchacha china llamada Kue, que llevaba una semana ingresada y que parecía perdida en las tinieblas de su propio ser. No sabía español, y pululaba por el jardín como un alma ausente, echándose las manos a la cabeza y mirando a su alrededor con espanto. Una enfermera se acercó a ella y se la llevó al interior de la clínica para administrarle un calmante.

Estaba a punto de acabar la hora de las visitas cuando Gaby descubrió entre la gente a una mujer que no había visto nunca y que le pareció muy guapa, de cabellos cortos y aire andrógino. Estaba hablando apaciblemente con dos enfermas, y pensando que solo podía tratarse de un familiar de las dos mujeres, Gaby no le dio más importancia y abandonó el jardín.

Al llegar al amplio salón recreativo de la primera planta, no le asombró que muchos pacientes ya estuviesen haciendo cola para recibir sus pastillas. Vivían tan claramente en el infierno que no se hacían los remolones ante el consuelo químico que les iban ofreciendo dos enfermeras. Una de ellas les pasaba los medicamentos como un sacerdote que posara en la lengua de los fieles la hostia consagrada, mientras la otra consultaba los historiales clínicos de cada enfermo y las pastillas que les habían prescrito.

En el salón se veían varias mesas de ping-pong pero ninguna de billar, para que los residentes no se rompiesen las cabezas con las bolas, como le dijo en una ocasión un auxiliar con más experiencia que él. Desde allí subió al segundo piso, donde pululaban y se miraban como peces en una gran pecera las víctimas más directas de la situación del país, según pensaba Gaby, ya que casi todos padecían depresión y trastornos de la personalidad vinculados al desclasamiento y a la erosión que provoca la sensación de

intemperie. Algunos estarían en la residencia no más de una o dos semanas, luego los trasladarían al manicomio general o los largarían de nuevo a la calle, de donde los habían rescatado temporalmente. Un doctor le había dicho que cuando una persona que hubiese llevado una vida relativamente normal, en una casa digna y con un sueldo aceptable, se veía de pronto en la calle, tardaba en perder el control y enloquecer como mucho una o dos semanas.

En el tercer piso se apiñaban los que se habían abismado más en la locura y hasta podían ser peligrosos, pero era un lugar que Gaby no solía frecuentar, pues no se sentía suficientemente preparado, así que permaneció un buen rato ayudando a los asistentes de la segunda planta. A las nueve cenó muy frugalmente y con cierta precipitación, y se refugió enseguida en su habitación, ubicada en la primera planta, junto al salón recreativo.

Gaby llevaba media hora en su cuarto cuando se recostó en la cama pensando en la ausente y sabiendo que estaba cada vez más cerca el día de su venganza. Ahora podría hacerlo, porque se sentía fuerte y tranquilo, y no como cuando se enteró de la muerte de Olalla. El día del accidente, Gaby había padecido una amnesia global transitoria. Cuando volvió en sí, le pareció que había estado en el país de los muertos y le costaba pronunciar su nombre. Se habían evaporado los últimos momentos de su pasado consciente, se había disipado su memoria, y tardó una semana en recuperar las señas más elementales de su identidad. Ya para entonces Olalla estaba enterrada. Una tarde, Gaby se presentó en casa de Olalla, entró en su cuarto mientras Leonor preparaba la comida y sustrajo su diario oculto en el ropero. Al día siguiente corrió hasta el cementerio y al ver su tumba empezó a gritar fuera de sí.

Esa misma tarde, decidió ir por su cuenta a la residencia de Leganés, donde trabajaba un psiquiatra que había atendido a su tía. Como alguien que hubiese cometido un gran delito y acudiese por sí mismo, cabizbajo y afligido, a la comisaría, Gaby se dirigió a la residencia por la carretera que cruzaba el erial, consciente de que el delito lo habían cometido otros, pero de que el dolor mental, de naturaleza insoportable, había anidado en él y no en los culpables de la muerte de su novia. Paradójicamente, y como solía ocurrir casi siempre, el inocente tendía a ser el que más se trastornaba y el que acababa encarcelado en su propia desolación. Desde entonces Olalla reinaba en las dimensiones de su mente como el sol de medianoche en las regiones árticas, desde entonces la noche se llamaba Olalla.

La tarde de su ingreso, al psiquiatra le bastó con hablar un rato con Gaby para comprobar que, o bien lo ingresaba, o bien aquel muchacho acabaría pegándose un tiro en la cabeza, o algo mucho peor.

Gaby saltó de la cama, y una vez más se armó de valor y volvió a leer las últimas páginas del diario de Olalla. Siempre se detenía en las mismas frases: las referidas al dolor en la vagina y a la cámara de vídeo.

Gracias al diario de Olalla, Gaby había empezado a atar cabos sueltos y sospechaba sobre todo de Víctor, Julio y Bastian, tres de sus viejos amigos, pero necesitaba ver el vídeo que quizá habían hecho de la violación. Gaby pensaba que ese vídeo, de existir, solo podía hallarse en una casa de El Viso.

De la última página del diario, Gaby pasó a la primera, y conteniendo el llanto leyó lo siguiente:

Madrid, 1 de enero, 2012

Tras oscuras maniobras en la oscuridad, despierto junto a Gaby al nuevo día. La noche quedó atrás, la cena humilde, más humilde que otras noches del año, con mi madre y Gaby, las llamadas telefónicas, la ceremonia de las uvas, la conversación con Gaby en la terraza, contemplando las estrellas y los fuegos de artificio estallando sobre Madrid; más tarde el sueño plácido y ajeno a las algarabías...

Es 1 de enero del año del fin del mundo según los mayas (o según dicen que dijeron los mayas). Gaby sigue durmiendo y yo salgo a la terraza y miro al cielo, de un azul casi transparente. No veo en él ningún signo nefasto. Para ser el primer día del año del fin del mundo no está nada mal, pienso. No parece un día demasiado apocalíptico, claro que luego las cosas pueden cambiar, y lo que empezó siendo un cielo benigno puede acabar convirtiéndose en un enloquecedor torbellino de granizo y de fuego arrasando el mundo y todas sus civilizaciones, pienso mientras preparo café muy cargado. Ya lo tengo preparado cuando despierto a Gaby para que desayune conmigo. No soporto desayunar sola.

Es emocionante tomar el primer café del año del fin del mundo, muy emocionante, cierto, pero tampoco es como para quedarse ociosa ante tanta emoción, y tras el desayuno abro el primer libro del año: *El origen del mundo*, de Pierre Michon, de apenas ochenta páginas.

Gaby aparcó su automóvil en una esquina de la calle Víctor Hugo, y se dirigió andando hasta el restaurante Zivago, donde solían cenar algunas noches Víctor, Julio y Bastian.

Cruzó discretamente el vestíbulo y oteó el panorama dejándose envolver por la fragancia de los manjares. Tras barrer varias veces con la mirada parte del establecimiento, descubrió a los tres hombres que buscaba en un ángulo del salón.

A fin de no llamar la atención, Gaby salió a la calle y se metió en su coche dispuesto a esperar cuanto fuera necesario. Media hora después, los tres amigos abandonaron el restaurante y entraron en el Cock seguidos furtivamente por Gaby, al que no le resultó difícil pasar desapercibido entre la numerosa clientela. Hacía tiempo que Gaby no pisaba aquel local, donde había estado más de una vez con Olalla y a la que había besado en la mesa que se hallaba junto a la gran chimenea, y volvió a acordarse de ella con dolor.

Camuflado entre la gente, Gaby pidió una cerveza en la barra, sin perder nunca de vista a Víctor, Bastian y Julio, que de la borrachera alegre y despreocupada se estaban deslizando hacia la ebriedad sombría, y hasta habían empezado a discutir con cierta vehemencia porque, en un descuido de Víctor y Julio, Bastian había consumido toda la cocaína que les quedaba. Otros días solían prolongar la farra hasta las cinco o las seis de la mañana, pero esa noche les faltaba aliento dionisiaco y se despidieron antes de que cerraran el Cock. Fue el momento en el que Gaby decidió seguir únicamente a Víctor.

Bastian y Julio tomaron sendos taxis en la Gran Vía, y Víctor se fue en su Jaguar hasta su casa: un vetusto y lujoso chalet de dos plantas, parcialmente cubierto de hiedra, con un jardín de unos trescientos metros y un quiosco de madera de roble situado en un extremo del recinto.

Víctor salió pesadamente del coche, avanzó tambaleándose hasta la puerta del jardín y la abrió tras equivocarse varias veces de llave. Estaba tan borracho que en lugar de alcanzar la casa se metió en el quiosco de madera, donde solía merendar y emborracharse con los amigos. Allí se sirvió una copa más en la barra ubicada en el centro del quiosco, la bebió de un solo trago y se derrumbó sobre un diván.

Había dejado la puerta del jardín abierta, así que Gaby no tuvo más que empujarla para entrar en el recinto. Inmediatamente se dirigió al quiosco y vio a Víctor tumbado y resoplando en el diván. Cogió las llaves que reposaban en la barra, junto al vaso vacío, entró en la casa y avanzó por un pasillo hasta el despacho de Víctor, donde se hallaba un ordenador que su dueño, cada vez más despistado y descontrolado, había dejado encendido. Entró en él y exploró todos sus archivos hasta que descubrió uno llamado *Ola*, que estaba muy bien encriptado pero que consiguió abrir. Temblando de angustia, constató enseguida que era el vídeo que buscaba, sacó una copia sin atreverse apenas a mirarlo, se la llevó con él y salió de la casa. Antes de alcanzar la calle, depositó las llaves en la barra del quiosco y miró con odio a Víctor, que seguía dormido y roncando. Pensó

que era un buen momento para acabar con él, pero desistió de hacerlo. Gaby había visto muchos telefilmes sobre la policía científica, y aunque a menudo le parecían meras fantasías disuasorias, era posible que hubiese dejado sus huellas en la casa. De modo que prefirió esperar y salió corriendo de allí.

En cuanto llegó a la residencia, Gaby estuvo viendo la grabación con rabia y a la vez con detenimiento, y se sintió flotando en un universo en el que solo había dolor.

El vídeo había sido realizado con una cámara de buena calidad, pero el resultado era bastante torpe, como si hubiese sido ejecutado por un borracho.

Lo primero que vio fue el interior de una habitación amplia y sórdida, desde cuya ventana se veía un parque. Sobrevenía después una especie de fundido en negro y la cámara enfocaba la cama, en la que permanecía Olalla con los ojos en blanco.

Parecía despierta y a la vez dormida, y se hallaba tendida de espaldas, con la cabeza ladeada y los cabellos revueltos. Todo indicaba que estaba narcotizada. Tenía el sostén medio quitado y las bragas, demasiado bajas, dejaban ver ligeramente su sexo.

Dos enmascarados entraban en el plano. El primero le comía los labios, y el segundo tiraba de sus bragas, se ponía un preservativo y la penetraba. Lo hacía con violencia y con ganas, como si llevara mucho tiempo esperando la realización de su deseo. Olalla gemía, pero no parecía que lo hiciera motivada por el placer.

El penetrador tardaba en eyacular, pero por fin lo lograba entre exclamaciones y un grito de victoria. El otro lo empujaba y primero la penetraba por la vagina, luego por el ano, y más tarde por la boca, donde finalmente eyaculaba.

Ya se hallaba satisfecho cuando saltaba a la cama un tercer enmascarado.

Uno de los hombres salía del cuadro, cogía la cámara y empezaba a realizar primeros planos, como en las películas pornográficas. Por el temblor de la cámara, parecía que el cameraman se estaba excitando de nuevo.

El tercer enmascarado poseía el miembro más grande de los tres y la penetraba de una forma tan bárbara como profesional. Luego eyaculaba sobre su rostro dando un grito de júbilo. El último violador le limpiaba el rostro con un pañuelo de papel y se quedaba mirándola. Los otros dos se alejaban riéndose y comentando que iban a esnifar la cocaína que habían dejado en la cocina. En ese instante finalizaba la grabación.

Tras la visión atenta del vídeo, se habían despejado para Gaby todas las dudas. Los tres enmascarados eran Víctor, Julio y Bastian. Gaby conocía de sobra sus voces y sus maneras.

No fue capaz de dormir y pasó la noche pensando en el primero de la lista: Bastian Baumann, del que conocía sus hábitos sdomasochistas. Gaby había pedido una semana de vacaciones a las autoridades del hospital, pues no pensaba emplear más de seis días en la realización completa de su plan.

Mientras esperaba la hora del desayuno, estuvo leyendo la parte de la *Iliada* que hablaba de la mítica ira de Aquiles, en la que ahora veía un ejemplo a seguir. Una vez

más, se detuvo varias veces en aquellos versos que decían:

Aquiles se acercó a Mulio y le hundió la lanza
en una oreja para sacársela por la otra.
Luego le rajó la cabeza con la espada.
La hoja se llenó de sangre y la muerte oscureció su mirada.
Después atravesó con la lanza el brazo de Equeclo,
en el lugar donde se juntan los tendones del codo,
dejándolo inmóvil sin poder defenderse y notando
cómo la muerte se le acercaba. Entonces Aquiles
le cortó de un tajo la cabeza, que rodó lejos del casco.

Gaby dejó de leer, invadido por las lágrimas, la ira y la alegría que le provocaba pensar en lo que iba a ocurrir.

Ah, qué bravos y qué bestiales eran los clásicos, pensó. Aquella escena de la *Iliada* le parecía más salvaje que las secuencias más violentas de las películas americanas, y se prometió a sí mismo ser tan demencial como el rey de los mirmidones, hijo de una diosa y de un pobre mortal.

Tras la lectura, se sentía inundado de emociones nuevas y de ideas felices para redondear aún más su propósito. Amante como era de los clásicos, Gaby era partidario de inspirarse en los grandes poetas de la antigüedad. Basar la acción en sus textos le daba un aire más consistente a sus movimientos y le ayudaba a sobrevolar el laberinto de la confusión, la indecisión y la culpa.

Antes de dejar la residencia, abrió el diario de Olalla y se detuvo en la página que decía:

Madrid, 4 de enero, 2012

Parece ser que el mensaje que nos quieren transmitir por todas partes es el de que somos muy pequeños y de que estamos gobernados por fuerzas muy grandes. Leo las ediciones digitales de los periódicos y todos tienen un tono y hasta un estilo claramente catastrófico: *El País*, *Le Monde*, *El Mundo*, *Libération*. Todos hablan de los millones de parados, de la falta de liquidez, y de fuerzas superiores que nadie entiende: los mercados. Constelaciones más allá de Orión para un obrero de la construcción en paro.

Qué harta estoy de todos los discursos sobre la levedad del ser, en parte porque soy demasiado sensible a ellos y me aterra pensar en la fragilidad de la existencia.

Mientras me pierdo en mis propios miedos, más bien inútiles, vuelvo a recibir una llamada de Julio pidiéndome perdón por lo que intentó hacerme la otra noche. A veces ya no sé qué hacer para quitármelo de encima. En la Escuela de la Imagen aprovecha cualquier circunstancia para incordiarme y aburrirme con sus monsergas. Gaby lo quiere matar, pero yo le digo que se calme.

Por la noche, Gaby y yo nos acostamos juntos en casa de su tía, que está hospitalizada, y mientras esperamos el sueño me lee trozos de la *Iliada* de una belleza tan radiante como violenta. Finalmente me besa y volvemos a hacer el amor mientras en la radio suena una fuga de Bach. Oh, Gaby, Gaby, Gaby, tú sí que eres mi amor fatal.

Con los ojos húmedos, Gaby metió en su mochila el ordenador y el diario, y abandonó

el hospital con la intención de abordar al primero de la lista, si bien antes quería pasar por la casa de su tía para preparar el escenario del primer tramo de su venganza.

Ya se hallaba junto a su coche cuando notó en el cuello la mano de Olalla y se estremeció. Eso era lo peor: cuando la piel recordaba antes de que lo hiciera la memoria, y las caricias del pasado regresaban a él con tal grado de pureza que en vez de procurarle sosiego le producían escalofríos, como si le hubiese acariciado la mano de una muerta que acabase de abandonar la sepultura y buscara con desesperación el calor de la vida.

Tres

Víctor, Bastian y Julio llevaban toda la tarde bebiendo en un reservado del café de Oriente ubicado en el sótano del establecimiento. Parecían tres conspiradores organizando un atentado en una catacumba. ¿Un atentado contra quién? Por cómo se miraban y discutían casi parecía que el golpe iba a ser contra ellos mismos.

Víctor y Bastian se hallaban sentados de espaldas a la pared de piedra desnuda, pero Julio estaba frente a ellos y podía ver un dibujo decimonónico, ejecutado con plumín, que colgaba enmarcado encima de las cabezas de sus dos amigos. Se trataba en realidad de una página de un antiguo libro sobre «las costumbres del universo», y la lámina hacía referencia a una supuesta costumbre de Turquía. Se titulaba *La circasiana cautiva*. La estampa mostraba a una hermosa adolescente con las manos juntas, la cabeza gacha y el aire triste, en una estancia tras cuya ventana se veía una imagen de Estambul. Junto a la muchacha se hallaban tres turcos con sus ampulosos turbantes, observándola con lascivia.

—¿Qué miras con tanta atención? —preguntó Víctor.

—El dibujo de la cautiva circasiana.

Víctor se volvió hacia la pared, observó detenidamente el cuadro y murmuró:

—Sé por qué lo miras. Estás proyectando tus pesadillas en él y relacionando a la cautiva con Olalla.

—No te equivocas.

—¿Y crees que esa damisela con cara de inocente, por no decir de idiota, tiene algo que ver con Olalla?

—Sí.

—¡Estás loco!

—No voy a negarlo. Desde que murió Olalla todos nos estamos volviendo locos —dijo Julio, el menos atildado de los tres, que llevaba ese día el pelo más descuidado que de costumbre, una cazadora de cuero y sus habituales gafas redondas.

Julio había pasado la mañana en la Escuela de la Imagen, primero impartiendo una clase sobre la cultura de la imagen en la Edad media y en Internet, y luego discutiendo largamente con una alumna que le reprochaba haber abusado de ella en una de las fiestas que organizaba a veces con sus alumnos y en las que se excedía cada vez más. Quería detener ese proceso que empezaba a parecerle totalmente destructivo, pero sus amigos no le ayudaban. Cada vez más angustiado, Julio murmuró:

—Por cierto, ¿has destruido el vídeo?

—Aún no —contestó Víctor.

Julio se incorporó para gritar:

—¿Puedo saber por qué?

—Porque aunque os parezca morboso, cada vez que lo veo me excito pensando que

Olalla está a punto de morir.

–¡Eres un enfermo!

Víctor se echó a reír. Julio hizo ademán de querer agredirle y entonces Víctor se puso furioso, le agarró de las solapas y rugió:

–¿Y tú qué eres? Que lance la primera piedra el que aquí esté libre de perversión.

Víctor soltó a su primo, que se hundió blandamente en el asiento. Tras un largo silencio, cambió de expresión, simuló un optimismo desbordante y proclamó:

–Queridos amigos, vamos a volar por encima de las preocupaciones inútiles y divertirnos un poco.

–¿Cómo? –preguntó Julio con temor.

–¿No os he dicho que hoy es el cumpleaños de mi hermana Claudia?

–No –contestó Bastian.

–Vaya, pensé que os lo había dicho. Estamos los tres invitados y a las diez empieza la fiesta.

–¿En la Moraleja?

–No, en San Lorenzo de El Escorial. Vamos para allá.

–¿No estamos demasiado borrachos para conducir? –preguntó Julio.

–Lo estarás tú –escupió Víctor–. Yo me encuentro perfectamente. Además, ¿es la primera vez que conduzco con dos copas de más?

Los tres salieron del café y se dirigieron al parking donde se hallaba el coche de Víctor.

Tras cruzar el túnel de la calle Bailén, llegaron a Moncloa, y se deslizaron por la autovía a gran velocidad bajo una niebla densa y amarillenta. A la altura de la salida 29, Víctor se fijó en el casino Gran Madrid, que brillaba como un rubí artificial en la negrura, y dijo:

–¿Os invito a cenar en el casino?

–Pero ¿no íbamos a cenar en San Lorenzo?

–Ya sabéis cómo son esas fiestas de cumpleaños. Pretenden resultar divertidas pero lo cierto es que pueden aburrir a un muerto. Mejor vayamos cenados, cuando ya la farra se encuentre en su apogeo –sentenció Víctor, torciendo hacia la izquierda y aparcando frente a la reluciente entrada del casino.

Estuvieron cenando en el salón Mandalay, que pretendía evocar los restaurantes neoyorquinos de los años cincuenta, con las mesas formando un amplio círculo y una pista de baile en el centro, donde bailaban apretadas parejas de cuarentones y cincuentones con sus chicas de una noche. La música la ponía el quinteto Frenesí, interpretando viejas baladas.

Los tres amigos buscaron una mesa junto a la orquesta y esperaron la llegada del camarero, que primero les ofreció espadín de langostino con salsa tropical, luego filete tártaro de salmón ahumado con aguacate; más tarde vieira asada con pistachos y pato en salsa de mandarinas, y finalmente láminas de chocolate con nata y frambuesa.

De vez en cuando, Julio observaba el lugar con ojos de niño embobado. Le asombraba la lámpara central que presidía la sala, rematando los techos escalonados. Tejidos de luz violácea caían en cascada sobre los danzantes que giraban en el corazón del círculo, y

que parecían los más animados y los que más aplaudían al quinteto Frenesí tras cada interpretación. El quinteto lo conformaban un bajo, un pianista, un saxo, un batería y una cantante de piernas increíbles y labios frutales y rojos, que llevaba el pelo rasurado y vestía un esmoquin negro con minifalda en vez de con pantalones. Víctor y Bastian se sintieron pronto atraídos por la cantante calva, que les dedicó una de las canciones más cursis de todos los tiempos, y que sin embargo a Víctor le conmovió: *A mamá le gustaban las rosas*, cantada en su momento por Elvis Presley y que fue muy aplaudida por los asistentes.

Rusos, búlgaros, polacos, colombianos, argentinos, españoles y algún mexicano comían, bebían y bailaban a su alrededor. La flor y nata de la iglesia subterránea parecía haberse conciliado allí, aquella noche que a Julio se le antojaba impregnada de una atmósfera enrarecida y desquiciante, en la que todo les iba a salir mal porque así estaba escrito en el libro de la vida, pensó cada vez más perturbado.

Julio intentó evadirse de sí mismo y volvió a mirar a la cantante calva. Tenía unos ojos enormes, que la ausencia de pelo agrandaba aún más, dándoles un protagonismo salvaje en su rostro. Se llamaba Petula y confería a las canciones cursis un aire perverso, que negaba desde dentro su cursilería y las convertía en artefactos tan excitantes como sorprendentes. También cantó *Tus besos son más dulces que el vino* mientras enseñaba las bragas.

En un momento de decaimiento completo de la voluntad, Julio se dejó inundar por un alud de ensoñaciones *kitsch* que le ayudaron a olvidarse de sus obsesiones. Él y la cantante calva se iban de viaje al Lejano Oriente, en un paquebote de lujo. Luces chorreantes, un saxofón, una penetración entre las sombras. Copulaba con la cantante calva en un pasillo del paquebote, ¿o era en el ascensor de un hotel de Nueva York? La cantante calva vestía de negro y era vertiginosamente explícita. Un milagro de la naturaleza domesticada y al mismo tiempo salvaje. Un milagro de la civilización. Petula le estaba incitando al sexo inmediato. No hay metáforas y al mismo tiempo todo es una metáfora, pensó.

Esa clase de reflexiones se le antojaban a Julio logros teóricos de primer orden, de modo que sacó una libreta del bolsillo interior de su cazadora y anotó la frase.

—¿Qué estás haciendo? —farfulló su primo.

—Apunto ideas.

—¿Qué clase de ideas? Tendríamos que acercarnos a la cantante calva...

—¿Cuándo?

—Me temo que cuando acabe la sesión de baile.

—No podemos esperar tanto.

Se disponían a marcharse cuando el quinteto atacó con una canción compuesta por la intérprete calva, según anunció ella misma. La canción se titulaba *2012 Blues* y decía así:

*Las calles mojadas.
A veces la lluvia es una bruja
que cambia la cara de Madrid.
Más tarde la nieve*

*va cayendo lentamente
en la avenida donde te conocí.
¿Ya no lo recuerdas,
mujer de mis noches y mis días?
La gente en la calle
grita rabiosas consignas,
las tiendas vacías, la fiebre en el aire,
la noche, la luna de cera
y la niebla amarilla.
Es la canción triste de Madrid,
que desde hace años me cautiva,
es la canción triste de Madrid
que quisiera tocaros con mi armónica
mientras las sombras
se adueñan de la sombras
y una amiga muerta
me abre la puerta del ascensor vacío.
Ah, el horror, el horror:
los espejos repiten
mi cuerpo hasta el infinito.*

Julio no conocía la canción y aborreció de inmediato su letra, sus estrofas irregulares y su estilo decadente y lánguido. La amiga muerta que abría la puerta del ascensor le parecía una evocación de Olalla, y le suplicó a su primo abandonar el casino, pensando que una cosa era el deseo y otra la realidad, y él no tenía ganas de parlamentar con la cantante calva. Sus fantasías con ella habían quedado de pronto atrás.

Frustrado por la reacción de su primo, Víctor se empeñó en jugar a la ruleta americana, y en tan solo media hora consiguió perder cuatro mil euros. Salió hecho una furia del casino, y ya estaban llegando a Galapagar cuando los detuvo un guardia de tráfico que pretendió hacerles la prueba del alcohol. Víctor sacó de su cartera cuatrocientos euros, se los pasó al guardia y susurró:

—Cójalos, amigo. Se merece usted un buen aguinaldo.

El agente cogió los billetes, se olvidó de la prueba y los dejó seguir.

—¡Me está saliendo bien cara la noche! —rugió Víctor, pisando el acelerador.

Tras detenerse en dos bares más, los tres amigos aparcaron frente a un muro de contención de una casa del barrio de Abantos. Se trataba de un disparate de mansión, de dimensiones más bien colosales, erigida en lo alto de una colina desde la que se dominaba el monasterio. Era toda ella de granito gris, y en la planta baja despuntaba una amplia galería acristalada donde se estaba celebrando la fiesta.

Nada más llegar, se sirvieron bebida ellos mismos y se perdieron un rato entre la gente. Al fondo, sobre un estrado de madera, una orquesta de nueve músicos interpretaba piezas caribeñas, y la mitad de los invitados habían empezado a bailar.

Los tres amigos se hallaban junto al ventanal cuando la madre de Víctor se acercó a ellos para saludarlos. Se llamaba Esmeralda y era una mujer de unos cincuenta años, morena y de ojos cínicos y severos que se ablandaban cuando miraba a su hijo.

Esmeralda los besó a los tres y miró a Julio con cierto desagrado antes de decirle:

—Querido sobrino, te veo muy desaliñado. ¿Tienes problemas?

Víctor se adelantó a decir:

—Soy el único culpable de su aspecto, mamá, así que tienes que perdonarme. Julio ha pasado el día cazando. Acababa de llegar a su casa con estas fachas y yo no le di tiempo a cambiarse, pensando que íbamos a llegar muy tarde a la fiesta de Claudia. ¿Qué tal está?

—Radiante. Mírala —y señaló a una chica rubia, que lucía un vestido negro y largo, perfectamente ajustado a su cuerpo de sirena.

La chica, que estaba bailando con un hombre maduro de ojos de besugo, se acercó a ellos y los besó entre risas. Julio la miró algo cohibido, recordando un verano de la adolescencia en el que había tenido amoríos con ella. Desde entonces apenas se trataban.

—¿Cómo están mis tres golfos? —dijo.

—Perfectamente —contestó su hermano—, y además encantados de poder apreciar tu belleza.

—Eres un asqueroso adulador —y se echó a reír con cara de idiota.

Poco después Claudia se alejó de los tres amigos, y Julio se quedó pensativo. Por diferentes razones, creía que se estaba convirtiendo en un amargado, y le echaba la culpa a su estilo de vida y a sus compañías más constantes: su primo y el alemán. Mientras tomaba café, miraba críticamente la fiesta y recordaba las palabras de su tía reprochándole su aspecto. En ese momento su primo, que parecía leer sus pensamientos, lo acercó más al ventanal para que contemplara el panorama. Por debajo del muro de contención, en una ladera que discurría en diagonal hacia el barrio de los Reyes, se divisaba una casa, más armónica que la que los albergaba, parecida a las villas de la Costa Azul. Víctor le dijo que la casa estaba en venta y que había pertenecido a una tal Lucía Valmorant.

—¿La que asesinó a su marido? —preguntó Julio.

—Sí. Como ves, cierta gente no se anda con miramientos cuando hay que actuar.

Acto seguido, Víctor propuso dar un paseo a caballo, aprovechando que la niebla se había disipado y lucía la luna en mitad de la negrura. Así que se fueron a las caballerizas, se montaron en tres caballos dóciles y acanelados y salieron al bosque.

Iban bajando por un sendero entre hayas cuando vieron a una pareja de enamorados medio copulando junto al arroyo que desemboca en la presa del Romeral. Víctor, que en esas ocasiones tomaba siempre la iniciativa, dijo:

—¿Y si ahora mismo le damos una paliza al chaval y jugamos con la nena a la gallinita ciega?

Julio lo miró con espanto.

—¿Estás loco? No quiero más problemas.

—Era una broma, mentecato, pero sí que les podíamos dar un susto de muerte galopando hacia ellos y haciéndoles creer que somos los jinetes del Apocalipsis —dijo, y se lanzó hacia la pareja gritando.

Espantados, el chico y la chica interrumpieron sus juegos, se alisaron la ropa y echaron

a correr entre los árboles.

Víctor estalló en carcajadas mientras Julio temblaba y Bastian secundaba las risas de su amigo.

Sopesando la situación, Ágata volvió a visitar a la madre de Olalla, que la recibió con la misma tristeza que la primera vez, pero con algo más de viveza en la mirada, como si aguardara noticias importantes. El sol de invierno iluminaba esa mañana el salón dando más relieve a las arrugas de la cara de Leonor, pero también haciendo más evidente la belleza de sus ojos claros y dolientes.

Estaban a punto de sentarse en las butacas cuando Leonor dijo:

–He comprado cerveza en su honor. ¿Le apetece un vaso?

–Sí, pero no tenía que haberse molestado.

–No ha sido ninguna molestia –comentó Leonor dirigiéndose a la cocina. Poco después apareció con una bandeja sobre la que reposaban una botella de cerveza abierta y un vaso.

–¿Trae alguna novedad?

Ágata puso cara de circunstancias y contestó:

–Sí, pero no le va a gustar.

Leonor dirigió hacia ella una mirada paciente y resignada, se encogió de hombros y musitó:

–No espero demasiadas alegrías de este asunto, créame. ¿De qué se trata?

Ágata sacó del bolso su máquina fotográfica y dijo:

–En el cuarto de su hija vi el otro día un ordenador portátil. Lo necesito para visualizar varias fotografías.

Leonor le trajo el ordenador. Ágata introdujo en él la memoria de su cámara y le mostró las fotografías de algunas páginas del diario de Olalla mientras decía:

–Lucila tenía razón. Su hija estaba escribiendo un diario, y gracias a él ahora sabemos lo que pasó.

–¿Cómo ha conseguido resolver tan pronto la incógnita?

–Como hago otras veces: allanando una morada. Entré furtivamente en el cuarto de Gaby, comprobé que el diario de Olalla estaba en su poder y lo fotografié íntegramente.

Tras leer dos fragmentos del diario, Leonor se derrumbó sobre la butaca, como si acabaran de darle un tiro en la cabeza. Permaneció muda e inmóvil un buen rato, hasta que musitó:

–Me gustaría morir –y reventó en sollozos.

Ágata no dijo nada hasta que Leonor dejó de llorar.

–¿Quiere que llamemos a la policía? –preguntó finalmente.

–No.

Ágata pensaba lo mismo, pero aun así preguntó:

–¿Por qué?

–Porque ni confío en la policía ni confío en la justicia.

–Me ocurre lo mismo que a usted –confesó Ágata, y le mostró la fotografía que llevaba en el bolsillo de su camisa.

–¿Conoce a estos tres individuos?

–Me suenan. Creo que uno de ellos era profesor de Olalla.

–Parece que están en un café. ¿En el de Oriente, quizá?

–Juraría que sí.

–Y yo juraría que son los tres tipos que aparecen de vez en cuando en el diario de su hija, y hacía los que sentía miedo y asco. De ser cierta mi sospecha, se llaman Víctor, Julio y Bastian, pero necesito saber sus apellidos. ¿Puedo examinar el correo de Olalla?

–Desde luego.

Ágata entró sin dificultad en el correo del ordenador de Olalla y anduvo ojeando los diferentes mensajes de los años 2013 y 2012. Tan solo había cinco mensajes que le interesaban, y eran del todo banales: tres dirigidos a Julio, uno a Víctor y otro a Bastian, para felicitarles por sus cumpleaños. Gracias a ellos supo que el primero se apellidaba Carroma, el segundo Braganza y el tercero Baumann.

Apuntó los apellidos en su libreta y dijo:

–Ya los tenemos.

–¿Está segura?

–Empiezo a estarlo –contestó, y acto seguido comenzó a rastrear por Internet las huellas de los tres, comprobando que Víctor, Julio y Bastian eran los tres hombres de la fotografía que llevaba desde hacía tiempo con ella.

Julio tenía una página web con una sinopsis biográfica llena de elogios hacia sí mismo. En lo que se refería a su función como crítico de ciencias de la imagen, se consideraba un «subversivo» y un «heterodoxo». Defendía la violencia visual, «porque podía agitar a las almas muertas e ingenuas» y podía «servir como test delator de las buenas y malas conciencias», que para Julio venían a ser lo mismo. Confesaba hacer «sencillos experimentos» con sus alumnos, consistentes en colocarlos ante imágenes del horror, «entresacadas de la historia», unas veces, y otras de la «vida cotidiana». Tenía publicado un libro titulado *Violencia ficcional, violencia real*, que había quedado finalista del premio Anagrama, y que Ágata no pensaba consultar, pues tras su paso por la Sorbona y otras universidades de París le bastaba con conocer el título para adivinar el contenido.

De Víctor no había tanta información (los ricos se ocultan más que los esnobes de la clase media, en parte porque el dinero busca siempre el anonimato), pero rastreando la prensa en internet supo que en una ocasión había sido detenido y multado por conducir borracho. También supo que era hijo de Alejandro Carroma, presidente de la Banca Boras.

De Bastian Baumann tampoco encontró demasiado, aunque halló cierta información sobre su padre, Klaus Baumann, que había llegado a Madrid tras la guerra y se había casado con una alemana de la que enviudó. Klaus había fallecido en Mallorca a los setenta años, mientras practicaba la pesca submarina en la cala de Formentor junto a una novia holandesa de veintidós años, que también había muerto.

Mientras Ágata viajaba a toda velocidad por la red, Leonor comentó:

–Si de verdad fueron ellos, me gustaría acribillarlos con mis propias manos. Aún guardo la pistola de mi marido.

–¿Y por qué tenía su marido una pistola?

–La heredó de su padre. Es una pistola de la Guerra Civil. Hubo un tiempo en que en España todo el mundo tenía una pistola.

–No se le ocurra usarla. Es preferible esperar.

–¿Esperar a qué?

–A ver las cosas más claras. Para empezar, necesitamos saber por qué Gaby robó el diario y qué es lo que quiere hacer exactamente.

–¿Cree que también él está implicado?

–No lo sé. El diario solo puede estar en su cuarto por dos razones: o bien porque quiere proteger a nuestros tres sujetos, o bien porque pretende hacer lo mismo que usted: tomarse la justicia por su mano.

–¿Y cuál es para usted la opción más probable?

–La segunda.

–En tal caso, ¿qué piensa hacer?

–Si he de decirle la verdad, soy partidaria de recurrir a la justicia, pero cuando tengamos más pruebas y resulte absolutamente imposible negar las evidencias. Voy a seguir muy de cerca a Gaby y a los otros tres, y voy a intentar conseguir el vídeo del que habla Olalla.

–Me parece perfecto. Como veo que está cumpliendo muy bien con su trabajo me gustaría pasarle algún dinero.

–Ni se le ocurra.

–¿Va usted a trabajar gratis?

–En estas circunstancias, sí. A usted no le sobra el dinero, y de momento no quiero que me pase ni un céntimo, pero sí que quiero que me entregue la pistola.

–Ni lo sueñe.

–Hágame caso y déjese de locuras. Yo sabré cuidarla mejor que usted.

Leonor negó con la cabeza, entonces Ágata le dijo con voz tajante:

–O me pasa usted la pistola o abandono ahora mismo la investigación.

A regañadientes, Leonor se incorporó y caminó perezosamente hasta su habitación para coger el arma y entregársela a Ágata, que se despidió de ella enseguida y se dirigió a casa de Lucila.

Encontró a la amiga de Olalla en medio de una especie de saturnal con otra mujer, que se veía al fondo del salón enfundada en cueros negros. La mujer tenía la cabeza rasurada y Ágata supuso que se trataba de la cantante calva. Lucila la recibió avergonzada y medio desnuda, y no la dejó entrar en el salón. Ágata la miró filosóficamente, le pasó una copia de las fotografías del diario, y tuteándola por primera vez, le dijo:

–Lee lo que escribió tu amiga. Deploro que se te vayan a quitar las ganas de fornicar – y desapareció en la oscuridad del pasillo que conducía al ascensor. A Ágata le gustaba mucho provocar esa clase de sensaciones en los otros, que significaban una ruptura, un susto, y hasta la proximidad de un abismo. Lucila se hallaba en plena orgía cuando de

pronto ella irrumpía en escena, entregaba un mensaje terrible, y desaparecía en la oscuridad. Lucila se había quedado pensativa. Normal.

Ágata se dirigió al hotel para ducharse y cambiarse de ropa, y luego volvió a salir.

Faltaban varios días para que llegase la fecha en la que según los mayas, o sus intérpretes más apocalípticos, iba a acontecer el fin del mundo, y la ciudad parecía muy agitada. Cerca del Parlamento rugía la multitud contra los políticos y las privatizaciones del gobierno, y cientos de policías vestidos de negro rodeaban el edificio de los leones, dispuestos a atacar si la gente se desbordaba.

El gentío le impedía avanzar, así que entró en su coche y se dirigió al café de Oriente con la esperanza, más bien remota, de hallar a los tres amigos.

Llevaba media hora vigilando la entrada del café cuando vio salir del establecimiento a tres hombres que parecían los de la fotografía. Oculta tras un quiosco abandonado, usó los prismáticos que llevaba en el bolso y tuvo la certeza de que eran ellos.

Sí, allí estaba el rubio de ojos azules, con un abrigo austríaco de color verde oscuro; allí estaba Víctor con un gabán de cuero abierto, dejando entrever un traje de estilo inglés, y allí estaba también el profesor universitario, con sus gafas redondas, su aspecto de pedante y el aire de querer parecer más joven de lo que era.

A la puerta del café estuvieron discutiendo un rato, y todo indicaba que podía estar produciéndose un cisma entre ellos. Víctor y Bastian agredían verbalmente al profesor, que los miraba con ojos ofuscados, hasta que decidieron separarse y tomar caminos diferentes.

Ágata no podía seguirlos a los tres, así que entró en su automóvil y decidió ir tras el profesor.

Antes de arrancar, Julio permaneció un rato fumando en el coche y pensando en la discusión que acababa de tener con Víctor y Bastian. Empezaba a estar harto de los dos y, por más de una insinuación que habían hecho ambos tras la tercera copa, le alarmaba la sospecha de que hubiesen seguido a Olalla el día de la tragedia, provocando en cierto modo el accidente. ¿Y si la habían matado ellos aquella mañana siniestra y lo estaban ocultando?, se preguntó aterrado. Ahora lamentaba haber sido su teórico y su mentor. Fui yo el encargado de introducirles en la teoría de la violencia, se dijo a sí mismo, y yo quien les susurraba como un diablo seductor que a esta vida hay que robarle el máximo de placer sin pensar demasiado en las consecuencias, simplemente obrando con astucia y decisión; y fui igualmente yo quien les calentó la cabeza a los veinte años con la idea del superhombre adaptada a nuestra época, un superhombre violento y sagaz, que sabía dominar y a la vez representar el grado más sutil de la civilización; y yo el que les decía, entre copa y copa, que había que ser sabiamente impío, no solo en nuestras relaciones sociales y políticas, también en nuestras relaciones amorosas. Y ahora esos dos necios se me están yendo de las manos, llevando mi teoría mucho más lejos de lo que yo mismo me habría atrevido a llevarla, mucho más... Normal, pensó, perfectamente normal. Todo alumno verdadero intenta superar a su maestro, y Bastian y Víctor me están superando en estupidez y en perversidad.

Julio arrojó la colilla por la ventana, tomó un calmante y trató de serenarse y no dejarse arrastrar por el demonio de la sospecha, que podía conducirlo a situaciones fuera de control. En esos momentos, lo único que le permitía olvidarse de sí mismo era el sexo. Curiosamente, la fuente de muchos de sus problemas acababa siendo también el mejor fármaco contra la ansiedad y la tristeza. Lo que más me mata, más vida me da, se dijo a sí mismo, y recordó que había quedado a las ocho de la tarde con Laura, una alumna de primero, frágil, hermosa y algo idiota, según le parecía a él.

Mientras viajaba a Tres Cantos, pensaba en los ojos verdes y claros de Laura, de una transparencia difícil de definir, en sus labios carnosos y rosados ideales para una buena felación, y más con aquella cara de inocente que exhibía la infeliz. Se había citado con ella esgrimiendo la excusa más común en esas ocasiones: la veía un poco desorientada y algo retrasada en la asignatura, y quería darle algunos consejos en privado para que aprovechara mejor sus clases y se despojara del aturdimiento que parecía presidir sus días y quizá también sus noches. En varias conversaciones con ella, Julio la había explorado un poco y sabía que Laura había pasado buena parte de su vida encerrada con su madre en una casa sombría y solitaria de la sierra de Madrid, llena de imágenes religiosas. Ahora residía en un colegio mayor junto a la escuela, pero su madre la seguía controlando férreamente y la llamaba a menudo por teléfono.

Julio vivía en una casa de madera prefabricada que más bien parecía una cabaña, en

una urbanización modesta a unos tres kilómetros de la Escuela de la Imagen, y como habían acordado, encontró a Laura en una esquina de la calle. Aparcó el coche junto a ella y caminaron juntos hasta la casa, que disponía de un pequeño jardín.

Ya en el salón, Julio le dijo que se pusiera cómoda y le preguntó qué quería tomar.

–Una tila –respondió ella, casi sin voz.

Julio negó con la cabeza.

–No tengo tila, princesa.

–Entonces agua.

Julio volvió a negar. Luego se acercó a ella, posó las manos en su rostro sonrojado y tembloroso, y le dijo con voz grave y al mismo tiempo susurrante:

–Basta de memeces místicas, Laura. Vas a beber vino como yo.

–De acuerdo –musitó ella, bajando aún más la voz.

–Así me gusta –susurró él, y sonrió. Luego salió del salón y regresó cubierto con una bata de seda y portando en las manos una bandeja con una botella y dos copas de cristal.

Con gran ceremonia, Julio vertió el vino en las copas, le pasó una a Laura, él cogió la otra y brindaron.

–A tu salud.

–A la tuya.

Laura apuró la copa y puso cara de asco.

–¿No te gusta?

–No estoy muy acostumbrada.

–Lo mismo decía un personaje del marqués de Sade sobre ciertos actos sexuales que al principio duelen y luego agradan más de lo que podríamos imaginar. Bebe más, mujer. Te sentirás mejor, ya lo verás.

Laura obedeció y vació la copa. Enseguida empezó a sentirse mareada y preguntó:

–¿Para qué me has traído a tu casa? Dijiste que querías darme algunos consejos para entender mejor tu filosofía.

Julio hizo un gesto de desagrado y le espetó:

–Cierto. ¿Y sabes cuál es mi filosofía?

–No del todo.

–¿No del todo? –y se echó a reír.

–¿Por qué te ríes?

–Porque me hace gracia tu inocencia.

–¿Te estás burlando de mí?

–No, princesa, no. Solo te estaba piropeando –dijo, y se acercó a la biblioteca para coger un libro que abrió en una página marcada y que depositó en las manos de Laura antes de añadir–: ¿Has leído al marqués de Sade?

–No.

–Pues tienes en tus manos su libro más excelso: *La philosophie dans le boudoir*, que mal traducido al español podría ser *La filosofía en el tocador*. Has de saber que su filosofía es también la mía. Lee los párrafos que están subrayados, por favor.

Laura experimentó la misma sensación de sumisión que solía sentir ante su madre y leyó con voz ahogada:

—«Cuando un miembro enorme, que apenas cabe en mi mano, penetra, como tú aseguras que puede hacerlo, en un agujero tan pequeño como el de tu trasero, debe de causar un grandísimo dolor a la mujer».

Tras la lectura del párrafo, Laura lo miró aterrada. Julio ordenó:

—Lee el otro párrafo subrayado.

Con voz más torpe y más frágil, Laura continuó:

—«Le ha placido a la naturaleza hacernos llegar a la felicidad solo con dolores: pero una vez vencidos, nada puede igualar a placeres semejantes, y el que se experimenta al introducir ese miembro en nuestros culos es indiscutiblemente preferible a cuantos puede procurar esa misma introducción por delante. ¡Cuántos peligros además evita la mujer entonces! Menos riesgo para la salud, y ningún embarazo».

Concluido el segundo párrafo, Laura se atrevió a preguntar:

—¿Por qué me obligas a leer esto?

—Porque te quiero introducir en la filosofía del tocador, mi vida —dijo, y despojándose de la bata de seda dejó ver su miembro erecto, saliendo de la portañuela abierta. Luego añadió—: Acarícialo con tus manos de Virgen María, mi amor. Sé que te gusta, sé que lo necesitas.

Julio se abalanzó sobre ella y empezó a morder sus labios mientras le subía las faldas e intentaba bajarle las braguitas.

Ágata, que había seguido a Julio hasta su casa y los estaba viendo desde el otro lado de la ventana, semioculta entre los arbustos del jardín, pensó que la escena tenía su gracia, sobre todo vista desde fuera, pero también sabía que la chica estaba siendo agredida, y en lugar de golpear el cristal, corrió hasta su coche, se puso una peluca rubia que siempre llevaba en el bolso y unas gafas negras y, antes de acercarse de nuevo a la casa, hizo sonar la alarma de su vehículo, que se parecía un poco a la sirena de la policía. Al oírla, Julio sintió un súbito ataque de pánico y se apartó de Laura, que se subió las braguitas, se alisó la falda y alcanzó la puerta de salida. La abrió como pudo y se alejó de la casa gimoteando.

Julio corrió tras ella, pero se quedó detenido bajo el porche, pensando que era la segunda vez que le salía mal la escena de *La philosophie dans le boudoir*. Fue en ese momento cuando vio que se acercaba a su casa una mujer de larga cabellera rubia y gafas negras, e intentó no parecer más nervioso de lo que estaba.

Ágata se detuvo a unos metros de Julio, y haciendo un movimiento de prestidigitación, le mostró su cartera abierta con el escudo de la Sorbona, vagamente parecido al de la policía; la volvió a ocultar a toda prisa y dijo:

—Detective de la Policía Nacional. ¿Qué estaba haciendo con esa muchacha?

Julio abrió mucho los ojos, como si no acertara a creer lo que acababa de oír, y

balbució:

—Nada en especial.

—¿De veras? La he visto salir de su casa llorando. Julio meneó confusamente la cabeza, en un gesto a medio camino entre la afirmación y la negación, y murmuró con voz temblorosa:

—Verá usted, le he estado hablando de ciertas verdades filosóficas difíciles de encajar para un alma alicorta y moralista.

Ágata sonrió agriamente y preguntó:

—¿A qué verdades filosóficas se está refiriendo?

Julio se quedó unos instantes pensativo y dijo:

—Al problema del bien y del mal, a los horrores del Holocausto y la Segunda Guerra Mundial, al terrorismo, a la guerra, a los asesinos en serie... Otros alumnos lo aceptan mejor, pero esta chica es una inmadura.

Ágata lo miró con paciencia antes de exclamar:

—No me venga con estupideces, amigo. A propósito, es posible que un día de estos le llame la policía. Según he sabido, ciertos informes del departamento hacen referencia a sus maniobras en la Escuela de la Imagen. Sepa que está usted vigilado, y no solo por sus problemas con los alumnos: hay algo mucho más grave, señor Braganza, y bastante más demencial —comentó Ágata, recurriendo como tantas otras veces al terrorismo verbal.

Julio la miró con estupor y gritó:

—Pero ¿qué está usted diciendo?

Ágata lo miró con distancia, examinó fríamente su cara y percibió su nerviosismo.

—No se haga el sordo y no me obligue a repetir lo que he dicho con absoluta claridad —murmuró antes de alejarse.

Ágata regresó a Madrid segura de haber captado una imagen más real de Julio y menos fantasmal que la que invocaban las fotografías y el diario de Olalla.

Mientras se acercaba a la capital, pensaba que los hombres que se dedicaban a abusar del poder que les confería su condición de profesores podían ser bastante cínicos y estaban capacitados para elaborar una filosofía que justificase sus actos, pero no solían ser valientes, y cuando por alguna razón tenían que enfrentarse a la realidad, que siempre aparecía en forma de amenaza vinculada al desprestigio, todo su cinismo se podía transformar de repente en temblor infantil y una angustia existencial que no les dejaba vivir. Para Ágata eran como el criminal del que hablaba Nietzsche: no sabían estar a la altura de sus actos, no sabían ser ni de lejos los personajes que alegremente conversaban y se so-domizaban en *La philosophie dans le boudoir*. Estaban por debajo de su idea del mal.

De nuevo en el hotel, se acostó muerta de fatiga y encendió el televisor para ver el telediario. En pleno diciembre, algunos canales estaban haciendo resúmenes de todas las noticias del año, y Ágata aprovechó la circunstancia para rememorar con ellos el infierno que le estaba tocando vivir. Los tres canales por los que zapeó hablaban, ¡cómo no!, de las supuestas profecías mayas, para pasar enseguida a comentar el naufragio del *Costa*

Concordia, en el que uno de los canales veía un símbolo de los naufragios de Europa, y especialmente de los de Italia y España. Para un comentarista, los viajeros saliendo penosamente del barco configuraban una imagen de los desahuciados. En uno de los programas aparecía Stephen Hawking diciendo que a la humanidad le quedaban como mucho mil años, y en otro canal un físico aseguraba que solo le quedaban cien. También hacían referencia al tiroteo del cine de Denver; al asesino del templo sij de Wisconsin, que quería devolver la dignidad a la raza blanca; a los indígenas acribillados en Colombia por el fuego cruzado del ejército y la guerrilla; al asesino de Arizona que disparó contra la policía cuando lo estaban desahuciando; a la matanza de mineros en Sudáfrica a manos de la policía; a un tiroteo en un centro comercial de Texas; al escritor italiano que había sido detenido porque el crimen aparecido en una de sus novelas lo había cometido él mismo; a un ciudadano de Nueva York que había matado a tiros al dueño de una tienda de la que lo habían despedido; a las cinco niñas que habían muerto por asfixia en la avalancha del Madrid Arena, y a la masacre de Newtown, donde un muchacho amante de las armas como su madre, había fulminado a veinte niños y a siete adultos antes de que llegase la policía y optase por inmolarse a sí mismo.

Ágata apagó el televisor y se tendió en la cama. Antes de dormirse, pensó que le quedaba un duro trabajo por hacer y que iba a intentar seguir a Gaby con prudencia y mucho rigor, en parte porque sospechaba que el novio de Olalla estaba a punto de iniciar su venganza.

Julio no podía pegar ojo desde la aparición de la mujer que decía pertenecer a la Policía Nacional. Su cabeza era un alud de imágenes cortantes e ideas confusas, e iba de un lado al otro de la casa, pensando en la violación de Olalla y en la escena con Laura. Lleno de ansiedad, llamó por teléfono a Víctor y a Bastian, pero ninguno de los dos cogía el aparato.

A las cinco de la mañana se hallaba tan desesperado que temía perder el control y hacer una locura. Entonces telefoneó a su madre, que solía levantarse muy temprano.

—¿Qué te pasa, hijo?

Le bastó oír su voz clara y cristalina para empezar a tranquilizarse.

—No lo sé, mamá. No puedo dormir.

—¿Te preocupa algo?

—Verás, una alumna me está acosando, y como no le hago caso (ya sabes que detesto toda forma de relación con el alumnado que ponga en peligro mi honorabilidad y mi autoridad), temo que quiera vengarse y me acuse de lo que nunca he hecho, de lo que soy incapaz de hacer.

—Eso te pasa por ser demasiado amable y franco con los alumnos y por dar tu confianza a los que no se lo merecen.

—Lo sé, pero no lo puedo evitar, mamá. Vivimos tiempos muy difíciles y yo procuro ayudar.

—Pues ayuda menos, que el mundo está lleno de canallas dispuestos a aprovecharse de almas como la tuya, mi amor.

- ¡No sabes cómo me alivian tus palabras!
- Me alegro, hijo, me alegro. Y ahora intenta dormir.
- Te haré caso –dijo antes de colgar.

Julio sintió que la voz de su madre había amansado sus nervios y se quedó inmediatamente dormido.

Desgraciadamente, se despertó una hora después. Cuando miró por la ventana la niebla lo cubría todo y apenas se veían los árboles del fondo. Volvió a acordarse de Laura y empezó a pensar en la estrategia más conveniente para deshacer el malentendido y desactivar su rabia. Decidió que se comportaría con ella como un caballero, y acercándose al espejo esbozó gestos amables y puso su mejor cara mientras susurraba:

–Laura, ¿cómo estas? ¿Te gustaría almorzar conmigo? Conozco un restaurante que te va a encantar.

En su imaginación, Laura sonreía plácidamente y se dejaba guiar mientras susurraba:

–Aún estoy conmocionada por la escena de ayer, pero la empiezo a entender. ¿Me pedirás que te lea otra vez *La philosophie dans le boudoir*?

–Claro que sí, princesa. He preparado un capítulo más sustancial.

–¿Más todavía?

–Más.

Pasó un buen rato entregándose a esa clase de ensoñaciones, en parte porque, en más de una ocasión, el veneno insuflado a sus alumnas había tenido efectos retroactivos, y la balanza había acabado inclinándose a su favor. Pero de pronto se sintió ridículo y recordó lo que le había pasado con Olalla dos meses antes de que falleciera. Con ella la escena de *La filosofía en el tocador* también había salido mal. Julio no había olvidado el momento en el que apareció ante ella con el miembro erecto y Olalla estalló en carcajadas. Le dijo que parecía el famoso exhibicionista de la gabardina, le llamó patético y huyó de su casa hecha una furia. Ansioso por hacer las paces con ella, Julio la invitó a comer al día siguiente, y Olalla aceptó, así que se dirigieron al restaurante La Mansión de Tres Cantos.

Julio fue sumamente suave con ella. Quería sorprenderla y agradarla para que no se le fuera de las manos, de modo que la guió ceremoniosamente hasta el establecimiento, y con voz zalamera y susurrante la invitó a contemplar el encinar adhesado que rodeaba el restaurante y a sentir el olor de la campiña. Entró con ella en el recibidor y la llevó hasta la solemne chimenea en la que ardían troncos de encina con su fragancia a invierno español. Luego la condujo hasta el mirador y el corredor acristalado con vistas a las rosaledas del jardín, y finalmente entró con ella en el salón, donde las mesas se sucedían entre las paredes cubiertas de grandes espejos, y donde antiguamente se hallaban las cuadras y el albergue de los carruajes de la antigua mansión ahora convertida en restaurante.

Se sentaron a una mesa al fondo de la sala, y enseguida un camarero vestido de etiqueta se dispuso a servirlos. Julio pidió como entremés croquetas de faisán, especialidad de la casa, vino de Rioja para él, y para ella cerveza sin alcohol. Luego empezaron con los platos. Julio eligió guisado de venado, y Olalla chuletitas de corzo.

Mientras comían, Julio empezó a decir:

—Verás, Olalla, tengo que pedirte perdón por lo que pasó la otra noche, y lo último que deseo es poner en peligro nuestra amistad. La verdad es que estaba un poco descontrolado. Había pasado bebiendo toda la tarde con Víctor y Bastian y perdí la cabeza. ¿Nunca te ha ocurrido algo parecido?

Olalla, que temía el alcohol desde una noche de su infancia en que vio borracha a su madre, y que rara vez se excedía con el vino, ya estuviera entre amigos o enemigos, le dijo la verdad:

—Tan solo en una ocasión.

—Me alegro. Si he de serte sincero, no me gustan las chicas fáciles.

Olalla esbozó un gesto de asombro.

—Nadie lo diría.

Julio se sintió herido, además de irritado por las ironías de una alumna que hasta entonces no le había parecido demasiado inteligente, y murmuró:

—Te noto un tanto burlona e incrédula. Sin duda no me conoces. No soy lo que parezco.

Ella estaba dispuesta a retarlo y le espetó:

—Te creo, pienso que eres más imbécil de lo que pareces.

Julio se echó hacia atrás e intentó mirarla con más frialdad y arrogancia. Le ocurría cada vez que alguien se le oponía susurrándole verdades que no quería oír.

—Me estás ofendiendo.

—Más me ofendiste tú a mí —le dijo ella con naturalidad y mirándole directamente a los ojos.

—Bien, de acuerdo, te ofendí, y vuelvo a pedirte perdón. ¿Qué más tengo que hacer?

Olalla expresó con una mirada todo el escepticismo que en ese momento la poseía y comentó:

—Todo cuanto hagas va a resultar inútil.

A Julio empezaba a desquiciarle la actitud de su alumna, y por primera vez en el almuerzo mostró su espolón.

—¿Me estás retando? Te advierto que empiezo a perder la paciencia.

Olalla arrojó a un lado de la mesa la servilleta que tenía en la mano, apartó con asco su plato y le dijo con voz contundente y definitiva:

—¿Crees que me importa? Estaría dispuesta a abandonar la escuela, pero no por cobardía, simplemente porque no soporto a las personas como tú. Verás, ni te soporto a ti ni a otros dos profesores del curso que son como tú o peor. Me han dicho que en otras escuelas ocurre exactamente lo mismo. Debe de ser el viejo estilo español. Pero quiero que sepas que ya no te tengo miedo. Mi padre, que en paz descansa, y que era más laico que tú, si bien más amable y más inteligente, me dijo en una ocasión que el miedo y la cobardía eran enfermedades más mortales que el cáncer, y he recordado mucho sus palabras estos últimos días. Desde hace tiempo andas jugando con fuego y lo vas a pagar. Los alumnos de segundo dicen que volviste locas a dos muchachas, y que una acabó ingresada en un hospital psiquiátrico. Al parecer era menor de edad. ¿Sabes lo que

te digo? Que te vas a meter por el culo las obras de tu marqués. Eres un fantoche insoportable. Me gustaría que acabases en la cárcel, o que te sodomizase un gorila delante de tu madre. Y ahora me voy. Te puedes comer mis chuletitas de corzo, probablemente cazado por algún impresentable como tú. Las pedí sabiendo que no me las iba a comer –dijo, y acto seguido se incorporó y abandonó el restaurante.

Tras la estampida de Olalla, Julio permaneció un rato inmóvil en su silla, con la mirada vacía y la mente ardiendo. Temía que algún camarero hubiese escuchado parte de la conversación y murmurara contra él, enturbiando su fama, tan impoluta en aquel establecimiento donde siempre le atendían con deferencia y le llamaban respetuosamente «el profesor». A pesar de creerse más allá de las habladurías y los prejuicios morales, contra los que rugía retóricamente citando a Foucault, nada temía más Julio que el desprestigio social vinculado al machismo, ya que en sus clases defendía siempre a las mujeres, con gran destreza verbal y profusión de citas de escritoras célebres, si bien no podía evitar que ciertas alumnas le mirasen con sorna y que más de una abandonase el aula con cara airada y maneras que lo acusaban de hipócrita y de vil. Pero esas actitudes no solían ser entendidas por los ignorantes, que tendían a echarle la culpa a la fugitiva y rara vez ponían en peligro su reputación.

Del estupor, Julio fue pasando a la indignación cuando ya estaba tomando el café. Empezaba a darle la razón a su primo. Víctor nunca tenía problemas con las mujeres. Aunque las tratara peor que él, jamás le telefoneaban a las tres de la mañana pidiéndole explicaciones y censurándole polvos sucios y lamentables. Y era normal que fuese así, porque Víctor carecía de contradicciones y abordaba a las mujeres con la misma insolencia y la misma rudeza con que luego las trataba. No mostraba primero una cara y después otra. Su conciencia era tan larga y tan plana como el paseo de la Castellana, y en ella cabían toda clase de mujeres, que usaba y luego abandonaba con la naturalidad del que se sabe nacido para dominar, porque así lo han educado sus padres: en esa seguridad que confiere el dinero desde el instante del nacimiento y se va reforzando con el paso de los años y las insolencias.

Mientras apuraba el café, el jefe de camareros se acercó a él para ofrecerle una copa por cortesía de la casa. Julio aceptó de buen grado. Al tiempo que se la servía, el camarero, que era un individuo muy delgado, de cabellos grises y ojos de cuervo taimado, le susurró al oído:

–Ya vi que una jovencita le estuvo faltando al respeto de forma harto reprochable.

–¿Escuchó usted la conversación?

–No, pero me bastó con verla gesticular para deducir que sus maneras dejan mucho que desear. ¡Qué grosera y vulgar me pareció, señor Julio! Sin duda no merece su amistad. ¡Y dejó intactas las chuletitas de corzo especialidad de la casa! Es usted demasiado bueno con sus alumnos, créame. En mis tiempos esas faltas de respeto se arreglaban con un látigo.

–No se preocupe, Ambrosio. Esa no vuelve a pisar este templo del buen comer y el buen beber. Por cierto, el guisado de venado me ha sabido a gloria, y el vino también.

–¿Desea el profesor probar nuestro pastel de higo con helado de azafrán?

–Lo probaré.

Al día siguiente hizo las paces con Olalla. Se arrodilló ante ella, gimió, le suplicó que borrara de su mente las escenas de su casa y del restaurante, y le pidió que no le dijera nada a Gaby, con el que parecía tan unida en los últimos tiempos. Más motivada por el deseo de quitárselo de encima que por otra cosa, Olalla le prometió silencio tras decirle:

–No te preocupes. Mis escenas contigo me resultan tan lamentables que no les voy a conceder el más mínimo espacio ni en mi vida ni en mi escritura. Nunca le diré nada a Gaby de nuestra triste comedia.

Julio pasó la tarde en su casa, atormentándose y dándole mil vueltas a sus problemas, y por la noche se dirigió a Madrid en taxi, dispuesto a cenar con sus amigos.

Llegó muy crispado a Lhardy, el restaurante más antiguo de Madrid después de Botín, y cuya fachada, que evocaba el estilo del Segundo Imperio, seguía atrayendo a los paseantes desde el año 1893. Gaby, que sabía que el Lhardy era un lugar de cita muy habitual de los tres amigos, lo vio entrar en el restaurante desde la acera opuesta, y le pareció un loco.

Por primera vez en su vida, Julio se sentía incómodo en el Lhardy. Al cobijo de sus paredes cálidas y barrocas, llenas de cuadros de época y lámparas fastuosas, se habían decidido derrocamientos, restauraciones, dictaduras, conjuras innumerables y derramamientos de sangre a gran escala, y no le parecía un signo de buen augurio quedar a cenar allí. Sus amigos le estaban esperando en el Salón Blanco, un comedor privado en el que podían disfrutar de la intimidad necesaria para sus disquisiciones, lejos de los otros salones más amplios y que, a diferencia de otras épocas, se hallaban vacíos.

Para colmo de los azares, en una de las paredes del Salón Blanco podía verse un cuadro diminuto y manierista titulado *El baño de Diana*. Se trataba de una pintura plácida en la que la diosa aparecía erguida y con los pies sumergidos en una fuente, mientras tres podencos blancos la observaban hipnotizados por su belleza.

Julio empezó a interpretar la escena a su manera y a confundir a Diana con Olalla. En cuanto a los tres perros, no hacía falta decir quiénes eran. Víctor, que conocía muy bien a su primo, captó enseguida sus reacciones al mirar el lienzo y le dijo:

—Querido primo, tienes que dejar de ver signos nefastos por todas partes.

Julio, que acababa de sentarse a la mesa, apoyó la cabeza en las manos y comentó:

—Me estoy metiendo en una espiral que me asusta.

—¿A qué te refieres? —le preguntó su primo.

Alterando considerablemente la verdad de los hechos, como hacía siempre en circunstancias parecidas, Julio contestó:

—Me refiero a una zorrita que se me metió en casa el otro día y que intentó follarme. Pero eso no es lo más grave. La misma noche del melodrama acudió a mi puerta una mujer de la Policía Nacional.

—¿En serio? —exclamó Víctor, asustado—. ¿Y qué quería?

—En realidad no lo sé. Simplemente me aseguró que me estaban investigando.

—¿Por qué?

—No me lo dijo, pero aseguró que me estaban vigilando y que conocía datos sobre mí poco favorables.

—¿Qué clase de datos? —preguntó Bastian, echándose hacia atrás su pelo rubio.

—Tampoco me lo dijo, simplemente insinuó que se trataba de asuntos muy graves.

—¡No me lo puedo creer! —clamó Víctor.

En ese momento llegó el camarero y les sirvió el vino y el primer plato; lo mismo para los tres: ensalada de langosta.

Habían empezado a comer cuando Bastian se dirigió a Julio:

—Cálmate, por favor. La mujer de la que hablas bien pudo ser una impostora.

—¿Tú crees?

—Claro que lo creo. Imagínate que era una amiga de alguna de las alumnas con las que te has pasado más de la cuenta. Imagínatelo.

—Puede que tengas razón.

—Por otra parte —continuó Bastian—, no olvides que tengo acceso directo a la policía. Mi padre fue, como sabéis, asesor permanente de la Nacional, y yo fui confidente durante mi época universitaria.

—¿De verdad? —preguntó Julio, asombrado—. Nunca nos lo habías dicho.

—Pues ahora os lo digo.

Víctor se quedó un rato pensativo para acabar susurrando:

—Amigos, si de verdad tenemos encima alguna espada de Damocles, solo puede ser por culpa de Gaby.

—Tú lo has dicho. En él podría estar la clave —comentó Bastian—. Desde que murió Olalla, Gaby no quiere saber nada de nosotros.

—Olvidas que está medio loco —dijo Julio—, por eso se ha quedado a vivir y a trabajar en un manicomio, porque se sabe un loco y quiere vivir en la casa de los locos.

—Loco o no, es un peligro para nosotros —musitó Víctor.

—¿Lo dices por algo en concreto? —preguntó Julio.

—Sí. No quería mentar el asunto para no preocuparos, pero andan diciendo por ahí que alguien robó el diario de Olalla.

—¿Quién lo anda diciendo? —dijo Julio.

—Lucila.

—¿La que hizo aquel corto de Treblinka?

—Sí, y juraría que la información le viene de la madre de Olalla. ¿De quién puede venir si no? Pensadlo un poco. Y bien, imaginaos que el diario lo robó Gaby y que en él se incluyen frases que nos comprometen.

Las palabras de Víctor tuvieron sobre Julio un efecto disolvente. Sus rasgos se desvanecieron súbitamente, para acto seguido endurecerse y adquirir la consistencia trágica de la culpa mezclada con la desolación y el estupor.

—¿Por qué no nos lo has dicho antes? —protestó antes de apurar temblorosamente el vaso.

—Porque me acabo de enterar —arguyó Víctor—. No voy a negar que me inquieta la posibilidad de que Gaby tenga en sus manos el diario de Olalla. Pero por otra parte, si lo pienso dos veces, me tranquilizo. Si de verdad existe ese diario, ¿creéis que puede haber en él algo que nos delate?

—Podría haberlo —dijo Julio.

—Sí, de acuerdo, pero para eso Olalla tendría que haber escrito el día mismo de los

hechos. ¿Estaba en condiciones de hacerlo? –preguntó Víctor.

–Yo juraría que no –respondió Bastian.

–¿Quién sabe? Igual pudo garrapatear algo antes de coger el coche –añadió Julio.

–Aceptemos esa posibilidad, a mi entender muy remota. Bien, si ocurrió así, la única forma de averiguarlo es conseguir ese diario. Tendrías que ocuparte de eso, Julio.

–¿Cómo?

–Tú tenías bastante confianza con Gaby. ¿No lo visitaste una vez?

–Sí, y en aquella ocasión no dio muestras de sentir la más mínima animadversión ni hacia mí ni hacia vosotros. Pero podía estar fingiendo.

–No te costaría nada volver a hacerle una visita y registrar su cuarto...

–Lo intentaré.

–No basta con intentarlo. Hay que hacerlo.

El camarero volvió a irrumpir en el salón para servirles el segundo plato: ternera príncipe Orloff, y para beber un Vega Sicilia de la mejor cosecha. Víctor quería amansar a sus amigos, y le parecía que para conseguirlo era bueno dejarles con los estómagos plenamente satisfechos.

Tras la cena, Julio regresó a su casa, pero Víctor y Bastian continuaron la farra. A las dos de la mañana se hallaban tomando whiskies en un bar clandestino ubicado en el sótano de una casa de El Viso, donde se podía fumar, y parecían muy animados.

En los últimos tiempos estaban floreciendo en Madrid los establecimientos como aquel, que recordaban los garitos neoyorquinos del período de la Ley Seca, y que los fumadores empedernidos sabían localizar guiados por su olfato.

Los dos amigos acababan de encender sendos cigarrillos cuando Víctor dijo:

–¿No te parece que mi primo es un boludo?

–¿Por qué hablas en argentino?

–Verás, tuve una novia argentina que culeaba con más gracia que la Pompadour, y se me pegaron algunas de sus palabras. Lo que quería decirte es que mi primo está flojeando, y eso me da miedo.

–¿No pensarás ir a por él?

–¿Estás loco?, ¿ir a por mi primo? No, simplemente sugiero que habría que controlarlo y tranquilizarlo un poco.

–Es una lástima que no tenga el temple suficiente para vivir la vida con todas sus consecuencias.

–¿Viste la cara que puso cuando hablé del crimen de Lucía Valmorant y de cómo se las gastan en ciertas esferas?

–La vi –contestó Bastian mirando con curiosidad a su alrededor–. Supongo que para él matar es un asunto muy grave.

–Cierto. ¿Para ti también?

–¿Has olvidado quién le dio el golpe de gracia a Olalla?

–No.

–¿Entonces a qué vienen tus estúpidas preguntas? Me estás ofendiendo.

–Lo siento, Bastian, a veces no sé lo que digo. Entiéndeme, estamos pisando aguas

movedizas y quiero estar seguro de hasta dónde puede llegar cada uno de nosotros.

—¿Y crees que yo no?

—Sé que estamos en sintonía, y te pido que no malinterpretes mis preguntas. Confío en ti, te lo puedo asegurar, pero no me ocurre lo mismo con Julio. Cambiando de tema, ¿te has fijado en esa zorrita que se está fumando un puro?

—Sí, y nos está mirando como una corsaria antes de la batalla. Juraría que las botas le llegan hasta las bragas.

—¿Nos la llevamos a mi casa? Me encantaría un *ménage a trois* que afianzara aún más nuestros lazos. ¿Tú por dónde quieres?

—Por detrás.

—¡Maldición! De acuerdo. Todo sea por nuestra amistad.

Llenos de confianza, se acercaron a la mujer, que los recibió con desprecio y con desprecio se alejó de ellos diciendo que no le gustaban los hombres. Media hora después, Víctor y Bastian se despidieron a la puerta del garito y prometieron verse al día siguiente.

Mientras se dirigía a su casa, Bastian iba pensando en su propia situación y la de sus amigos. Víctor creía que Julio era un pusilánime, pero Bastian pensaba que también lo era Víctor, y que quizá se trataba de una enfermedad familiar de tipo hereditario, que afligía a los dos por igual y los convertía en individuos más bien peligrosos cuando las circunstancias se ponían duras de verdad y había que tomar decisiones difíciles y radicales. Sí, Víctor le había ordenado a su primo investigar a Gaby, pero ¿lo iba a hacer de verdad? A los dos se les iba la fuerza por la boca. Ladraban demasiado, pero ya decía el refrán que perro ladrador... Ahora Bastian desconfiaba de los dos, y temía que llegado el momento intentasen cargarle el muerto a él y le acusasen de ser el verdadero culpable de la muerte de Olalla. Ya cerca de Guadarrama se acordó de su padre, de sus consejos y sus advertencias. Su padre le había dicho más de una vez que en los momentos graves no se podía vacilar. Había que afrontar el mal de forma rápida y fulminante, con verdadero temple y absoluta firmeza. Si fuese por él, Gaby ya estaría bajo tierra. Todos esos rodeos retóricos y estúpidos que estaban dando los dos primos en torno al asunto le parecían desquiciantes y muy perturbadores, y empezaba a plantearse la posibilidad de zanjar de un plumazo el problema, como había hecho con Olalla mientras Víctor temblaba indeciso y cobardón, incapaz de rematar el trabajo con limpieza y precisión.

Bastian llegó a las inmediaciones de Guadarrama a las tres de la mañana. Vio que ya no le quedaba gasolina y paró en una estación de servicio junto al hospital. Mientras llenaban el depósito, salió del coche y se detuvo ante un charco de agua y alquitrán. Le inquietó verse reflejado sobre la superficie negra y brillante de la charca, con aquella ropa negra y blanca. No tenía por costumbre hacer examen de conciencia, pero en esa ocasión estuvo pensando unos instantes en los hechos más lamentables de su vida mientras contemplaba la imagen invertida de su cuerpo. Por más que pretendiera sobrevolar sus propias pesadillas y las de los demás, una y otra vez le venía a la cabeza el momento en que había golpeado a Olalla en la sien. No era un hombre religioso ni tendía a mitificar a los muertos, pero lo cierto era que había ido dos veces a visitar la tumba de Olalla, para

asegurarse de que estaba muerta y hasta para pedirle perdón. Sintió cierto dolor al evocar de nuevo su imagen, pero superó pronto esa debilidad que su padre no se habría permitido jamás, y harto de sí mismo, entró en el bar de la estación, que permanecía abierto toda la noche. Acababa de pedir una copa de ron venezolano cuando descubrió a Cobra, hablando con un camionero a la puerta del establecimiento. Cobra era una prostituta oriunda de Kiev, rubia y larga como Uma Thurman, con la que ya había estado alguna vez y que siempre le dejaba muy satisfecho.

Se planteó abordarla en ese mismo instante, pero la vio alejarse con el camionero y entrar en el hotel adosado a la gasolinera. No le importó, la telefonaría más tarde y le diría que fuese bien preparada con sus cueros y su saña, para propiciarle una buena sesión de disciplina inglesa.

Acto seguido se bebió la copa de un solo trago, salió del bar y se dirigió finalmente a su casa, ignorando que Gaby lo iba siguiendo.

Bastian vivía en un pequeño chalet de piedra maciza, erigido sobre una colina con vistas a las montañas nevadas, que había sido en otro tiempo el picadero de su padre. Nada más llegar al salón, repleto de trofeos de caza, se sirvió una última copa y telefoneó a Cobra.

La mujer llegó media hora después forrada de cuero y con botas negras de mosquetero. Cobra se sabía ya el papel y le abofeteó la cara antes de gritarle que se pusiera de rodillas. Bastian obedeció, le suplicó que lo esposara de pies y manos y dijo:

—Conviértete en una ramera de pesadilla sobre la que descargar toda tu ira. Lo necesito más que nunca. Merezco un castigo verdaderamente cruel. Quiero que me hagas de todo sin pronunciar una sola palabra. Te lo exijo, te lo ordeno, ni una sola palabra. Sométete a una sesión verdaderamente intensa. Golpéame, machácame, fóllame brutalmente y sin la más mínima piedad. Necesito creer que me vas a matar.

Cobra le miró con asco, le ordenó con el dedo índice que se tendiera en la cama, le desgarró la camisa, lo despojó del pantalón cortándolo con unas tijeras, le arrancó los calzoncillos negros y lo esposó de manos y pies, antes de empezar a golpearle la espalda con una tralla. Bastian no gritaba. Le gustaba contener y ocultar el dolor para que su intensidad estallase con más rigor en su cabeza.

Gaby, que había entrado en la casa rompiendo un cristal de la ventana del salón al que había adherido esparadrapo para que los trozos de vidrio no hiciesen ruido ni cayesen al suelo, irrumpió en la escena dando una patada a la puerta del cuarto, y los apuntó a los dos con una pistola de aire comprimido que parecía un arma reglamentaria.

La ucraniana lo miró sin demasiada curiosidad, creyendo que el intruso formaba parte del número planeado por Bastian.

—¡Lárgate de aquí y déjame solo con esta ramera de tercera categoría que no esperaba mi llegada y a la que voy a dejar muy satisfecha! —le gritó Gaby.

Cobra abandonó casi corriendo la casa. Gaby se acercó al esposado y susurró con voz sádica:

—Querido amigo, he venido a propiciarte la sesión más salvaje jamás imaginada por un

mortal. He venido a consumir tus deseos, Bastian.

Gaby lo empujó fuera de la cama y Bastian cayó al suelo. Esposado como estaba, Gaby le ayudó a levantarse, le tapó la boca con una cinta que reposaba sobre la mesilla y dijo: —¡Qué bien! ¡Te han esposado hasta los pies! Estupendo, ahora vas a avanzar pasito a pasito, como una china de pies vendados, y me vas a conducir hasta tu ordenador, a no ser que quieras que te pegue un tiro de oreja a oreja como Aquiles le hizo con la espada a un troyano mucho menos guarro que tú y bastante menos culpable.

Y como una china con los pies vendados, Bastian caminó junto a Gaby hasta el salón. Allí se hallaba el ordenador portátil de Bastian, y Gaby se lo llevó con él. Luego caminaron hasta su coche, aparcado tras unos árboles en la parte trasera de la casa. Ya ante el automóvil, le ordenó entrar en el maletero. Bastian se resistía y Gaby tuvo que empujarlo brutalmente. Bastian ya estaba encogido en el maletero cuando Gaby lo cerró con llave, puso en marcha el coche y se dirigió a la casa abandonada de su tía, donde había pasado media vida desde que sus padres murieran en un accidente de tráfico.

La casa en cuestión, que exhibía en su fachada el letrero «SE VENDE», era una construcción bastante precaria de dos pisos, sobre un promontorio que descendía hasta el pantano. La rodeaban dos hileras de nogales bajo cuyas copas Gaby solía leer en verano y a cuyo amparo había fumado marihuana y había besado a Olalla.

La casa llevaba tres meses vacía, desde que su tía se fuera al pueblo de la sierra en el que había nacido, y se presentaba como el espacio ideal para llevar a cabo la ceremonia que estaba a punto de comenzar.

Gaby introdujo el coche en el garaje, donde ya lo tenía todo preparado para el ritual, y obligó a Bastian a salir del maletero. Acto seguido ató las esposas de sus manos a una soga que pasaba por una argolla del techo y luego descendía hasta el suelo. Ordenó a Bastian que se pusiera de pie, y tirando de uno de los extremos de la cuerda lo dejó bien recto, con los brazos hacia arriba, y ató la soga al parachoques de su viejo automóvil. Luego entró en el coche y lo hizo avanzar un metro sin salir del garaje, de modo que Bastian fue elevándose como alzado por una grúa. Cuando comprobó que sus pies se habían elevado dos palmos del suelo, salió del coche, miró con satisfacción al colgado, le quitó la cinta de la boca subiéndose a una silla y dijo:

–Repite la última frase que le dijiste a la mosquetera.

Bastian se negó. Gaby cogió una barra de hierro y le golpeó en las piernas.

–¡Repítelo! –rugió.

Con voz quebrada, el alemán murmuró:

–Necesito creer que me vas a matar.

Gaby se acercó a él y le escupió:

–¿De modo que necesitas creer que vas a morir? ¡Qué emocionante! Te aseguro que voy a satisfacer esa necesidad que tanto te apremia –y volvió a golpearle con la barra–. Esto es solo el comienzo. ¿Sabes algo del martirio al que sometieron al regicida Damiens?

Bastian, que lo miraba con un terror desconocido para él, a pesar de que era amante de las sesiones extremas, se negó una vez más a responder. Entonces Gaby se acercó a un hornillo de gas que se hallaba en una esquina del garaje, lo encendió y se dispuso a calentar la barra de hierro.

–Voy a tatuarte con hierro al rojo. Seguro que tus putas nunca llegan tan lejos –comentó, y empezó a cantar una canción alemana que hablaba de los tilos al atardecer, sobre las verdes colinas que rodeaban el Rin–: «Qué bonitos son los tilos de mi aldea, / brillando con el último sol...».

El hierro se puso candente y Gaby lo deslizó entre las piernas de Bastian. Sus pantalones se quemaron y la barra al rojo llegó a su piel. Bastian comenzó a gritar. Luego

acercó la barra a sus mejillas causándole dos serias quemaduras. Bastian seguía gritando cuando Gaby farfulló:

–Dime una cosa, Bastian. ¿Qué le hicisteis a Olalla el día del accidente?

–Nada, te lo juro por Dios.

Gaby acercó a él una mesita con ruedas en la que reposaba un ordenador portátil. Lo encendió y le obligó a ver el vídeo.

–Dime quiénes son los que están violando a Olalla.

Una vez más, Bastian se obstinó en no responder.

–¡Dímelo! –rugió Gaby.

–Somos Víctor, Julio y yo, pero no fue una violación. Fue una fiesta, tienes que creermelo, una fiesta sexual tras una farra en el Champagne Canal.

Desbocado por la ira, Gaby comenzó a golpearle con la barra en la cabeza mientras gritaba:

–¡Mientes, pedazo de cabrón, y te juro que como no depongas tu actitud voy a estar torturándote más de quince días! ¿Le administrasteis alguna droga?

–Sí, antes de que Olalla abandonara el recinto de la piscina de Vallehermoso, Julio echó furtivamente en su cerveza una pastilla que contenía burundanga mientras ella estaba en el lavabo. Luego le salió al encuentro en la calle, cuando Olalla ya no era dueña de sí misma, y la condujo hasta el Champagne Canal, donde le estábamos esperando Víctor y yo. Desde allí la llevamos a la casa abandonada que los padres de Julio tenían en venta y la abordamos los tres, pero estábamos tan pasados que no sabíamos lo que hacíamos.

Gaby se acercó mucho a él y susurró:

–Ahora me vas a responder a una pregunta, y lo vas a hacer enseguida si no quieres que hunda la punta de la barra en tu culo. ¿Ibais persiguiendo a Olalla la mañana del accidente?

–No.

Gaby blandió de nuevo la barra. Bastian se apresuró a decir:

–Sí, íbamos siguiéndola Víctor y yo.

–¿Por qué razón?

–Porque Víctor se dejó arrastrar por la paranoia. Acabábamos de despedirnos de Julio cuando empezó a decirme que quizá la droga que le habíamos administrado a Olalla no era tan poderosa como decían. ¿Y si Olalla recordaba algo? Había que averiguarlo, había que abordarla de nuevo, y nos dirigimos a la avenida Filipinas. La vimos salir de su casa y decidimos seguirla.

–Así me gusta. Y ahora escúchame bien. Supongamos que ella se puso nerviosa al saberse perseguida, que tembló al tomar la curva, se estrelló contra el arcén y cayó barranca abajo. Aceptemos esa posibilidad no tan remota. Bajasteis al lugar donde ella cayó.

–Claro, no somos malnacidos. Queríamos socorrerla, pero ya estaba muerta.

–¿En serio? Eso que llaman muerte en el acto es bastante improbable. Seguro que aún le quedaba un ápice de vida, ¿no crees?

–Te juro que no. Al menos no lo parecía.

Gaby volvió a acercar la barra de hierro al hornillo y dijo:

–Querido amigo, encomiéndate a Dios porque ahora sí que no voy a tener piedad como no me digas quién la remató.

–Fue Víctor –farfulló Bastian.

–¿Lo ves? Era lo primero que quería saber: que la rematasteis para cerrarle la boca para siempre. Hasta ahora era solo una sospecha, pero me lo acabas de confirmar y te lo agradezco infinitamente. Sin embargo, aún falta algo por aclarar... Verás, no sé por qué, te veo a ti más capaz de propiciarle el golpe de gracia que a Víctor. No lo tomes a mal... Son ideas que me vienen a la cabeza cuando te miro a la cara. Contéstame a una pregunta, Bastian. ¿Qué les decían los alemanes a los judíos rebeldes?

–Que hay cosas peores que la muerte.

–Exacto. Ahora quiero que pienses en lo que acabas de decir, porque eso es lo que vas a conocer, a no ser que decidas confesar quién remató a Olalla. Si lo haces, podría plantearme la posibilidad de perdonarte la vida y cesar esta tortura que, como te acabo de prometer, va a ser peor que la muerte.

Bastian se negaba a contestar, Gaby volvió a acercar la barra al hornillo. Ya con la barra al rojo, aproximó su punta al ojo derecho de Bastian.

–¿Quién la remató? –gritó Gaby

–Fui yo –respondió Bastian con un hilo de voz.

Gaby lo miró con odio y murmuró:

–Bien, ahora quiero que pienses un poco en la mujer que mataste. Era un alma llena de luz, ¿lo sabes? Era una persona mucho más inteligente que tú, e infinitamente más luminosa, pero resulta que ahora está muerta. Contéstame a una última pregunta: ¿cómo la mataste?

–La golpeé con el parachoques de su Seat 600.

Gaby lo miró y pensó en descuartizarlo, pero entonces se acordó de Aquiles y volvió a coger la barra de hierro.

–Quien a hierro mata a hierro muere –dijo, y creyéndose el rey de los mirmidones blandiendo su lanza de bronce en el cerco de Troya, se separó unos metros de Bastian para coger impulso y le hundió la barra al rojo en el vientre.

La barra lo atravesó de parte a parte, y Gaby la dejó colgando de su cuerpo chorreante de sangre mientras contemplaba cómo la muerte iba velando sus ojos.

Bastian ya llevaba un rato muerto cuando Gaby abrió el diario de Olalla y leyó lo siguiente:

Acabo de hacer el amor con Gaby, y antes de dormirme, no puedo evitar leer algo sobre las profecías mayas y escribir un poco en este diario. Del galimatías de frases semejantes a las del oráculo de Delfos que encuentro en Internet, extraigo algunas que parecen tener cierto sentido:

«Se quebrará el rostro del sol. Caerá rompiéndose sobre los dioses de ahora.»

«Sucumbirán muchos poderíos.»

«Morirá el rey de la Tierra.»

«Una gran ciudad se convertirá en un remolino de muerte que se tragará a miríadas y miríadas de gentes.»

«Se invadirán grandes ciudades.»

«Los antiguos reyes lucharán entre ellos.»

«Los hijos nacerán siervos.»

«Se perderá la fuerza y la vergüenza.»

«Les faltará el aliento a la Tierra y el Cielo.»

«Los nuevos niños nacerán con el alma muerta aunque parezcan rosales en flor. Será la gran decadencia.»

Me conmueve observar que todos los Apocalipsis se parecen. Podría cotejar textos del Corán y de la Biblia que expresan el final de los tiempos de forma parecida.

Es probable que seamos víctimas de moldes muy antiguos, y también de muy antiguos deseos. El que no tiene nada que perder no teme demasiado el fin del mundo, más bien puede llegar a desearlo.

Hablo de ello con Gaby y me dice que el fin del mundo es un deseo constante, una radiación que quema periódicamente el sueño de la historia. Luego me comenta que para la aristocracia francesa la revolución fue el fin del mundo, y más cuando vieron que París se llenaba de patíbulos recortándose contra la luz roja del crepúsculo; pero más tarde me dice que no hace falta irse tan lejos para ver materializado el fin del mundo. Todo individuo que muere experimenta en sí mismo el fin del mundo. El fin del mundo es algo que ocurre muy a menudo, me susurra mi novio, también nosotros conoceremos algún día el fin del mundo.

Gaby miró fríamente el cadáver de Bastian, que ahora permanecía colgado a metro y medio del suelo. Un fiambre exangüe, lleno de heridas y quemaduras: todo un despojo que con gusto habría enviado empaquetado a su madre. Decían que la venganza era siempre un plato frío, pero Gaby no estaba de acuerdo. La sesión con Bastian le había producido un calor sofocante que todavía le duraba, y ahora quería más. Anhelaba ir en busca de Julio y acorralarlo en su cabaña de Tres Cantos. Miró de nuevo el cadáver y le habló en voz alta a su novia muerta.

—El primero de la lista ya ha recibido su merecido, cariño. ¿Quieres que vayamos juntos a por el segundo?

Creyó que Olalla asentía desde las tinieblas y se dispuso a desembarazarse del difunto, que le miraba desde la nada de sus ojos blancos.

Gaby colocó un bidón vacío bajo el cadáver, y desató la cuerda que permanecía asida al parachoques de su automóvil. El fiambre cayó en el interior del bidón como un saco de patatas.

Más tarde introdujo en el bidón dos grandes piedras, lo cerró herméticamente y lo hizo rodar por el jardín, hasta llegar a la pendiente que descendía hasta el pantano. Acababa de llegar al inicio de la pendiente cuando empujó por última vez el bidón, que se deslizó a toda velocidad por la hierba húmeda y resbaladiza, precipitándose en el agua y haciendo un ruido tan seco como explosivo al chocar contra ella. Gaby, que iba corriendo tras el bidón, pudo ver cómo se hundía en aquella orilla junto a la casa, donde las aguas eran profundas y de fondo muy cenagoso. Nadie encontraría nunca el cadáver de Bastian, que finalmente descansaba en paz tras haber sido sometido a un suplicio que nada tenía que envidiar a los que Mengele infligía a sus pacientes en Auschwitz. Concluido su trabajo, se sentó en una silla del jardín y encendió el primer cigarrillo del día. Apenas dio cuatro caladas y volvió a abrir el diario de Olalla:

Madrid 9 de marzo, 2012

Ya estamos en marzo y pronto llegará la primavera. Me acerco a la ventana y miro de nuevo el cielo. Puedo pensar que es la primera noche de los tiempos, o la primera noche del tiempo. Quiero decir: la primera noche en la que un hombre o una mujer miran hacia arriba y son conscientes del tiempo y lo vinculan a toda la maquinaria que trajina por encima de ellos y forma millones de luminarias en el cielo.

Puedo imaginar esa primera noche y me veo convertida en una mujer de la prehistoria. Oigo como ella el fragor de las fuentes que discurren desde la montaña, el canto de los pájaros nocturnos. Intuyo entre las sombras la silueta de un felino hambriento, noto sus pasos en la maleza. Luego oigo que se aleja, respiro con alivio, miro al cielo y soy consciente de mi ritmo interior y del ritmo del cielo.

Más tarde bajaré hasta la cueva para pintar bisontes. O quizá no, quizá solo vaya a la cueva para dormir al amparo de los depredadores y todavía no piense en bisontes y mis manos no sean capaces de tantas sutilezas.

Pero puedo imaginar a esa mujer sobre una colina llena de fuentes y sintiendo algo parecido a una

revelación que le espanta y que a la vez la apacigua: la revelación del tiempo.

Tras esa revelación acudiré a la cueva, o tal vez a una choza, que puede ser lacustre como un palafito o puede que no, donde me espera mi familia. Y esa noche miraré a mi hombre y a mis hijos de otra manera, tal vez los toque de otra manera y puede que hasta los alimentos me sepan esa noche de otra manera, como moldeados por el tiempo, ellos también: el pescado casi podrido, la carne fresca de gamo, las almendras, las manzanas. Todas las delicias de la tierra tocadas de forma diferente por el tiempo. Unas verdes, otras maduras, otras a punto de descomponerse...

Puedo imaginar a esa mujer, pero no sé por qué la estoy imaginando precisamente esta noche. Se trata evidentemente de una especie de fábula sobre el origen del mundo, o sobre el origen del mundo en la mente de una mujer que se halla sobre una colina y mira al cielo mientras escucha el rumor de las fuentes.

En ese momento me doy la vuelta y veo ante mí a Gaby, que quizá lleve observándome un rato y que me dice:

–Juraría que sé en qué estás pensando, juraría que podemos leer nuestros pensamientos, y eso me da miedo. No sé si es bueno quererse tanto, Olalla, no sé si es bueno sentir tan cerca el alma y el cuerpo de otro, mi vida, no sé si es bueno desear tanto.

–Claro que es bueno, mi amor –le digo yo–, claro que es bueno conocer un poco el cielo dentro de este inmenso infierno.

Tras la lectura, Gaby sintió un silencio profundo a su alrededor: el silencio del origen del mundo y del origen del tiempo, pero volvió enseguida a la realidad, abrió el ordenador de Bastian, entró en su correo y dirigió a Víctor y a Julio el siguiente mensaje:

Queridos amigos:

Lamento decirles que me voy de Madrid. Nos están acorralando y no quiero ir a la cárcel. Antes prefiero morir. Puede que más adelante entre en contacto con vosotros y os indique de algún modo mi paradero. De momento solo puedo decirles que me voy a un país sudamericano. Un abrazo,

Bastian

Más tarde se duchó, se cambió de ropa y se dirigió a casa de Julio, dispuesto a continuar la ejecución de su plan.

Hacia las cuatro de la tarde, Víctor encendió su ordenador. Al leer la misiva de Bastian creyó que se le iba la cabeza. Telefonó a Julio y se citó con él para merendar en el restaurante El Jardín del hotel Intercontinental.

Los dos llegaron a la vez, hacia las cinco de la tarde, y decidieron pasar a la terraza con calefacción, para poder fumar y desahogarse a gusto. Ya les habían servido las bebidas cuando Víctor preguntó:

–¿Has recibido el correo de Bastian?

–Sí –contestó Julio.

–¿Y qué piensas?

Julio lo miró con fijeza y a la vez ausente antes de contestar:

–Ya no puedo pensar, te lo juro.

Víctor lamentó el estado de su primo y movió pacientemente la cabeza mientras susurraba:

–Yo sí que puedo pensar, y por eso ardo de indignación. ¿Te parece creíble que Bastian nos haya abandonado?

Julio esperó a que el camarero les sirviera una ensalada de bogavante para responder afirmativamente a su amigo.

–¡Pero cómo ha podido hacerlo! –exclamó Víctor.

–Siempre supe que era un cobarde –murmuró Julio.

–Algo debe de saber que nosotros no sabemos –comentó Víctor–, aunque podría tratarse de algo mucho peor.

Julio lo miró aterrado.

–¿Cómo qué?

–Gaby podría haberlo hecho desaparecer para vengar a Olalla. El mensaje podría haberlo enviado él desde el ordenador de Bastian.

Julio asintió confundido y Víctor probó la ensalada. Le agradó el sabor, pero fingió lo contrario y le hizo una señal al camarero, que se acercó a ellos con cara de temor:

–¡Esta ensalada está pasada!

–Lo siento, señor. Puedo servirle otra cosa.

–Sí, sírvanos jamón ibérico para los dos y llévese esta bazofia si no quiere que los denuncie ahora mismo por intentar envenenar a sus más distinguidos clientes.

El camarero se llevó inmediatamente los platos. Julio musitó:

–Yo creo que la ensalada está excelente.

–Y lo está. Lo hago para joder y para desahogarme un poco. Además, me apetecía comer jamón.

Ambos se sentían extraños y desangelados. Por primera vez en mucho tiempo, Bastian no acudía a la reunión. Se hallaban cerca de la estufa y empezaron a sentir calor. Víctor se secó el sudor con un pañuelo, apuró su copa de Vega Sicilia y musitó:

–Estamos hundidos en un pozo de incertidumbre y eso no es bueno. Por cierto, ¿hiciste lo que prometiste en el Lhardy?

–¿A qué te refieres?

–Se suponía que ibas a acercarte a la residencia de Leganés y hurgar en el cuarto de Gaby.

–Lo siento, no tengo la fuerza suficiente para hacerlo. Todo esto me está sobrepasando.

–Lo sé, pero hay que calmarse, Julio, porque si de verdad Gaby tiene en su poder el diario, habrá que tomar decisiones muy tajantes que te pueden alarmar, pero me da igual porque ya no queda otro medio.

–¡Acaba de una vez! –escupió Julio.

Víctor miró fríamente a su primo, apuró el vaso, pasó ceremoniosamente la servilleta por los labios, y musitó:

–Como encontremos pruebas ciertas de que Gaby es el responsable de las irregularidades que tanto nos están perturbando, contrataré a un sicario.

Julio se incorporó como impulsado por un muelle.

–No puedo creer lo que estás diciendo –gruñó.

Víctor se incorporó a su vez, posó sus largas manos sobre los hombros de su primo y le obligó a sentarse mientras le decía:

–Baja la voz y tranquilízate. Sí, ya sé que no puedes creerlo, y en eso demuestras que ignoras algo que me murmuró mi padre un día que estaba borracho: para llegar muy alto hay que mancharse alguna vez.

Julio lo miró confundido antes de musitar:

–Yo no quiero llegar muy alto.

Víctor arrojó con asco la servilleta sobre el plato, encendió un cigarrillo, dio dos caladas muy hondas y dijo:

–Lo sé, infeliz, lo sé. Me basta con mirarte. Pero no me estaba refiriendo a tu ambición, que por lo que veo es bastante escasa, me estaba refiriendo a que existe una casta, de la que solo conoces a un miembro, que sabe que a veces hay que actuar, y cuando llega el momento es mejor no pensárselo dos veces, porque o bien actúas tú o bien actúa el otro contra ti. Y si fuera verdad que Gaby tiene el diario de Olalla, y que además en ese diario hay alguna prueba contra nosotros, piensa lo peor: Gaby podría estar planeando nuestra muerte. Esa sería la verdadera causa por la que no quiere vernos.

Víctor asintió con la cabeza y murmuró:

–Empiezo a creer que tienes razón.

–Claro que la tengo, y por eso vamos a actuar con tranquilidad y con cabeza. En primer lugar te vas a ir a tu casa y vas a encerrarte bien en ella. Te veo al borde de un ataque de paranoia aguda, y en estas condiciones mejor que no hagas nada, que te tomes un calmante y te acuestes en la cama.

–¿Y tú qué vas a hacer mientras tanto? Víctor bajó mucho la voz para decir:

–Yo iré a ver a la madre de Olalla, para comprobar si también ella es culpable de lo que nos está pasando. También voy a intentar acercarme a la residencia de Leganés y averiguar si Gaby tiene o no tiene en su poder el famoso diario. ¿Harás lo que te he dicho?

Julio asintió. Ya habían acabado de merendar cuando Víctor le animó a incorporarse y dijo:

–Vámonos. Te llevo a tu casa.

Julio se incorporó torpemente y siguió a su primo con el automatismo de un sonámbulo. Una vez en el vestíbulo del hotel, Víctor se volvió hacia Julio y le espetó:

–No camines con ese desaliento, por favor. Llevas la culpa en la cara y me estás descomponiendo.

Julio reaccionó, elevó los hombros y avanzó hasta el vehículo de su primo con cierto aire marcial.

Mientras Víctor se dirigía en su coche hacia Tres Cantos con su primo adormilado a la derecha, su cabeza dio un giro de ciento ochenta grados. Aunque no quería confesárselo a Julio, le alegraba que Bastian se hubiese ausentado, y deseaba que no volviese a aparecer por Madrid. En no pocas ocasiones había llegado a sentir hacia Bastian algo muy parecido al amor, pero empezaba a hartarse de él, de sus bravuconadas cuando se excedía con la cocaína y perdía los límites de sí mismo, traicionando las leyes de la amistad y deslizándose por pendientes muy resbaladizas. Bastian era un peligro, y lo era todavía más cuando a la exaltación que le producían las drogas se unían los excesos del alcohol. En esos momentos se sumergía en una locura tan dionisiaca como devastadora, y perdía el control de lo que se debe decir y lo que no. Meses atrás, en el transcurso de una borrachera, había proclamado en Lhardy, ante dos camareros aparentemente inofensivos, que su padre había pertenecido a las SS, y que de haber vivido en su época él habría hecho lo mismo. En otra ocasión se jactó, cuando bebían como desesperados en un bar de carretera frecuentado por policías, de haber violado a una alemana en Tánger, para más tarde rugir ante un desconocido que se había manchado de sangre. No había hecho referencia a Olalla, pero le había faltado poco para hacerlo, por la sencilla razón de que ya no sabía quién era ni dónde estaba. Víctor tuvo que llevarlo inmediatamente a su casa, temeroso de que Bastian llegase aún más lejos en sus insensatas confesiones ¿Quién podía fiarse de un individuo así y cuánto iba a tardar en decirle a alguien que le había dado a Olalla el golpe de gracia? Si de verdad se había fugado, mejor que no volviese a Madrid. Víctor pensó que había sido una decisión sensata por parte de Bastian. Quizá él mismo se había dado cuenta de que no podía seguir así y de que lo mejor que podía hacer era poner tierra de por medio e intentar resolver su problema con el alcohol y las drogas. Pero enseguida volvió a pensar que quizá se lo había cargado Gaby, y se duplicó su ansiedad. También le preocupaba la actitud de Julio, sus miedos y los desvanecimientos de su voluntad. Ese era el inconveniente de implicarse en oscuridades licenciosas con blandos de la clase media que luego no sabían estar a la altura de sus actos.

—¿En qué piensas? —le interrogó Julio.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque te veo acelerar más de lo conveniente y eso me hace sospechar que también se está acelerando tu mente.

Víctor esbozó su mejor sonrisa para decir:

—Te equivocas. Acelero porque quiero llegar cuanto antes a tu casa. Mi mente está más tranquila que nunca, y no como la tuya, querido primo. Te noto cada vez más preocupado.

—Y lo estoy. ¿No crees que tendríamos que cambiar de vida? Nos estamos metiendo en

demasiados problemas. Podríamos llevar una vida más tranquila y feliz..., yo con mis clases, tú con tus negocios, Bastian con sus cámaras... Y sin embargo...

—¿Y sin embargo qué?

—Y sin embargo nos estamos hundiendo en un pantanal que no nos lleva a ninguna parte o que nos puede conducir a la cárcel.

Víctor lo miró furioso y aceleró todavía más.

—¿De qué cárcel me hablas? —gritó—. No agrandes las insignificancias, por favor, y pensemos en nuestros abuelos, los que combatieron en la Guerra Civil. Qué temple tenía aquella gente, qué coraje y qué voluntad... Todos se mancharon de sangre, ¿y qué? ¿Les pasó algo? ¿Se precipitaron en la culpa? Nada de eso, siguieron viviendo como si nada. Piensa en positivo, Julio, y no me jodas más de lo que me estás jodiendo.

—Empiezas a darme miedo.

—Y tú a mí.

—¿Por qué?

—Por tu cobardía y tus malditos problemas de conciencia.

Llegaron a la casa de Julio a las ocho de la tarde y entraron los dos en ella. Ya en el salón, se sentaron el uno frente al otro y trataron de tranquilizarse mientras tomaban una última copa. Estuvieron un rato bebiendo en silencio mientras la cabeza de Víctor pasaba de la aceleración a un punto próximo al no retorno. El alcohol no le ayudaba a razonar y empezó a plantearse la posibilidad de acabar con su primo. A mí nadie me va a buscar la ruina, se decía a sí mismo. Ni Bastian ni Julio. Ellos no saben que ocupar el escalón más alto de la pirámide exige ciertos sacrificios, de uno mismo y de los demás; ignoran el valor de la sangre, de la que uno lleva en sus venas y de la que hay que derramar. Mi madre, que viene de la nobleza y no como este malnacido, y que a los veinte años ya era millonaria traficando con arte, me lo dijo una vez, y me lo dijo también mi padre: los antiguos nobles se elevaban sobre un montón de cadáveres. Sabían que la sangre derramada se convertía en sustancia positiva, a la corta y a la larga. ¿Pero qué sabe este miserable de la positivación de la sangre? Estoy seguro de que mi padre se tuvo que manchar más de una vez en los años cincuenta, y tengo bastante claro que el gobierno le ayudó. ¿Yo también me he manchado? Es posible, pero no hago más que seguir la tradición. En cambio Julio, ¿qué tradición puede seguir si no la tiene? Nunca debí aceptarlo como amigo. Ya me avisó mi madre y no le hice caso: no te juntes con tu primo, ese izquierdista. La clase media nunca va a entender a los ricos, hijo mío. Son más resentidos que la clase obrera, porque tienen más ambición, aunque nunca sepan qué hacer con ella.

Julio estaba a punto de desvanecerse y Víctor tuvo que ayudarlo a tenderse en la cama.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó inútilmente.

—Estoy simplemente mareado.

Julio hizo esfuerzos por incorporarse y lo consiguió, si bien penosamente. Se quitó la ropa, se puso el pijama y volvió a tenderse en la cama.

—Estoy muerto de fatiga —dijo.

–Pues entonces descansa. Yo me marchó, nos vemos mañana.

–De acuerdo.

Julio parecía ya dormido cuando Víctor salió del cuarto y se acercó a la cocina para servirse un vaso de agua. La estaba bebiendo cuando su mirada se deslizó hacia la cocina de gas. La voluntad de su primo se estaba erosionando y eso se le antojaba un peligro mortal. ¿Y si abría la llave del gas y lo mandaba al otro barrio?

Víctor dejó sobre la encimera de mármol el vaso de agua y se sirvió un whisky de la botella que reposaba sobre la mesa. Lo bebió de un solo trago, se puso los guantes de látex para fregar que colgaban de la puerta y abrió la llave de la cocina.

Enseguida notó el olor a gas. Un dulce mareo empezó a apoderarse de él, y al darse cuenta de lo que estaba haciendo, cerró la llave, pensando que aún no había llegado el momento de llevar las cosas tan lejos, y que ya tendría tiempo de cerrarle la boca a Julio para siempre jamás. Acto seguido salió de la casa como un ladrón asustado, entró en su coche y desapareció de allí a toda velocidad. También él tenía que descansar, pensó, también él tenía que poner fin a tanto desvarío. Pero sus buenos propósitos se desvanecieron en cuanto llegó a Madrid y se tomó otra copa en el Champagne Canal. Con la conciencia más confusa y el ánimo más violento, se dirigió a la casa de Leonor dispuesto a colocarla entre la espada y la pared.

Cuando llegó ante el inmueble donde se hallaba el ático de la madre de Olalla, vio que el portero estaba sacando a la calle una bolsa de basura, y aprovechó la circunstancia para deslizarse dentro del portal y coger el ascensor.

Llamó con delicadeza a la puerta del ático. Leonor pensó que solo podía ser la detective y abrió, topándose de frente con Víctor, del que ya le había hablado Ágata y cuyo nombre salía varias veces en el diario de Olalla.

Víctor la empujó hasta el salón, la atenazó salvajemente contra la pared y gritó:

–¿Dónde está el diario que según dicen escribió Olalla?

–Suélteme y déjeme en paz. ¡No sé de qué me habla! –rugió Leonor, mirándole con odio.

Víctor sintió deseos de aplastarla contra la pared, pero la soltó y decidió recurrir a la mentira:

–¿No sabe de qué le hablo? Fui amigo de su hija y nadie lamentó su muerte como yo, por eso me gustaría tener en mis manos su diario, si es verdad que lo escribió. Su hija era una mujer muy inteligente, y seguro que su diario es una obra maestra. ¡Habría que publicarlo!

–Que yo sepa, Olalla no estaba escribiendo ningún diario.

–No la creo. Juraría que lo tiene escondido en alguna parte.

–¿Y por qué iba a hacerlo?

–Quizá porque usted no salía demasiado bien parada en él.

–No diga locuras. Jamás he visto ese diario.

–Ya veo que conoce como nadie el arte de la mentira, pero conmigo tiene todas las de perder –dijo, y mirándola con asco abandonó la casa dando zancadas.

Víctor estaba seguro de que Leonor no decía toda la verdad y, furioso, se dirigió en su

Jaguar al manicomio de Leganés. Ya se hallaba fuera de Madrid cuando se sintió terriblemente cansado y decidió regresar a casa para descansar un rato.

Ágata había pasado dos días y medio acosada por extrañas emociones, que aún no sabía calibrar. Primero había estado en la residencia psiquiátrica de Leganés, de la que vio salir a Gaby con una mochila. Desde allí lo siguió hasta una casa junto al pantano de Galapagar, donde Gaby permaneció unas seis horas encerrado. Más tarde lo persiguió hasta una casa en Guadarrama, en la que permaneció más de una hora. Salió de ella junto a Bastian esposado y le ordenó meterse en el maletero del coche. Ágata fue siguiendo a Gaby hasta la casa de Galapagar, en cuyo garaje desapareció su automóvil.

Ágata esperó más de cinco horas en su vehículo, aparcado a cierta distancia de la casa, mientras leía los periódicos del día. Le interesaron especialmente las noticias que trataban de la violación en la India de una mujer de veintitrés años, que había sido vejada en un autobús por seis hombres, después golpeada hasta el desmayo, y finalmente arrojada del autocar en marcha, cerca del aeropuerto de Nueva Delhi.

Al anochecer vio a Gaby salir por la puerta trasera de la casa, empujando un bidón negro que fue rodando por la pendiente del promontorio hasta hundirse en el agua.

¿Qué podía significar aquella maniobra? Supuso que en el bidón podía hallarse el cadáver de Bastian y que Gaby se estaba vengando de los violadores de su novia. Siguió esperando una hora más. Ya era noche cerrada cuando vio a Gaby salir del garaje y decidió seguirlo una vez más.

Por carreteras secundarias poco frecuentadas y a bastante velocidad, Gaby se dirigió a Tres Cantos evitando la capital, hasta que llegó a la urbanización en la que vivía Julio. Gaby detuvo el coche en una calle en la que se sucedían casas de una y dos plantas y árboles desnudos y escuálidos. Allí salió del automóvil y se encaminó con pasos más bien prudentes a la casa del profesor.

Julio se despertó a las diez de la noche, y presa de los nervios, encendió el transistor que reposaba sobre la mesilla de noche. Una emisora local divulgaba la canción del quinteto Frenesí que hablaba de la muerte que abría la puerta de un ascensor. Apagó la radio y se quedó pensativo.

Se dijo a sí mismo que debía cambiar de estrategia, no por imperativos morales sino por prudencia, y pensó en la pesadilla triangular que había formado hasta entonces con Víctor y Bastian, y que sorprendentemente se acababa de romper con la desaparición de uno de los ángulos del triángulo. ¿Y si Bastian se había fugado con el fin de traicionarlos? Al principio Bastian había sido su discípulo amado y quien mejor había asimilado sus teorías tributarias de Sade, pero más tarde Julio se había percatado de que era un idiota y un arrogante, de una simpleza bastante brutal. Ojalá esté muerto, pensó, y ojalá se muera también Víctor y yo pueda iniciar una nueva vida, sin tantos sobresaltos y tanta necesidad.

Se hallaba una vez más en pleno proceso paranoico cuando decidió tomarse un

calmante, que enseguida empezó a hacerle efecto. Ya más relajado, se dispuso a dormir: lo necesitaba. Pero Julio era un hombre de costumbres inquebrantables dentro del caos que presidía sus noches y sus días, y antes de dormirse decidió llamar a su madre para que su voz le tranquilizara todavía más. Después acudió al lavabo para limpiarse los dientes y embadurnarse todo el cuerpo con cremas hidratantes que mantuvieran lozana su piel.

Luego se tendió en la cama, estuvo leyendo un rato una antología de poesía francesa y se quedó dormido.

Julio ya estaba roncando cuando Gaby se deslizó por el jardín que rodeaba la construcción de madera, se acercó a la ventana del lavabo, que estaba entreabierta, entró en la casa y cruzó con pasos quedos un pasillo. Luego torció hacia la izquierda y encontró la cocina, vagamente iluminada por la luz callejera. Se acercó a la cocina de gas, abrió la llave, y salió de la casa por el mismo sitio por el que había entrado, tras dejar bien pegada la ventana a su marco.

De nuevo en su coche, aguardó más de una hora, y cuando creyó llegado el momento adecuado, hizo sonar repetidamente el claxon.

El ruido despertó a Julio, que abrió los ojos atormentado porque, cuando se despertaba a esas horas, era incapaz de conciliar el sueño en toda la noche y de nada le servía recurrir a los somníferos. Lleno de rabia, cogió el paquete de cigarrillos que reposaba sobre la mesilla y encendió uno. Tan solo unas décimas de segundo después el fuego se propagó por toda la casa y su pijama empezó a arder, ayudado por las cremas hidratantes. Julio comenzó a gritar agónica y salvajemente, como un cerdo al que acabasen de hundirle el cuchillo en el vientre, y echó a correr por el pasillo. Iba a alcanzar la puerta cuando la casa entera estalló. Parte de la techumbre cayó sobre él aplastándole la cabeza. Cuando llegaron los bomberos y la ambulancia ya estaba muerto.

Una hora antes, mientras se preparaba mentalmente para entrar en casa de Julio, Gaby había estado leyendo en el coche otra página del diario de Olalla que decía:

Madrid, 15 de marzo, 2012

El día comenzó nublado pero el sol ha ido emergiendo de las nubes blancas. En un libro que ha aparecido misteriosamente en mi mesa, pero que seguro que ha dejado Gaby, leo lo siguiente: «Nada cae del cielo. Tienes tu registro de memoria. Todo lo que has visto u oído en tu vida anda por ahí contigo».

Estas tres simples frases me hacen pensar. Todos tenemos nuestro registro de memoria, todos llevamos con nosotros lo que hemos visto y oído, lo que hemos vivido y experimentado. ¿Hasta cuándo? Hasta que empezamos a perder la memoria. La muerte, más que la desaparición física, sería la descomposición de la memoria. Somos memorias andantes. ¿En qué se convierte un cuerpo sin memoria? En un cuerpo muerto. Por eso es tan importante que alguien nos recuerde cuando ya hemos desaparecido, le dije el otro día a mi amiga Lucila, esa vividora. Es una manera de seguir viviendo. ¿Dónde? En la memoria de los otros. Ahí seguimos habitando misteriosamente, y solo cuando la última persona que nos recuerda muere, llega nuestra muerte más definitiva. Lo que podría llamarse la segunda muerte. Esa segunda muerte me espanta casi más que la primera, y se lo digo a Gaby. Él me da un beso y murmura:

–Tienes razón, Olalla, tras esa segunda muerte nos desintegramos por completo. Tras esa segunda muerte nos precipitamos en el vacío abismal que separa una estrella de otra estrella, un alma de otra alma, un sueño de otro sueño, una llama de otra llama. Pero mientras alguien nos recuerde, seguiremos ardiendo como un fuego sin luz, que se iluminará cada vez que alguien piense en nosotros.

–Si yo me muriera me recordarías hasta la muerte.

Gaby me vuelve a besar y contesta:

–No digas eso, Olalla. Da mala suerte.

Ágata nunca se había sentido seducida por el mal en estado puro y sin ninguna justificación: hasta ahí no llegaba su enfermedad. Pero, como todo el mundo, se había dejado abducir en más de una ocasión por la figura del vengador. Cuando era una adolescente había leído tres veces *El conde de Montecristo* y se había detenido con especial atención en los capítulos de la novela dedicados a la consumación de la venganza de Dantes, proyectando en esas escenas sus propios deseos de venganza frente a los agravios, reales o imaginarios, que habían jalonado su difícil adolescencia en París, cuando sus compañeras se reían de ella por su pecho plano y su entonces escuálido cuerpo. En aquel tiempo imaginaba venganzas tan terribles como las que aparecían en *Carrie*, película de Brian de Palma de la que había sido devota. Sola en su cuarto, se veía a sí misma convertida en una chica con poderes extraordinarios, que llegaba a clase y con la sola fuerza de su mente convertía a la profesora en una rata de ochenta kilos a la que obligaba a comerse una granada que más tarde estallaba en su estómago, llenando el aula de metralla y de vísceras rojas que ella conseguía esquivar con su agilidad portentosa. Luego arremetía contra todas sus compañeras, proyectándolas contra las paredes a velocidades de pesadilla. Algunas de ellas atravesaban los ventanales e iban a estrellarse en el asfalto, para luego ser aplastadas por enormes camiones conducidos por chóferes anfetaminados y sanguinarios que se reían al pasar por encima de los cuerpos que inundaban la calzada. Eran otros tiempos, claro, que pasaron como un mal invierno cuando su cuerpo se desarrolló y los chicos empezaron a mirarla con más fervor que a las demás y con bastante más obstinación, sobre todo cuando se ponía minifalda, mostraba sus piernas y dejaba que se notase su trasero.

Tras haber presenciado furtivamente el deslizamiento del bidón hasta el pantano, y tras haber visto la explosión en la casa de Julio, no podía albergar la más mínima duda de que se hallaba ante un vengador de primer orden, dispuesto a llevar sus planes hasta el límite de lo posible.

Lo que acababa de ocurrir en aquella calle de Tres Cantos era fácil de deducir, y ahora entendía por qué Gaby había penetrado en la casa de Julio por la ventana del lavabo. Sin duda había abierto la llave del gas. En casos así, bastaba con llevar a cabo un mínimo movimiento y luego hacer un poco de ruido para despertar al durmiente, que, si era fumador, bien podía encender un cigarrillo y provocar una explosión como la que había presenciado desde su coche.

Dos enfermeros ya habían cubierto el cuerpo de Julio con una funda reflectante que proclamaba su muerte cuando Ágata vio que Gaby ponía en marcha su automóvil y torcía hacia la carretera principal. Con la habilidad y la prudencia con la que solía llevar a cabo tales persecuciones, Ágata decidió seguirlo una vez más mientras pensaba en sí misma. Más que sentirse identificada con Gaby, se sentía identificada con Leonor, y

sabía que ella habría aprobado la conducta del novio de su hija sin la más mínima vacilación. ¿Debía asentir a los deseos de su clienta o avisar inmediatamente a la policía? Podía elegir la segunda opción, pero si lo hacía, Gaby iría a la cárcel y Víctor, probablemente el más culpable de los tres, sabría arreglárselas para salir de la situación apoyado en la fortuna de su padre. Una vez más, Ágata reconoció que se estaba manchando y que había dejado actuar al novio de Olalla porque en realidad pensaba y deseaba lo mismo que él, pero le alarmaba tanto lo que había visto que su cabeza era un mar de dudas.

Llevaba ya un rato siguiendo a Gaby cuando lo vio girar en una rotonda hacia Galapagar. Media hora después llegaba a la casa del pantano. Sin duda Gaby necesitaba descansar, y era más que probable que buscara con desesperación la cama. Ágata permaneció a cierta distancia de la casa más de una hora, y al ver que no salía, torció hacia la derecha y se dirigió a Madrid con la intención de hablar con Lucila. Se hallaba muy cerca de la capital cuando escuchó en la radio del coche la noticia sobre una explosión de gas en Tres Cantos que había provocado la muerte de un hombre.

Se presentó en la casa de la amiga de Olalla a las cuatro de la mañana, y la encontró escuchando a Bach y cubierta con una bata que parecía la de Mata Hari cuando aguardaba a sus amantes en aquellos salones podridos de rosas y deseo.

Lucila la abrazó intensamente, le ofreció su larga pipa cargada de marihuana y le sirvió una taza de té.

—Estoy en otra parte —dijo—. Desde que leí el diario de Olalla que fotografiaste, ando fuera de mi alma y solo pienso en Víctor, Julio y Bastian. Tengo dotes de visionaria, y me ha bastado con saber lo que Olalla pensaba de ellos para deducir quiénes fueron los culpables de su muerte. Estoy segura de que fueron ellos. Supongo que no traes buenas noticias.

—Verás, Lucila, tendría que contarte lo que he visto, pero casi prefiero esperar... Lo que sí te puedo asegurar es que Julio ya no está en este mundo.

—¿En serio? ¿Y cómo se lo han llevado los ángeles?

—Con fuego, exactamente como en la Biblia. De pronto estalló su casa. Un escape de gas —susurró Ágata.

Lucila se sintió de pronto inmensamente eufórica y dijo:

—A veces Dios hace las cosas bien.

Fue en ese momento cuando empezó a circular en las dos una vibración eléctrica de gran intensidad. La casa era un nido de calor bendito, y toda ella estaba concebida para el deleite de los sentidos. Tenía algo de delicada y transparente tela de araña.

Lucila le preparó ron con limón y hielo, y le susurró al oído:

—¿Te quedarás un rato?

Ágata asintió. Estaba demasiado sola, demasiado inquieta, demasiado desbocada en algún aspecto, y por nada del mundo iba a resistir la tentación de pasar unas horas con aquella fiera. Ni siquiera tenía que elegir. Bastaba con quedarse allí, ante aquellos ojos grises, mientras transcurría la noche y Lucila le decía:

—Creo que dedicarme al montaje cinematográfico me ha perjudicado en la vida. Veo a los otros como trozos de celuloide con los que voy montándome mi propia película. Ocurre sin embargo que, a diferencia de las películas que monto habitualmente, la película de mi mente no tiene el más mínimo sentido. ¿Verdad que te dije que llevaba medio año de abstinencia?

—Sí.

—¿Y lo creíste?

—No.

—¡Lo sabía! —farfulló Lucila señalándola acusadoramente con el dedo—. Siempre te guardas cartas bajo la manga. ¿Por qué sabes que Julio ha muerto? ¿Has visto acaso su cadáver?

—No me ha hecho falta. Lo he escuchado en la radio de mi coche.

Lucila la miró con ojos radiantes y le dijo:

—¿Me das un beso?

Víctor se hallaba sumido en el sueño cuando a las siete de la mañana lo despertó el sonido del teléfono fijo que reposaba sobre su mesilla de noche. Lo descolgó aturdido y oyó la voz de la madre de Julio que entre sollozos le decía que su hijo había muerto.

—¿Cómo? —gritó Víctor, saliendo súbitamente del sopor del sueño.

—No tengo palabras para explicarlo, hijo. Ha sido una tragedia espantosa y su cuerpo ha quedado irreconocible. Cuando lo vi dije: este no es mi hijo, el que salió de mis entrañas, este no es...

Víctor guardó un silencio de muerte. Su tía continuó:

—Por lo visto se dejó abierta la llave del gas... En algún momento de la noche, Julio se despertó y debió de encender un cigarrillo... No sé qué hacer, Víctor. Estoy desesperada y, si he de decirte la verdad, ahora mismo me arrojaría por la ventana y asunto concluido.

—Cálmate, por favor.

—¿Que me calme? ¿Y cómo puede calmarse una madre ante una desgracia así? Dímelo tú, ¿cómo?

—Iré a verte enseguida.

—No, ahora no, Víctor. Mi marido y yo estamos a punto de salir para el Instituto Anatómico Forense, donde está el cadáver. Yo ya lo he visto, pero su padre no, y quiero estar junto a él cuando eso ocurra. Incluso en estos momentos, los hombres suelen flaquear más que las mujeres, y no quiero que se vuelva loco. Ya te llamaré más tarde —dijo la mujer, y colgó.

Víctor permaneció un buen rato flotando en el vacío, inmóvil en la cama y sin atreverse a afrontar la realidad de los hechos. Su cabeza era un miasma de ideas descompuestas de las que emanaba el inconfundible olor de la culpa y la confusión, formando una misma fragancia venenosa. ¿Había cerrado realmente la llave del gas tras haberla abierto con intenciones en las que prefería no pensar? Él creía que sí, que la había cerrado, pero estaba demasiado borracho y quizá no había llegado a cerrarla del

todo.

Incapaz de aguantarse a sí mismo, saltó de la cama y se tomó un calmante para poder soportar con más tranquilidad la nueva pesadilla.

Ya más relajado, intentó ver el problema de la forma más positiva posible y se situó en el momento en que se hallaba en la cocina de la casa de Julio. Cerró los ojos y se vio a sí mismo abriendo la llave. No podía negarlo, había abierto la llave y había percibido el olor a gas. En medio de la tempestad que azotaba su cabeza, se vio a sí mismo cerrando la llave. Creía recordar que el olor a gas había desaparecido cuando abandonó la cocina, e intentó afianzarse en ese recuerdo, que resultaba mucho más ventajoso para su conciencia, y que le incitaba a pensar que había sido el propio Julio el responsable del desastre. ¿Pretendía suicidarse? No parecía probable. Resultaba más lógico suponer que Julio había dejado la llave abierta sin darse cuenta, tras calentar agua para alguna infusión, y luego había encendido un cigarrillo provocando la explosión, como pensaba su madre, que tenía dos dedos de frente y que, a diferencia de su hijo, jamás había mostrado tendencia alguna al delirio.

De esa reflexión pasó a otra mucho más inquietante. ¿Y si había sido Gaby el verdadero culpable? ¿Y si por casualidad Gaby había tenido la misma ocurrencia que él? Con esa nueva idea en la cabeza, salió de casa, entró en su coche y lo puso inmediatamente en marcha.

Víctor llegó a Leganés, aparcó el coche en una esquina de la calle Aragón y se dirigió a pie a la residencia psiquiátrica por la carretera del erial. Había empezado a llover y avanzaba penosamente entre la lluvia, el viento y la niebla que apenas dejaba ver la clínica.

Se detuvo ante la puerta del jardín de la institución, dio un trago de whisky de la petaca que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta, encendió un cigarrillo, y se preguntó qué excusa podría poner para entrar en la residencia sin levantar sospechas.

Llevaba media hora detenido ante la verja cuando vio salir de la institución a un hombre con cara de malhumorado. Víctor se acercó a él y le preguntó:

—Buenos días, caballero. ¿Trabaja usted en la residencia?

—Digamos mejor que trabajaba en el servicio de limpieza, pero me acaban de despedir —contestó el hombre.

—¿Por qué?

—Dicen que hacía mal mi trabajo, pero no es cierto. Simplemente me perdía la curiosidad, y a veces exploraba los ordenadores de los doctores y las enfermeras. Son todos unos guarros, se lo puedo asegurar.

Los ojos de Víctor se iluminaron.

—¿Conoce usted a Gaby Garcés?

—Claro que lo conozco. Ahora está de vacaciones.

—¿Cuándo regresa?

—El lunes.

—¿Registró alguna vez su cuarto?

—Alguna vez.

—¿Puedo invitarle a un café, querido amigo?

—Se lo agradeceré. ¿Es usted de la policía?

—Digamos que sí.

Los dos avanzaron por la carretera a paso raudo, entraron en un bar de la calle Aragón y se sentaron a una mesa junto a la barra.

—¿Qué quiere tomar?

—Una copa de brandy. Estoy algo destemplado —dijo el hombre.

—Le voy a convidar a un gran brandy español —musitó Víctor. Acto seguido se dirigió al camarero y exclamó—: Una copa de Lepanto para el señor y para mí un café.

Ya les habían servido cuando Víctor susurró:

—Dígame una cosa: cuando limpiaba el cuarto de Gaby ¿vio alguna vez algo parecido a un diario?

El hombre intuyó en la pregunta de Víctor una posibilidad de obtener algún dinero, y optó por una respuesta a gusto de su interlocutor:

—Sí, solía tener sobre la mesa un cuaderno de cubiertas azules. Parecía un diario íntimo —improvisó.

—¿De quién?

—Eso no lo sé, señor.

—Leyó alguna página del cuaderno.

—No.

—¿Sabe usted si ese cuaderno se encuentra en este momento en el cuarto de Gaby?

—Juraría que no. El día que se iba de vacaciones, vi que metía muchas cosas en su mochila.

Víctor apuró el café, y antes de incorporarse, sacó su cartera y musitó:

—Le diré la verdad, amigo. Soy detective privado y ando investigando un asunto relacionado con el tal Gaby. La información que me ha dado es de suma importancia y mi cliente me exige pagar muy bien los favores. Tenga —y le pasó tres billetes de cien euros—. Seguro que lo necesita para pasar con dignidad estas navidades.

El hombre le miró con ojos encendidos y murmuró:

—Mil gracias. Es usted todo un caballero.

Víctor salió del bar y se vio de pronto en medio de una calle desolada y suburbial. Aquella atmósfera avivó sus obsesiones y la cabeza se le empezó a disparar. La información que le había transmitido el empleado recién despedido no podía ser más vaga y peregrina, pero él la sobredimensionó hasta convertirla en una prueba irrefutable de que el diario de Olalla estaba en poder de Gaby.

De nuevo en su coche, marcó el número de teléfono de Martín Salazar, un expolicía que había realizado operaciones de extorsión para su padre y al que solía ver en el Club de Tiro algunas tardes.

Dos horas después, Víctor ya se hallaba hablando con Martín en el Café de los Austrias.

Víctor esperó a que una camarera de color, gorda y reluciente, les sirviera dos cafés para susurrarle a Martín:

—Necesito que acabes con un individuo que busca mi ruina. Será un trabajo fácil.

—Eso no lo puedo hacer, amigo. —¿Por qué?

—Porque he perdido facultades —contestó Martín, que era un hombre fornido y pétreo, de aspecto inconfundiblemente plebeyo y una mirada mansa, que contradecía la dureza extrema de sus rasgos y sus gestos.

—¿Me llamas amigo y no quieres hacerme un favor? —escupió Víctor—. No voy a tener piedad, Martín. ¿Cuánto dinero le debes a mi padre? Mañana mismo te cierro las puertas de todos los bancos y te coloco en la lista negra. En cambio, si te dignas a pactar conmigo no solo anularé tu deuda; además de eso, te voy a meter en el bolsillo diez mil euros para que pases con tu mujer unas navidades como Dios manda y como sin duda mereces.

—Ya no estoy con la que era mi mujer. Nos hemos divorciado.

—Claro. Ella te sabía cuidar, Martín. Ahora entiendo por qué te has dado al juego y a la bebida.

Martín permaneció un rato en silencio, mirando con angustia a Víctor y sopesando la situación hasta que dijo:

—¿Qué tengo que hacer?

Víctor le mostró varias fotografías de Gaby y musitó:

—Fulminar a este tipo que trabaja en la residencia psiquiátrica de Leganés.

—Sí, lo conozco, lo vi más de una vez contigo hace algún tiempo, en el Cock y en Lhardy.

—Mejor que mejor. Tendrás que acercarte a la residencia y vigilar las inmediaciones del recinto. Por supuesto que debes fulminarlo fuera del hospital.

Víctor le pasó dos fotografías y añadió:

—Aunque lo conozcas, por si te falla la memoria y te equivocas de persona. Ah, y será del todo necesario que hagas desaparecer el cadáver. Según me han dicho, Gaby regresa el lunes al psiquiátrico, pero quiero que empieces a explorar la zona hoy mismo para familiarizarte con el lugar. Es posible que lleve con él una mochila. Apodérate de ella y registrala a conciencia. Si encuentras un cuaderno de cubiertas azules te lo llevas.

Martín guardó la foto en el bolsillo interior de su chaqueta. Víctor continuó:

—Cuando hayas finalizado tu tarea y te hayas desprendido del fiambre, me llamas por teléfono y me dices: «asunto concluido», «todo ha ido bien», o algo parecido. ¿Me has entendido?

Martín asintió. Víctor encendió un cigarrillo. La camarera de color se acercó a él y le dijo:

—No se puede fumar. Víctor la miró furioso y le escupió:

—¿Por qué no te metes la lengua en el trasero, si es que puedes, o te vas con tío Tom a recoger algodón?

Desde la casa del pantano, Gaby envió a Leonor una copia del vídeo de la violación. Sabía que la grabación le iba a causar un dolor difícil de soportar, pero prefería hacerlo así, no solo porque le parecía del todo necesario que supiera la verdad, también porque quería tenerla como aliada de su venganza. Luego estuvo limpiando el garaje, utilizando la manguera de riego del jardín, y como en la casa ya no quedaba ningún mueble en el que poder descansar, entró en su coche y se quedó un rato adormilado.

Fue el momento más dulce del día. Al calor de la calefacción del automóvil, se abrazó a sí mismo, cerró los ojos y estuvo evocando sus días más felices con Olalla, cuando salían a beber por la noche o se iban a bailar a una discoteca de Chueca, y mientras se besaban hacían planes para el futuro. Rememoró las vacaciones en Grecia, cuando se perdían por las carreteras del Peloponeso en dirección a Olimpia; o aquella noche de luna llena, de una claridad sobrenatural, en un bar de Micenas; o el viaje que hicieron por Andalucía poco después de conocerse, cuando se perdían por las calles de Cádiz o viajaban en ferry hasta Tánger, besándose y haciéndose promesas desmedidas. Finalmente se quedó dormido con un rictus de dolor en la cara.

Se despertó una hora después con la sensación de hallarse en el infierno. Había soñado con ciudades en llamas y ejércitos de zombis llenando las calles, y ahora le esperaba de nuevo la realidad, que era únicamente la realidad de su venganza.

Sintiendo que se asfixiaba, salió del automóvil, se dirigió al cuarto de baño, se duchó con agua fría, se vistió, entró de nuevo en el coche y volvió a abrir el diario de Olalla:

Madrid, 17 de abril, 2012

Toda vida tiene sus fronteras más allá de las cuales deja de ser lo que es. Son las fronteras del cuerpo pero también las de la conciencia. Un cuerpo muerto ha abolido todas sus fronteras con la otredad, una conciencia muerta también.

Todas las mañanas me despierto pensando en las fronteras de mi vida, sabiendo que la vida es limitada y la ignorancia infinita, y que en toda una vida solo podremos acceder a determinadas formas del saber. Esa idea se me clava en el alma como un estilete muy fino. Si una viese el futuro como una morada muy amplia y muy larga en la que poder entregarse a toda clase de disfrutes carnales e intelectuales, sería diferente. Se atribuye a san Isidoro la gaya idea de que habría que vivir cada día como si fuese el último, y estudiar y pensar cada día como si dispusiésemos de un tiempo infinito. Sentencia que nos indica que hay que fusionar atómicamente en nuestra cabeza la brevedad con la infinitud. De modo que seríamos como mucho una paradójica y breve infinitud.

Y todas las mañanas, nada más abrir los ojos, me asaltan un montón de preguntas. ¿Hasta dónde podré llegar? ¿Qué he querido decir con lo que ya he escrito en este diario? ¿Qué voy a querer decir con lo que voy a escribir? ¿Cómo salvaremos este año? ¿Qué me puedo inventar para sacar algún dinero y ayudar un poco a mi madre?

No me despierto envuelta en una nube de guata rosada, me despierto en el corazón de la realidad. Y ese despertar en el núcleo de lo real es como una vitamina muy poderosa que me ubica en el día de forma inmediata y radical. Tras ese desgarrón inicial, no me queda otro remedio que ponerme a trabajar alegremente pensando en la alegre sentencia de san Isidoro.

Ah, qué horrible me resulta la idea misma de la muerte. Sé que algún día tendré que morir, lo sé, pero que sea dentro de mucho tiempo, después de haber consumido una vida llena de experiencias. A veces me da por pensar en todo lo que nos usurpan cuando nos quitan la vida. No solo hacen desaparecer nuestro cuerpo, también nos roban nuestros sueños, nuestras ilusiones, nuestros proyectos, nuestros deseos: todo lo que podríamos haber hecho. No nos roban simplemente la existencia, nos roban el infinito deseo que puede albergar una vida, nos roban la eternidad.

Se lo digo a Gaby y él me susurra:

—No te atormentes, Olalla. Tú y yo vamos a vivir mucho. Ayer soñé que teníamos treinta años. Vivíamos en una ciudad que me resultaba desconocida y teníamos una hija muy guapa y muy divertida. Se llamaba Eva, como la primera mujer.

—Ojalá tu sueño se cumpla.

—Se cumplirá, ya lo verás. Tengamos confianza en la vida.

Esa página le producía un dolor insoportable, como si le clavasen una aguja candente en el corazón, y con ese dolor en el cuerpo se encaminó hacia Madrid dispuesto a adquirir lo que necesitaba para llevar a cabo el último tramo de su plan, que le exigía pasar por la casa de Leonor.

Ágata encontró a Leonor hundida en la negrura de sus pensamientos. Aunque la veía delante de ella y la podía tocar y sentir su aliento, parecía una mujer completamente ausente.

—¿Qué le pasa? —preguntó Ágata, sentándose frente a ella en uno de los sofás del salón. Leonor tardó en responder:

—De no haberse llevado mi pistola me habría encontrado muerta.

—¿Por qué?

—Gaby me ha enviado un mensaje con un vídeo en el que se ve la violación de mi hija. En el mensaje me dice que se lo robó a Víctor.

—¿Lo puedo ver?

Leonor encendió el ordenador portátil que reposaba sobre la mesa y le mostró la grabación. Veinte minutos después, Leonor le preguntó:

—¿Reconoce a los enmascarados?

—Sí. Son los mismos que yo le dije.

—Merecen lo peor.

—No lo dudo, y si lo que usted quiere es vengar la muerte de Olalla, sepa que Gaby está haciendo ese trabajo, y juraría que bastante bien.

—¿Por qué lo dice?

—Porque le vi arrojar un bidón al pantano de Galapagar, donde con toda seguridad había metido el cadáver de Bastian. Más tarde acudió a la casa de Julio, entró furtivamente en ella y debió de abrir la llave del gas, porque no mucho después la casa estalló, provocando la muerte de su inquilino.

—¿No me está mintiendo?

—Se lo juro por Dios.

Leonor conectó inmediatamente el televisor, y sirviéndose del mando a distancia, pasó

por varios canales hasta que se detuvo en uno que hablaba de una explosión de gas en Tres Cantos con una víctima mortal: Julio Braganza, un profesor de la Escuela de la Imagen.

Leonor se echó a llorar de alegría y de rabia. Cuando finalmente pudo contener el llanto, gritó con una voz desconocida para ella misma:

—¡Ya sabía yo que ese muchacho era un genio con un alma más grande que la de Dios, ya lo sabía yo!

—Veo que le alegra mucho la noticia.

—¿A usted no?

Ágata se frotó la cabeza antes de decir:

—En parte sí, pero estoy muy preocupada, en realidad estoy desbordada. Juraría que Gaby está fuera de control. Podría matar a más personas, a muchas más... En este momento ya debe de estar planteándose cómo acabar con Víctor.

—¿Le parece mal? ¿No pretenderá entorpecer la labor de limpieza que está haciendo? —preguntó Leonor.

—Creo que sí. Con salvajadas como las que está perpetrando puede poner en riesgo la vida de otras personas aparte de la suya propia. Tengo que hablar con él... —dijo Ágata, e hizo ademán de incorporarse.

Fue entonces cuando Leonor se apoderó del bolso de Ágata, sacó de él la pistola y dirigió el cañón hacia la detective antes de murmurar:

—Usted se va a quedar sentada donde está, hasta que a mí me dé la gana.

—No haga locuras, por favor.

—Más locuras han cometido esos canallas, y especialmente Víctor, que me hizo una visita antes de que usted llegara, para intentar sonsacarme algo y amenazarme.

—No me lo había dicho.

—Pensaba decírselo, pero no me parecía lo más importante, dada la situación.

—¿Piensa matarme?

—Lo haré si se empeña en contrariarme. Quiero que deje a Gaby concluir su trabajo.

—¿Y si, por querer acabar con Víctor, Gaby mata en el intento a algún inocente?

—Me da absolutamente igual.

Creyendo que Leonor solo quería amenazarla, Ágata se incorporó, cogió su bolso y avanzó hacia la puerta. Ya la había abierto cuando Leonor intentó apretar el gatillo, pero finalmente no se atrevió. Para entonces Ágata se había metido en el ascensor. En cuanto alcanzó la calle, se subió al coche y se dirigió a Galapagar.

Desde la ventana que daba a la avenida, Leonor la vio alejarse y se preguntó si debía telefonar a Gaby. Estaba a punto de hacerlo cuando llamaron a la puerta de su casa. Para su gran sorpresa era él, que llegaba con la cara enrojecida y el ánimo exaltado.

—¡Bendito seas! —exclamó Leonor nada más verlo—. Estaba a punto de telefonearte.

—No lo hagas, Leonor. No se te ocurra llamarme por teléfono.

—¿Por qué?

—No va a ser fácil explicártelo. Basta con que te diga que no conviene que dejemos huellas por ninguna parte, ni telefónicas ni de ninguna otra naturaleza.

–No tienes que explicarme nada. Sé lo que estás haciendo.
–¿A qué te refieres?
–Juraría que has matado a Bastian y a Julio.
–¿Cómo sabes eso?
–Hace días contraté a una detective.
–¿Y por qué?
–Necesitaba saber más cosas de las que sabía sobre la muerte de mi hija, tienes que entenderlo. La detective te ha estado siguiendo, allanó tu cuarto y fotografió el diario de Olalla. Ella ha sido la que me ha dicho que te vio entrar en la casa de Bastian y en la de Julio. Es una persona de fiar, eso te lo puedo asegurar, pero podría desbaratar tu plan, y quería que lo supieras.
–¡Maldita sea! Voy a tener que darme mucha prisa. ¿Aún tienes aquella pistola de la Guerra Civil?
–A Dios gracias, sí.
–¿Me la puedes prestar?
Leonor extrajo el arma de un cajón de la alacena del salón y se la tendió.
–Veo que está cargada, estupendo.
–¿Vas a acribillar a Víctor?
–Sí.
–¿Dónde?
–En su propia casa. Suele llegar de amanecida muy borracho, y será un trabajo fácil.
–Haces bien, hijo mío. Hay que acabar con él y quiero que sepas que rezo por ti y que estoy a tu lado para que todo te salga bien. Te aprecio mucho, Gaby. ¿Has comido?
–No.
–¿Te apetece una tortilla de queso y una ensalada?
Gaby asintió. Llevaba día y medio sin comer.

Ágata llegó a las inmediaciones de la casa del pantano y anduvo merodeando un rato por los alrededores, hasta que atravesó el jardín y pegó la oreja a la puerta. Le pareció que no llegaba ruido alguno del interior y se dirigió a la parte trasera del edificio. Todas las ventanas permanecían cerradas, pero ella estaba dispuesta a hablar con Gaby y rompió a conciencia el cristal de una de ellas. No mucho después consiguió entrar en la casa totalmente despojada de muebles y no vio a nadie por ningún lado. Pensando que estaba perdiendo un tiempo precioso volvió a su coche y se dirigió a la residencia psiquiátrica de Leganés. Preguntó por Gaby en la recepción y una enfermera le dijo:

—¿Es usted de la policía?

—No, soy una amiga.

—Menos mal, pensé que Gaby se había metido en algún lío.

—¿Suele hacerlo?

—No, pero en estos tiempos una no se puede fiar de nadie, y menos de alguien que ya ha estado ingresado. La gente está más loca de lo que parece.

—Desde luego. Bueno, si no puedo ver a Gaby, no hago nada aquí. Gracias de todos modos —dijo, y abandonó de inmediato el hospital.

Ya en la calle Aragón de Leganés, se fijó en un hombre corpulento y con cara de matón que fumaba un cigarrillo a la puerta de un bar y que dirigía con cierta insistencia la mirada hacia el psiquiátrico. Ágata pensó que podía ser de la policía o algo mucho peor: un asesino a sueldo. Desde su coche, y utilizando el zoom de su cámara digital, le hizo varias fotografías, y se dirigió de nuevo a Madrid pensando que no tenía que haber abandonado la avenida Filipinas, pues era bastante probable que Gaby le hiciera alguna visita a Leonor. De pronto se acordó de la pistola que la madre de Olalla le había arrebatado y pisó el acelerador.

Acababa de llegar a la avenida Filipinas cuando vio a Gaby salir del inmueble en el que vivía Leonor y decidió seguirlo.

Una hora después, Gaby se hallaba en una esquina de la calle del Guadalquivir, a unos treinta metros de la casa que buscaba, cuando vio a Víctor salir de su Jaguar con dos mujeres. Pensando que ya encontraría una ocasión más oportuna para ocuparse de él, se dirigió a la Castellana. Al llegar a la plaza de la Cibeles, intuyó que le estaban siguiendo y supuso que sería la detective.

Gaby aparcó en la calle Marqués de Cubas, entró en el café del Círculo de Bellas Artes y se sentó en el rincón más apartado de la barra. No tardó en acercarse a él una mujer de ojos verdes y aspecto andrógino, que sonrió con amabilidad y musitó:

—¿Me puedo sentar?

Gaby la miró clínicamente y asintió. Ágata se sentó frente a él y reconoció que se

hallaba ante un hombre realmente hermoso. Era delgado y fibroso, de ojos oscuros y atormentados, cabellos negros y algo rizados, y aire de gitano amable y melancólico.

—¿Me ha estado siguiendo? —preguntó.

—Sí —contestó Ágata.

—¿De qué me conoce?

—Me temo que no necesito presentación —dijo Ágata sonriendo.

Gaby se quedó desconcertado, y ella lo notó.

—Ahora que lo pienso, la vi hace días en el jardín de la residencia psiquiátrica de Leganés. ¿Qué hacía allí?

Ágata sonrió antes de contestar:

—Luego se lo diré, pero no solo me conoce por eso. Seguro que hoy mismo ha hablado con Leonor.

Gaby no tenía ganas de mentir y además Ágata empezaba a caerle bien, así que le dijo:

—Aprecio su capacidad deductiva. Sí, he hablado con la que estaba destinada a ser mi suegra, y me ha dado algunas indicaciones sobre usted.

—Lo celebro. Eso evita preámbulos formales que siempre dan mucha pereza.

A pesar de que el café estaba vacío, aún no les habían atendido. Desde tiempo inmemorial, los camareros del bellissimo café del Círculo de Bellas Artes se comportaban como camareros de los países del Este antes de que cayera el telón de acero. Parecían funcionarios del Estado a los que hubiera que pedir perdón para que se dignasen a servir algo. Era uno de los encantos de aquel establecimiento de estilo vienés y a la vez moscovita.

Ágata musitó:

—Sí he de decirle la verdad, le he estado siguiendo desde la avenida Filipinas y le he visto acercarse a El Viso. ¿Tiene algún amigo allí?

—Bueno, verá usted, iba tras un individuo.

—¿Por qué?

—Mejor no se lo digo —susurró. Luego la miró con cierta distancia y añadió—: Tengo entendido que ha registrado mi cuarto del manicomio de Leganés. ¿No sabe usted que eso es allanamiento de morada?

Los dos se echaron a reír. Ágata dijo:

—Suelo allanar moradas, pero no tanto como usted.

—¿Le apetece que hablemos en serio?

—Sí.

En ese momento llegó un camarero. Era tan largo y tan recto que desde la mesa apenas podía divisarse su pajarita. Les miró con una arrogancia infinita y preguntó con una voz perentoria y marcial:

—¿Qué quieren tomar?

Le dijeron que café.

—¿Solo? —inquirió él.

—¿Y por qué tenemos que tomar más? —rugió Gaby, que conocía de sobra los hábitos

displicentes de los operarios del establecimiento.

—Me refería a si quieren café solo o con leche —murmuró el camarero con más humildad.

—Yo lo quiero solo —dijo Gaby.

—Y yo también —añadió Ágata.

El camarero se giró tajantemente y avanzó hacia la barra como si participara en un desfile militar.

Esperaron a que les sirviesen el café para reanudar la conversación. Gaby dio un sorbo a su taza y dijo:

—Si me ha estado siguiendo, debe de estar algo intrigada con mi humilde persona.

—Ciertamente sí. Tiene usted un estilo de vida muy peculiar. Anteayer le vi arrojar un pesado bidón al pantano de Galapagar. Sorprendentemente, el bidón se hundió en el agua a mucha más velocidad que el *Titanic*. Y ayer le vi entrar y salir por la ventana de una casa de madera de Tres Cantos, que no parecía ser la suya. Asombrosamente, no mucho después la casa estalló.

—Me halagan sus palabras, créame. Sí, a veces puedo hacer milagros. ¿Usted no?

Ágata meneó la cabeza y contestó:

—Los hago, pero me tienen que ayudar las circunstancias. Hablemos con propiedad, amigo. ¿Puedo saber que ha urdido para acabar con Víctor?

Gaby acercó la boca a la oreja de Ágata y musitó:

—Voy a agujerearle la cabeza. Con él, como con los otros, bien puedo exclamar *alea jacta est*. Lo digo por amor a los clásicos. En realidad, hace algún tiempo que pasé el Rubicón.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que hace días que me manché por primera vez. Mi víctima fue un alemán, como usted ha adivinado. Lo torturé hasta lo indecible. Le hice pagar todas las infamias de Alemania. Los judíos me lo tendrían que agradecer. Más tarde me ocupé de Julio.

—Ya veo, y ahora quiere ocuparse del que se llama Víctor.

—Exactamente. ¿Sabe lo que le hicieron a mi novia?

—Lo sé. Cuando entré en su cuarto fotografié el diario de Olalla para mostrárselo a su madre. Entiéndalo, era mi obligación. También he visto el vídeo en casa de Leonor.

—Ya me parecía a mí que es usted más astuta de lo que aparenta. Dígame, ¿sabe que la pastilla con la que drogaron a Olalla se la administró Julio, y que murió porque la remataron Bastian y Víctor? ¿Y sabe que Bastian le dio el golpe de gracia golpeándole en la cabeza con el parachoques?

—No, eso no lo sabía. ¿Y usted cómo llegó a saberlo?

—Imitando a la Inquisición. Y bien, ¿qué piensa al respecto?

Ágata apuró su taza de café y musitó:

—No entiendo por qué me ha confesado que piensa acribillar a Víctor.

—¿No lo entiende? Se lo explicaré mejor. Se supone que los detectives tienen buenas relaciones con la policía. Bien, le doy la oportunidad de delatarme y de desbaratar mi plan. Puede usted llamar a la policía desde una cabina pública (todavía quedan algunas) y

decirles con voz distorsionada que tengo una pistola y que voy a matar a Víctor Carroma. Será todo un acto de justicia, créame. Le salvará la vida a un violador que sin duda volverá a las andadas. Le salvará la vida a un infame que no va a dejar de serlo mientras respire, eso se lo puedo asegurar –dijo, y se incorporó.

–¿Adónde va?

–A mi cuarto del manicomio de Leganés. Tengo que descansar. El lunes me reincorporo al trabajo. Espero poder liquidar a Víctor mañana mismo.

–No vaya a Leganés, se lo ruego. He visto a un hombre merodeando por los alrededores del hospital con aspecto de sicario.

–¿Está segura?

Ágata sacó la cámara fotográfica del bolsillo de su chaqueta y le mostró la fotografía del hombre que tanto le había inquietado en Leganés.

–¿Lo conoce?

–¡Santo Dios! –exclamó Gaby–. Es Martín, un expolicía amigo de Víctor. Los he visto juntos más de una vez.

–Vamos a ver, ¿usted era amigo de Víctor como parece indicar Olalla en su diario?

–Claro que lo era, y de Julio y Bastian también. Antes de ennoviarme con Olalla formábamos parte de la misma pandilla. En aquel entonces Víctor me habló más de una vez de Martín, y una noche de borrachera me confesó que era un individuo que se ocupaba de trabajos sucios.

–¿Lo ve? Más le valdría confiar en mí.

Volvieron a sentarse. Con voz muy amable y confidencial, Gaby musitó:

–Leonor me ha dicho que es usted un alma cabal. ¿Está dispuesta a ayudarme?

–Sí.

–Hay que saber qué está haciendo exactamente Martín junto a la residencia psiquiátrica. ¿Qué podemos hacer?

Ágata permaneció un rato en silencio hasta que dijo:

–¿Te puedo tutear?

–Por supuesto. Estaba a punto de proponerte lo mismo.

–Yo podría acercarme a ese tipo y mirarle como si me gustara mucho. Podría incitarle a beber, y cuando estuviese medio atontado podría conducirlo hasta su automóvil y proponerle un poco de sexo.

–Buena idea. No lejos del manicomio hay una especie de túnel que pasa por debajo de una carretera.

–Podríamos ir allí. En cuanto lleguemos, me subiré la falda para ponérselo fácil. Confío en ti y espero que aparezcas en ese momento bien armado. Juraría que Leonor te ha prestado su pistola.

–No te equivocas.

–En ese momento lo tendremos en nuestro poder.

–Cierto.

–Y en ese momento nos lo llevaremos a esa casa que tienes junto al pantano y lo interrogaremos.

Gaby la miró con admiración profunda y exclamó:

–¡Eres un ser radiante!

–Gracias. Es el piropo más emocionante que he oído en mi vida. Solo al santísimo Buda lo llaman así –dijo Ágata, y acto seguido salieron del café.

Llegaron a Leganés, cada uno en su coche. Desde una esquina de la calle Aragón, no tardaron en ver al sujeto que buscaban, oteando el panorama desde el porche de una fábrica de hielo.

—Es él —dijo Ágata.

—Sí, se trata del expolicía con el que Víctor iba al Club de Tiro. Y todo indica que ahora se dirige al bar Flandria.

—Creo que es el momento de acercarme a él.

—¿Estás preparada?

—Sí. ¿Qué te parece mi minifalda?

—Te queda muy bien, pero me temo que te vas a helar de frío.

—Todo sea por la causa —dijo ella, y se acercó al bar en el que acababa de entrar su hombre.

En el establecimiento solo había una pareja, sentada en una esquina junto a la puerta, y un camarero de aire macilento y ojos azules y mortecinos, que ya estaba atendiendo al expolicía. Ágata se colocó junto a él, pidió un café y miró con simulado temblor a su objetivo, como si se hubiese quedado súbitamente cautivada por su aspecto de hombre recio y feroz.

El camarero se ausentó de la barra y Ágata se acercó más, hasta rozar levemente el abrigo de Martín, que empezó a sentirse incómodo y a la vez gratamente sorprendido.

—¡Qué frío hace en la calle! —dijo Ágata.

—Cierto —musitó Martín—. ¿Es usted extranjera?

—Soy francesa —contestó ella, exagerando el acento galo—. He venido a ver a mi hermano que está en el manicomio.

—¿Como paciente?

—Claro. En mi familia todos estamos un poco locos.

La mención de la locura familiar acentuó la confianza de Martín, en parte porque pensaba que las mujeres trastornadas tenían muchas posibilidades de ser ninfómanas. Un calor bendito empezó a recorrer su cuerpo, desde el sexo a la cabeza, y decidió rozar sin miramientos el culo de Ágata, que se le antojó delicioso.

—Me gustan mucho las francesas —dijo—. Tienen un encanto especial.

—¿Lo sabe usted por experiencia?

—Quizá.

Martín decidió ir más lejos, le subió ligeramente la minifalda, y se sorprendió a sí mismo llegando a las bragas de la dama francesa. Entonces empezó tutearla y le susurró al oído:

—¿Y si nos largásemos de aquí para disfrutar un rato juntos? ¿Te apetece?

—Un montón.

Martín dio un último trago a su vaso y susurró:

–Aún no sé cómo te llamas.

–Brigitte.

–Me fascina ese nombre y se me eriza la piel con solo oírlo. ¿Nos vamos?

–De acuerdo, pero solo tengo media hora, hasta que salga mi hermano del hospital.

–Media hora puede ser la eternidad en ciertos casos. Refugiémonos en mi coche que ya no puedo más.

Salieron precipitadamente del bar y entraron en el coche de Martín, que puso enseguida la calefacción y enfiló la calle para torcer más adelante hacia un descampado partido en dos por un camino que pasaba bajo un túnel. Allí Martín detuvo el coche y ella se subió la falda. Acababa de hacerlo cuando Gaby, que los había seguido y los estaba vigilando tras unos chopos, entró en el coche por la puerta trasera, apuntó a Martín con la pistola y dijo:

–Hola, amigo, vengo a anunciarte un cambio de planes que te va a espantar. Nos vamos a mi casa para hablar cómodamente un rato.

Una hora después, Martín se hallaba colgado como Bastian, en el garaje de la casa del pantano. Gaby y Ágata le miraban con curiosidad y distancia.

–Cuéntame qué hacías junto a la residencia psiquiátrica –preguntó Gaby mostrándole una barra de hierro con la punta al rojo vivo.

Martín decidió salir cuanto antes de aquella pesadilla y empezó a decir:

–Tenía órdenes de liquidarte.

–¿De quién?

–De Víctor. Lo estaba haciendo a regañadientes. No quería matarte, no quería matar a nadie, pero Víctor me obligó a hacerlo recurriendo al chantaje. Hagamos las paces. Tengo dinero suficiente para largarme de España, y en realidad es lo que quiero hacer. Si me sueltas, me meto de inmediato en un avión para Brasil y no vuelvo a Madrid mientras me dure la vida.

Ágata miró a Gaby y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Gaby soltó la cuerda y Martín cayó como un fardo al suelo.

–De acuerdo –dijo Gaby–. Yo mismo te acompaño hasta el aeropuerto, desde donde quiero que le envíes un mensaje a Víctor diciéndole que te largas.

Mientras Martín se incorporaba y se limpiaba la cara con un pañuelo, Gaby se acercó a Ágata y le musitó al oído:

–Espérame a las cinco de la tarde en el café del Círculo.

Luego empujó a Martín y abandonó con él el garaje.

A la hora indicada, Gaby acudió al café del Círculo. Ágata le estaba esperando llena de desasosiego en una esquina del establecimiento. Con la cara sonriente y la alegría en el cuerpo, Gaby le dijo:

–Martín ha cumplido su palabra y ya vuela rumbo a Sao Paulo.

—¿No sabes cómo me tranquilizas!

—Ahora es cuando no podemos perder de vista a Víctor. El domingo es el entierro de Julio, según he sabido por la prensa. Con toda seguridad, Víctor asistirá, y podremos seguirlo. ¿En qué hotel te hospedas?

—En el Persal.

—¿Habrá habitaciones libres?

—Supongo que sí.

—Entonces vamos para allí. Esta noche prefiero dormir en Madrid.

Llegaron al hotel y estaban los dos tan cansados que, tras un leve refrigerio, se retiraron cada uno a su habitación.

Mientras esperaba el sueño, Gaby abrió una vez más el diario de su novia muerta:

Madrid, 15 de mayo, 2012

El que traiciona sus sueños puede morir de insomnio. Yo duermo bastante bien. Mis sueños se han cumplido solo parcialmente, pero nunca los he traicionado.

De haber traicionado mis sueños, ahora mismo me sentiría muerta, porque están tan enraizados en mí que su extirpación supondría la extirpación de la vida.

Uno de esos sueños es convertirme en escritora y dedicar buena parte de mi vida a la escritura: esa dimensión de la conciencia que te hace saber lo que no sabes y decir lo que no dices, ese juego entre lo oculto y lo manifiesto en pos de alguna forma de revelación, de revelación de la mecánica del mundo más que de su cara visible y más o menos comprensible: de revelación de la oscuridad.

Llevo desde niña explorando ese sueño que además de estar tejido por palabras está tejido por los silencios que las separan, y que son el fundamento en el que se sustentan nuestros balbuceos en las noches oscuras del alma, y en las noches claras y presididas por Eros.

Me acuesto a medianoche, bajo el cielo negro. No veo luceros ni estrellas por ninguna parte. Me vienen a la mente imágenes de alces en el norte de Europa, animales del frío avanzando sobre la nieve. Recuerdo que la primera imagen literaria que me gustó de muy niña hacía referencia a la nieve y al bosque, en un cuento de los hermanos Grimm. De modo que esta noche he sentido que volvía al origen de mi vocación, cuando asombrada por primera vez ante la belleza literaria, deseé con todas mis fuerzas dedicarme algún día a escribir. Recuerdo que a la mañana siguiente empecé escribir un cuento que yo creía parecido a los de los hermanos Grimm, y que les gustó mucho a mis amigas. Por primera me sentí una autora, ignorando que aún me quedaba mucho por aprender. Fue el comienzo de un sueño que ha permanecido intacto hasta este momento, y que promete durar.

Si alguien, por alguna razón, me arrebatase ese sueño, merecería mil veces la muerte. Se lo digo a Gaby por teléfono y él me contesta:

—Yo no pienso arrebatarte ese sueño, mi amor. Antes me cortaría la mano derecha.

Yo le contesto:

—Solo por cumplir ese sueño, y por lo mucho que te quiero, me espanta la idea misma de morir.

Ágata no conseguía dormir, así que salió furtivamente del hotel y se dirigió a casa de Lucila, que la volvió a recibir como una patricia romana. Esa noche Ágata medio se derrumbó y a punto estuvo de decirle la verdad. Pero en un momento de relampagueante lucidez por encima de los atrevimientos del alcohol, fue consciente de que cuantos más comparten un secreto, más vulnerable es el cofre que lo ampara, y decidió referirle los hechos de forma convencional.

—Algo extraño está pasando —dijo en tono misterioso.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lucila.

—Me refiero a los hombres que estuvieron en relación con Olalla y que pudieron hacerle algún mal. Julio ha fallecido, como ya sabes, Bastian ha desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra, y también ha desaparecido un amigo de Víctor, que según he sabido hacía las veces de sicario... No me extrañaría que un día de estos a Víctor le pasara algo.

—¿No habría que denunciar la violación con el diario como prueba?

Ágata la miró con severidad y dijo:

—¡No! Todavía no.

—¿Por qué?

—¿Crees que para la policía sirven como pruebas las fotografías digitales de un diario?

—Podías haberle robado a Gaby el original.

—No me pareció conveniente. Tenía que conocerlo mejor, y para eso resultaba más estratégico no levantar sospechas y no volverlo más loco de lo que estaba.

Lucila se arrojó a ella, la abrazó y le dijo:

—Alguien está moviendo los hilos.

—¿Eso crees? —preguntó Ágata aterrada—. ¿Quién?

—Un espíritu.

Ágata se sintió súbitamente aliviada. No creía en los espíritus, pero meneó la cabeza y dijo:

—Podría ser. No siempre descarto el lado sobrenatural del mundo.

Lucila apesó su brazo y susurró:

—Quédate un rato conmigo. Fuera hace mucho frío.

—Desde luego.

Mientras tomaban ron con limón, se miraban con inquieta curiosidad bajo la luz de dos velas temblorosas. Lucila salmodió:

—Siento la presencia de Olalla. Noto que a veces me roza la piel. Tengo la impresión de que ahora mismo Olalla es una vampiresa etérea que se está vengando desde una dimensión intermedia que ni es la vida ni es la muerte. Esa dimensión intermedia se conecta de alguna manera con nuestra dimensión, pero hay que tener una sensibilidad especial para advertirlo. ¿Nunca te había dicho que en una ocasión conseguí arrastrar a Olalla hasta mi cama?

—No, pero sí me dijiste que no habías tenido relaciones sexuales con ella y que además no las necesitabas.

—Mentí parcialmente. Ya sabes, lo hacemos todos a menudo. Seguro que tú también lo haces. Sí, antes de que se liara con Gaby la arrastré hasta mi cama y la abracé y la besé. Ahí acabo todo.

—¿Estaba drogada?

—No. Ya te he dicho que yo ni la drogaba ni le aconsejaba hacerlo. Fue un ejercicio de seducción sin estimulantes añadidos, y desembocó enseguida en una vía muerta, así que continuamos nuestra amistad por otro lado, y de la amistad pasamos a una especie de fraternidad que no nos esperábamos...

De pronto, Lucila se quedó arrodillada en el suelo, miró fijamente a Ágata y le dijo:

—A veces prefiero no mirarte. Es como si viera junto a ti dos sombras: una casi imposible de ver, y la otra muy evidente. A saber quién eres por dentro, a saber lo que haces y lo que piensas... Juraría que eres una mentirosa y una manipuladora. A veces me das miedo.

Ágata se echó a reír. Le hacía mucha gracia provocar miedos inesperados en los demás, ya desde niña. En algunos aspectos las personas no cambiaban.

Pero el divertimento cesó pronto, y lo que había empezado siendo un encuentro caluroso se fue convirtiendo poco a poco en un embudo de oscuridad. Quizás habían bebido mucho, quizá sus energías no se combinaban bien esa noche, el caso es que no entendían lo que se decían la una a la otra y parecían las dos fuera de sí mismas. Amanecía cuando Ágata huyó de allí pensando que tenía que descansar un poco para estar en forma el domingo por la mañana.

Ante el espejo de su cuarto, Víctor anudó con cuidado la corbata de color púrpura que tan bien se conjugaba con su traje negro. Luego se puso la chaqueta y el abrigo, y antes de salir de casa tomó un whisky para darse ánimos. Dentro de dos horas iban a enterrar a su primo y mejor amigo, y antes quería pasar por la casa de sus tíos para acompañarlos en el dolor. Todo en su mente eran emociones contrapuestas. Deseaba pegarle a Martín mil tiros en la cabeza, pero seguro que ese canalla ya estaba en algún país de Latinoamérica. Ahora no entendía cómo se había fiado de un borracho ludópata. Le preocupaba que Gaby siguiera vivo, pero al mismo tiempo pensaba que el diario de Olalla no era una prueba fundamental, o no tenía por qué serlo, y ya había quemado el vídeo del delito. En el drama que estaba viviendo no cabían más personajes secundarios, y pensaba encargarse él mismo de Gaby. Le quedaba un día para preparar concienzudamente el plan y ya tenía en su haber el revólver con el que lo iba a acribillar.

Eran las diez de la mañana. Demasiado tarde para ir a casa de los padres de Julio, pensó con rabia antes de dirigirse al automóvil recién estrenado que le había regalado su padre el día de su cumpleaños: un Lamborghini que parecía el coche de Batman. Llevaba un motor de diez cilindros y podía alcanzar los trescientos cincuenta kilómetros por hora. Toda una bestia de pura sangre para vivir momentos de gloria.

Quizá era un coche demasiado frívolo para acudir a un entierro, pero pensaba aparcarlo junto al bar de un amigo, a cierta distancia del cementerio. Luego tenía el propósito de ir a probarlo al circuito del Jarama. Creía que era el mejor homenaje que podía hacerle a su primo, con el que había competido más de una vez en carreras salvajes, y con el que había circulado en más de una ocasión en dirección contraria y a toda velocidad, en noches memorables que dejaban un sabor a placer y a gasolina ardiente en la garganta. Tras mucho cavilar sobre la muerte de Julio, creía tener claro que él no había sido el responsable del accidente, y que o bien se había tratado de un descuido de Julio, o bien había que pensar en Gaby, que no tardaría en volar al mismo limbo en el que se hallaba su novia.

Cuando llegó al cementerio de La Almudena, ya se había iniciado la ceremonia, y se hallaban en primera fila sus padres y sus tíos, observando cómo el ataúd desaparecía en la fosa. Víctor se colocó junto a la afligida madre del difunto y rozó levemente su mano en señal de pésame. Ella se lo agradeció y siguió llorando mientras el sacerdote, tío materno del muerto, decía:

—El siervo de Dios Julio Braganza mora ya en la casa del Padre, pues los hombres ejemplares como él no necesitan salvoconductos extraordinarios para vivir con los ángeles. Tuve la suerte de ver nacer a Julio, tuve el honor de depositar en su boca la sagrada forma en su primera comunión, y tuve el placer de confirmarlo como miembro del ejército de Dios. Yo le vi corretear por el campo cuando veraneaba con sus padres en

Nava de la Asunción, y más tarde lo vi madurar, doctorarse en filosofía y entregarse en cuerpo y alma a sus alumnos. Y ahora yace bajo la tierra, dirán algunos, pero se equivocan, porque sabemos que la muerte es solo el comienzo de una nueva vida...

Víctor no sabía qué cara poner ante aquel sermón absurdo que podía interpretarse de forma muy distinta a la que el cura imaginaba.

Concluida la ceremonia, Víctor abrazó a sus tíos y a sus padres, y se esfumó en busca de su automóvil. Sentía que su primo le estaba diciendo desde el más allá de los golfos y los juerguistas que se fuera cuanto antes de allí y disfrutara un poco de la vida, de modo que entró de nuevo en su vehículo y se dirigió al circuito del Jarama, abierto ese domingo a los aficionados, que podían jugar sin problemas a emular a Fernando Alonso.

Había mucha circulación en la autovía que conducía a San Sebastián de los Reyes, y Víctor no podía conducir a la velocidad que hubiese deseado, de modo que Gaby y Ágata, que viajaban en el mismo coche, pudieron seguirlo con bastante facilidad. Al llegar a las inmediaciones del circuito, Víctor decidió entrar por la urbanización privada que se hallaba junto al recinto en lugar de por la A-1, y se detuvo en la terraza de un bar de la urbanización, para tomar una copa de ron y fumar un cigarrillo. Fue entonces cuando Gaby, que había estacionado su coche tras unos arbustos, le dijo a Ágata:

—Ha llegado nuestra oportunidad. Dentro de un rato estará probando su coche en el circuito del Jarama. Suele venir a menudo. El único problema es que veo a Víctor demasiado despierto y consciente. Si introducimos una píldora en su vaso y no se disuelve bien, podría darse cuenta. Tú intenta conversar un rato con él. Yo apareceré más tarde y le despistaré para que puedas hacer tu trabajo.

—Perfecto. ¿Qué clase de pastilla le vamos a administrar?

—Un excitante muy poderoso. Provoca alucinaciones y hace enseguida efecto. Si tenemos la suerte de que en ese momento esté probando su coche, perderá el control.

—¿Y si hay más vehículos circulando en ese momento y arremete contra ellos? —preguntó Ágata.

—No temas.

—¿Por qué?

—Porque le gusta circular solo. Paga una suma extra por el privilegio. El año pasado vine una vez con él y con Julio y pude comprobarlo.

Ágata abrió su mano derecha para que Gaby depositase en ella la píldora, salió del coche y se fue acercando a la terraza. Esa mañana lucía una peluca rubia platino, e iba vestida como las chicas despampanantes que frecuentan los circuitos. Bajo el abrigo largo de lana de cachemira color burdeos lucía unos pantaloncitos que dejaban al descubierto buena parte de sus nalgas.

Contoneándose con desenvoltura juvenil, se detuvo ante la barra de la terraza y saludó a otras chicas como si las conociera. Luego se echó unas risitas, pidió un martini y una paja para beberlo como si fuera un refresco, y miró hacia la mesa en la que se hallaba

Víctor con ojos incandescentes de putilla alocada. Víctor le regaló una sonrisa abierta y prometedora, y le hizo un gesto para que se acercara y se sentara junto a él.

Ágata caminó hasta la mesa de Víctor contoneándose como antes, y se sentó frente a él con el abrigo abierto, las piernas bien visibles y los pantaloncitos prietos que acentuaban el relieve de su monte de Venus. A Víctor le bastó con mirar hacia ese ángulo de su cuerpo para sentirse eufórico.

—¿Cómo te llamas, dulzura?

—Fabiola —le dijo ella—, pero todos me llaman Fabi.

—Te veo muy alegre esta mañana.

Ágata dio un sorbito a su vaso con la paja y dijo con voz y dialecto de pija:

—Siempre soy superalegre y superpositiva.

—Yo también —musitó él—. ¿Sabes que me gustas un montón?

—Y tú a mí. ¿Ese es tu auto? —preguntó ella señalando el coche negro.

—Sí —contestó él.

—Es superguapo —susurró ella.

—Tú sí que eres superguapa. Qué ganas tengo de...

Ágata puso cara de sentirse embriagada por la belleza del varón que tenía delante. Víctor creyó que le ardían la entrepierna, la cabeza y el corazón y le susurró al oído:

—Ahora voy a probar el coche en el circuito. No estaré más de una hora. Citémonos aquí mismo a las dos. Iremos a comer por ahí y luego nos vamos a mi casa.

—No va a ser posible —dijo ella—. Aquí llega mi novio.

Justo en ese momento hizo aparición Gaby, que esbozó una sonrisa en la que no se percibía ningún residuo de sospecha o de rencor, y exclamó:

—¡Pero Víctor, amigo, al fin te encuentro!

—¡Gaby...! —dijo Víctor, asombrado—. ¿Qué haces aquí?

—Esta misma mañana me enteré de la muerte del pobre Julio. Lo lamenté de verdad y no entendí por qué no me llamó nadie de su familia. Hace una hora telefoneé a tu madre. Me dijo que habías acudido al funeral y que seguramente estabas en el circuito del Jarama. También me dijo que entendía tu actitud y que no podemos pasar la vida pensando en los muertos.

—¡Qué mujer! Pues sí, aquí me tienes dispuesto a domar a un pura sangre. Ya iba a hacerlo cuando me encontré con... tu chica. ¿Desde cuándo sois novios?

—Desde hace tres meses. He venido con ella y he tardado en llegar porque no encontraba dónde aparcar.

—Lo entiendo —dijo Víctor más calmado—. Podéis entrar conmigo en el circuito, y tú, Gaby, puedes probar el coche después de mí. Sé que te gusta el volante.

—Lo haré con mucho gusto.

Víctor no acertaba a darse cuenta de que Gaby y Ágata lo estaban mareando y jugaban con él como si fuera una pelota de ping-pong. Se hallaba demasiado aturdido y extraviado como para advertirlo. El entierro de su primo, el coche, la copa, las insinuaciones de la chica, la aparición de Gaby le habían colocado en un universo de una irrealidad que sin embargo se podía tocar, de una irrealidad de carne y hueso que le tenía

transfigurado. La actitud de Gaby le resultaba del todo convincente, y empezó a cambiar de opinión sobre él. Ahora le costaba creer que Gaby hubiese supuesto un peligro alguna vez. Quizá tenía en su poder el diario de Olalla, si de verdad existía, pero le parecía evidente que en ese diario no había nada que comprometiera a ningún miembro de la antigua pandilla, y sintió una profunda alegría y una sensación de libertad que hacía tiempo echaba en falta.

Y mientras Gaby y él hablaban, Ágata había hecho su trabajo y la pastilla se había disuelto por completo en el ron con hielo que Víctor apuró antes de dirigirse solemnemente al circuito.

Cuatro

Víctor detuvo el coche bajo un alero junto a la tribuna, saludó al director y dejó que los aficionados que se hallaban en el lugar admirasen la belleza de su máquina.

Dos empleados le invitaron a un café. Mientras lo tomaba, Víctor les estuvo hablando de las peculiaridades de su bestia negra, de la calidad de las ruedas y los cromados, de la bondad del cuero rojo de los asientos, y hasta de la fidelidad y el poderío del equipo musical, que le hacía sentirse en las entrañas más íntimas del sonido. Dos chicas minifalderas se acercaron a él para regalarle cumplidos y sonrisas, pero Víctor apenas les hizo caso, en parte porque en ese momento le interesaba más la máquina, y en parte porque tenía a otra mujer en la cabeza, con la que pensaba desahogarse a su debido tiempo.

Aún aceptó otro café antes de ponerse el traje de cuero y el casco. Ya se hallaba vestido para la ceremonia cuando se acercó al director, viejo amigo suyo, y le pasó seiscientos euros. El director aceptó la propina y ordenó por el altavoz a los dos aficionados que en ese momento se deslizaban con sus vehículos por el circuito que abandonasen la pista.

Con el ánimo muy crecido, Víctor saludó con la mano a Gaby y a su compañera. Luego pensó en Julio, se encomendó a él, se introdujo en el coche, arrancó y enseguida empezó a acelerar. La máquina respondía como cabía esperar y durante la primera vuelta todo le pareció normal. Fue al iniciar la segunda vuelta cuando comenzó a experimentar una temperatura mental que se le antojaba desconocida, y la achacó a las emociones del día y a la fuerza que le comunicaba Julio desde el más allá.

Poco a poco, la fisonomía de la pista y el circuito se fueron desdibujando ante sus ojos. De pronto se sintió sumido en un mundo de oscuridades radiantes y luces transparentes que se disolvían unas en otras, formando escalas vertiginosas que parecían de naturaleza musical. Ráfagas de niebla policroma se dirigían hacia él y daban vueltas a su alrededor, y hasta llegó a creer que estaba en otra dimensión del tiempo y el espacio, mientras seguía acelerando e ignorando los gestos del director del recinto, que le pedía que no corriera tanto.

Durante unos instantes volvió a la realidad, y distinguió la pista, la gente que le miraba desde un ángulo de la tribuna, los campos que se diluían más allá del circuito, pero regresó enseguida a su sueño líquido de velocidad incesante, donde se borraban las fronteras entre la materia por la que se deslizaban las ruedas y las imágenes evanescentes y raudas que circulaban por su cabeza. Nódulos incandescentes giraban locamente a derecha e izquierda, ciclones de sustancias etéreas ascendían y descendían ante él a la misma velocidad que la máquina, y le daba la impresión de ir a más de quinientos kilómetros por hora.

De súbito, todo en él se aceleró mucho más y se creyó viajando por un embudo de antimateria, o por el horizonte de sucesos de un agujero negro. Era imposible sustraerse a aquella sucesión de emociones encadenadas, que se le presentaban como un orgasmo tan mental como físico, tan vertiginoso como sostenido, en el que desaparecían todas las formas del miedo, invitándole a pisar con más fuerza el acelerador.

Nunca se había sentido tan poseído por el duende de la velocidad. Era como habitar su mismo corazón, como penetrar en sus radiaciones más íntimas, haciéndole creer que más que correr volaba.

Una vez más, notó que volvía a la realidad y recordó que se hallaba en el circuito del Jarama, que la gente le gritaba y le hacía gestos desesperados, y que desde la megafonía una voz casi sobrenatural le pedía que depusiese su actitud y mermase la velocidad, pero se trataba de una voz tan lejana que parecía llegar de remotísimas galaxias, una voz que no tenía nada que ver con él, y que ni debía ni podía escuchar. Por otra parte, empezaba a sentirse poseído por una seguridad más allá de toda duda, que templaba sus nervios y niquelaba su cuerpo, dándole la impresión de que su organismo era tan metálico como el auto, y de que ambos conformaban un único cuerpo atravesando la frontera del sonido y precipitándose dulcemente hacia un abismo de silencio. Porque ahora todo era silencio, y en ese silencio bendito la aceleración extrema se confundía con la extrema inmovilidad. Su cuerpo y la máquina perdían gravedad y densidad, y juntos se deslizaban por un universo de ingravidez sideral a mil años luz del circuito del Jarama.

La fisonomía de la pista volvió a diluirse por completo ante sus ojos cegados por la velocidad, y el silencio continuó poseyéndolo todo, hasta que le sobrevino un instante de mínima vacilación y creyó darse cuenta de dónde estaba.

Fue entonces cuando se estrelló contra un muro de contención no lejos de la tribuna. El coche saltó por los aires y él salió despedido como una bola lanzada por una catapulta, hasta converger con una valla de aluminio que lo decapitó. Su cabeza rodó lejos del casco y se detuvo a los pies de una chica que dio un grito de terror.

Desde una curva del circuito, Ágata y Gaby presenciaron el accidente, y fue como si experimentaran a la vez una especie de orgasmo, doloroso y cargado de electricidad, que se había ido demorando con cada vuelta que Víctor daba a la pista, y que finalmente había estallado mientras la cabeza rodaba y la chica emitía aquel grito que les llegó al mismo tiempo al cerebro y al corazón.

Empezaron a sonar las sirenas y las alarmas, y ellos se giraron el uno hacia el otro y se miraron a los ojos. Fue un momento de comunión extrema, en el que se fundían y confundían el alivio y el desasosiego, la culpa y la redención.

Involuntariamente, se rozaron las manos, y no sabían si sentían frío o calor. Acto seguido, huyeron de allí como Adán y Eva tras morder la manzana de la ciencia, y se sentaron en un banco de piedra cerca del lugar donde Gaby había dejado su coche.

–Asunto concluido –dijo él, cabizbajo.

–¿Tú crees? Mucho me temo, amigo, que ahora viene lo peor: asimilar lo que hemos hecho.

–Tienes razón.

–¿Tú que vas a hacer?

–Verás, tendríamos que ir a cenar a casa de Leonor.

–¿Los dos?

Gaby asintió con la cabeza.

–Ayer hice con ella un pacto: si todo salía bien, haríamos una cena solemne en su casa.

¿Te parece bien?

–Sí.

Cinco horas después acudieron a casa de Leonor, que los recibió con la boca sonriente y los ojos llorosos. En cuanto estuvieron reunidos, formando los tres ángulos de un triángulo en torno a la mesa camilla, empezó a circular entre ellos la misma pulsión de vida y de muerte, y el mismo estremecimiento interior. De forma más bien azarosa y a la vez necesaria, los tres habían unido sus astucias y sus fuerzas para llegar a un objetivo. Antes de compartir el vino y los manjares de esa noche, ya habían comulgado con la misma forma. Lo sabían, y la cena en casa de Leonor era el medio más idóneo para que, durante unos instantes de un espesor insoportable, la conciencia de su complicidad llenase enteramente sus cerebros y los aunase en un mismo cuerpo oscuro y denso.

Fue una cena silenciosa, pero en modo alguno lúgubre, en parte porque a los tres los invadía una muda felicidad difícil de explicar, pues estaba saturada de dolor.

Tras la cena, Leonor se fue un rato a la cocina, momento que Ágata aprovechó para preguntarle a Gaby qué pensaba hacer.

–Volver a la residencia psiquiátrica. Hoy concluyen mis vacaciones y no me importa. Lo mejor en estos casos es sumergirse en el trabajo. Voy a entregarme a los enfermos

como nunca, me voy a dejar absorber por ellos, voy a descansar en su locura.

–Yo me refugiaré en mi hotel y pasaré la noche haciendo yoga.

–¿Quedamos mañana para cenar?

–Sí, pero mejor que sea fuera de Madrid.

–Perfecto. Te espero a las nueve de la noche en la puerta del restaurante la Posada de las Ánimas de San Lorenzo de El Escorial.

–De acuerdo.

Leonor había regresado junto a ellos cuando Gaby se incorporó, abrazó intensamente a las dos mujeres y salió de casa llorando. Ágata se quedó a solas con Leonor, que ignorando la prohibición facultativa del alcohol se sirvió una copa de vino antes de decir:

–Desde el principio de la investigación, usted pudo haber evitado la venganza de Gaby y no lo hizo, razón por la que le estoy inmensamente agradecida. Voy a pagarle sus servicios.

–Ni se le ocurra.

Leonor insistió en pagarle y Ágata zanjó el asunto murmurando:

–O se guarda usted su dinero o no nos volvemos a ver nunca más en la vida.

Tras ese momento de tensión, volvieron a la calma. Entonces Leonor susurró:

–No se lo quería haber dicho hasta ahora, pero mañana mismo me desahucian. Poco después de la muerte de Olalla me quedé sin trabajo y ya no puedo pagar la hipoteca.

–¿Y aún pretendía pagarme con un dinero que no tiene? Siento mucho que tenga usted que abandonar su casa.

–No lo sienta. Lo prefiero. Necesito dejar este piso para siempre, con todas sus plantas y todos sus recuerdos. Que se lo quede el diablo. Solo voy a llevarme algunas cosas de Olalla. Desde que perdí a mi hija no quiero poseer nada. Cualquier objeto frívolo o inútil me quema el alma.

A las once de la noche se despidieron con un abrazo, y quedaron para el día siguiente, pues Ágata prometió llevarla en su coche hasta Aranjuez, que iba a ser el nuevo y definitivo destino de Leonor.

Cuando llegó a la calle, Ágata pasó un rato bajo el alero de una tienda, pensando y orientándose, mientras escuchaba el repiqueteo de la lluvia en los escaparates. Si ahora estuviera ante su amiga Eva, la de París, y le contase lo ocurrido, Eva le diría: «Has llegado a donde tenías que llegar, y puede que no sea la primera vez. No debes convertir todos los casos en los que trabajas en experiencias fundamentales. Eso es una locura. Una puede acabar matando».

Ágata entró en su coche, encendió la radio y decidió llevarle el parte a Lucila, sabiamente modificado. Así que cuando estuvo ante ella le dijo que Víctor había muerto en un accidente en el Jarama.

Lucila, que llevaba todo el día durmiendo plácidamente, se espabiló al oír la noticia.

–¿Víctor, muerto? –exclamó echándose las manos a la cabeza–. ¡No puede ser!

–¿Por qué?

–Porque Dios no suele ser tan justo, ni la vida. Resulta que han muerto Julio y Víctor,

y el tercero se ha desintegrado en el aire... Todo parece una venganza bien dibujada y ejecutada. Esto ha sido obra de alguien, Ágata. Piénsalo dos veces.

—No te entiendo.

—Esto ha sido obra del espíritu de Olalla. Estoy totalmente convencida.

Ágata asintió.

—Empiezo a aceptar que tienes razón —dijo mintiendo—. Hasta ahora era muy reacia a creer en los espíritus, pero, como tú bien dices, es para pensar que Olalla se ha convertido en un ángel exterminador.

—¿Por fin lo reconoces? —exclamó Lucila antes de reventar en sollozos. En ese momento estaba convencida de que las muertes de las que hablaba Ágata habían sido tejidas por una mano invisible de naturaleza espiritual, y quemó incienso ante una fotografía de Olalla mientras murmuraba—: Pero los ángeles exterminadores no actúan directamente sobre los hombres y las mujeres. Actúan a través de alguien. ¿Y si Gaby estuviera detrás de todo?

Ágata simuló un profundo estupor.

—¿Lo crees capaz? ¿A ese infeliz? ¿Y, además, cómo? ¿Crees que entró furtivamente en la casa de Julio y abrió la llave del gas? ¿Crees eso?

—No.

—¿Y crees que hipnotizó desde la distancia a Víctor obligándole a acelerar hasta perder el control?

Lucila volvió a negar. Ágata añadió:

—Sería magnífico poder resolver así las cosas, pero me temo, amiga, que esta vez la mano invisible ha actuado a su manera. Los griegos lo llamaban destino, yo lo llamaría de otra forma.

—¿Cómo?

—Lo llamaría necesidad, y también lo llamaría realización de un deseo. No siempre los deseos quedan flotando en el aire, a veces se materializan.

—Tienes razón. A veces ocurren grandes cosas en la vida que coinciden con nuestros deseos. ¿Has visto las velas?

Ágata miró a su alrededor, y solo entonces se dio cuenta de que las penumbras estaban llenas de velas. Había cirios por todas partes, si bien estaban todos ellos apagados.

—¿Por qué tantas velas? —preguntó Ágata.

—Porque mañana, 21 de diciembre, quiero celebrar en esta casa la fiesta del fin del mundo. Evolucionaremos todos en un universo de luces palpitantes, que nos saldrán al paso, nos guiarán, nos iluminarán, nos confundirán... Creo que va a ser todo un acontecimiento. La cantante calva no quería faltar, pero resulta que tiene un concierto en un piano-bar. ¿Te dignarás a venir?

Ágata la miró con pánico.

—No puedo. Tengo que regresar inmediatamente a París.

Media hora después se despidieron junto a la parada del metro y prometieron volverse a ver. Ágata se dirigió a la plaza de Santa Ana, donde decidió tomar una última copa en el café Central, atraída por la música de jazz.

Fue allí, mientras escuchaba a un cuarteto del que nunca había oído hablar, donde se sintió sin luz y a la deriva. Fueron solo unos instantes de caída en picado a Dios sabe qué acantilados... Luego notó en la cara algo parecido a un tortazo. Fue como sentir en el rostro una ráfaga, pestilente y fría, de pura realidad, que la obligaba a un primer despertar, doloroso y contundente.

Con fondo de trompeta que se aleja hacia el reino del silencio, sintió un calor tan mordiente y tan vivo que solo podía ser el calor del infierno.

Permaneció en el café Central hasta que lo cerraron, y cuando llegó a su cuarto, más que dormirse, se desmayó.

Leonor era una mujer muy querida en el barrio, y algunos de sus vecinos habían corrido la voz de que la iban a desahuciar, como ya habían hecho con seis familias de la misma calle. De modo que cuando Ágata llegó a su casa el martes por la mañana encontró a más de cien personas de la plataforma Stop Desahucios, armando jaleo ante los policías de uniformes negros y rostros severos.

Con las maletas hechas, Leonor salió de casa y, dirigiéndose a sus defensores, dijo con voz temblorosa:

—Calmaos, muchachos, y dejad que la policía haga su trabajo y precinten la casa para dársela a Satanás. Yo me voy a Aranjuez con mi hermana a pasar mis últimos años. Me da asco esta ciudad y los que la gobiernan, y os juro que no quiero llevarme ni el polvo de mis zapatos.

Todos la aplaudieron con devoción. Un agente se acercó a ella y le dijo:

—¡Lárguese de una vez!

—Y usted váyase al infierno.

El policía se limitó a mirarla con desdén. Poco después, los agentes se retiraron como un pelotón cabizbajo que acaba de participar en un fusilamiento, y dejaron que Leonor y Ágata cargasen las maletas en el coche.

Y fue así como hacia las once de la mañana salieron de Madrid y se dirigieron a Aranjuez por la polvorienta autovía llena de curvas y camiones rugientes. Llegaron una hora y media después a una casa junto al palacio y la parada del autobús, donde vivía la hermana de Leonor.

La casa era austera y espaciosa, y no se veía en ella ningún objeto de mal gusto. Se trataba de una de esas viejas casas españolas en las que todos los objetos cumplen una función, y la cursilería y el sentimentalismo ornamental brillan por su ausencia.

Ágata comió con las hermanas en un salón al que llegaba el bendito sol de invierno en todo su esplendor, y tras la comida abrazó a las dos mujeres y se fue a pasear un rato por los jardines del palacio.

Nunca había estado en aquellos jardines y ahora se arrepentía. Le gustó el palacio, de proporciones muy equilibradas y menos insensatas que los palacios franceses, pero le gustaron mucho más los jardines y sus fuentes llenas de carámbanos.

De nuevo en su coche, Ágata estuvo leyendo un periódico que había comprado antes de entrar en los jardines, y se detuvo en las páginas que hablaban de nuevas violaciones en la India, tan violentas como las anteriores, y una vez más pensó en Olalla, que ni era india, ni vivía en un país tan peligroso para las mujeres, y sin embargo...

Al llegar a Madrid, cayó en la cuenta de que era 21 de diciembre y no había llegado el fin del mundo, para gran decepción de todos los apocalípticos.

La Navidad se hallaba cada vez más próxima, y la Gran Vía y Callao rebosaban de

transeúntes bajo las luces pálidas que proyectaban sobre ellos reflejos fantasmagóricos. No parecía la Gran Vía de otros años por esas mismas fechas. En otras épocas la avenida se presentaba al mundo chorreante de luz y de ruido, con las orquestas callejeras tocando en las esquinas y las tiendas llenas de clientes, en cambio ahora mucha gente se limitaba a mirar escaparates. El consumo desaforado era un asunto del pasado y el mundo volvía a tener límites muy estrictos.

Varias chicas minifalderas se agitaban a la entrada de una discoteca, y se sentía allí, circulando entre la gente y las muchachas, una corriente de emociones dispersas como las que suelen propiciar las drogas sintéticas. El aire vibraba más, quizá porque llevaba esencia de anfetamina, que llegaba desde el interior de la sala cada vez que los musculosos guardianes abrían la puerta. Una bocanada pestilente y tórrida, de una humedad casi marina y olor a plástico recalentado, alcoholes diversos y bragas húmedas, invadía periódicamente la acera, y los mendigos sentados a unos pasos de las chicas lo agradecían, pues caldeaba la esquina, llena de las corrientes frías que subían por el tobogán de la calle Valverde.

En una librería que anunciaba cierre por quiebra del negocio habían rebajado el precio de todos los libros, pero solo se veía un cliente, señalando un libro de economía que se exhibía en el escaparate y que estaba teniendo mucho éxito desde que la gente quería informarse acerca del mundo de la bolsa, los mercados y las primas de riesgo.

Mientras callejeaba, Ágata oyó palabras y frases al azar del viento y las resonancias, que por alguna razón le parecieron significativas y que le indicaban que las locuras siempre son colectivas aunque a veces nos parezcan personales. Eran hombres y mujeres que se cruzaban un instante con ella y a los que oía decir:

—Y luego me sale con el cuento de los fondos de inversión...

—Nos han dejado sin pediatra...

—Los caníbales se juntan con las caníbales... ¡A ver si pensamos un poco!

—Yo sabía que su suegro era un corrupto porque el año pasado, cuando se empezó a rumorear...

Más adelante, en la esquina de la calle Barquillo, estuvo escuchando a unos polacos que tocaban canciones de Louis Armstrong. Algunos les echaban monedas, otros los miraban con estoicismo y ojos ausentes, mientras empezaba a caer la nieve y las luces de Navidad, abstractas y débiles, se disolvían como alucinaciones reblandecidas en el prematuro crepúsculo de diciembre. Entonces se acordó de Lucila, y la imaginó deslizándose entre velas encendidas, creyéndose por un instante en los umbrales de una nueva era y viendo entre las sombras, blanco y eterno, el espectro de Olalla que le susurraba con una voz muy crujiente:

—Todo lo que les ha ocurrido a esos malditos lo ha ido trazando mi mano de ámbar.

Ágata seguía en la calle Barquillo escuchando a la orquesta polaca cuando miró su reloj y se dirigió a la esquina donde había dejado su coche, con la intención de desplazarse inmediatamente a San Lorenzo de El Escorial.

En San Lorenzo la niebla era mucho más densa que en Madrid. A menos de diez

metros de distancia desaparecían las casas y los árboles. La explanada central parecía una dimensión mágica, llena de bruma y de silencio, y apenas se veían las torres del monasterio, convertidas en pagodas chinas erigidas sobre nubes de guata gris y blanquecina. Allí la metáfora maya del fin de los tiempos se hacía más creíble y Ágata tenía la impresión de que el mundo se desvanecía a solo unos pasos de ella y regresaba al caos original, cuando todo era oscuridad mineralizada.

Anduvo un buen rato recorriendo la explanada, recordando otros días, no tan lejanos, paseando por aquel mismo lugar, que ahora se le antojaba diferente. La niebla lo modificaba todo, y los espacios que transitaba adquirirían una apariencia más tétrica e irreal, como si se hallara recorriendo las inmediaciones del castillo de la novela de Kafka y ella fuese el agrimensor que no sabe por qué ha acudido al castillo. No mucho después, se dirigió a la calle San Antón.

Avanzó entre la densa niebla hasta el portalón de la Posada de las Ánimas, y ya se hallaba en el vestíbulo que conducía a la corrala interior cuando una mano le tocó el cuello y sintió algo parecido al terror. Era como si Olalla la hubiese acariciado con sus manos gélidas.

Se dio la vuelta y se topó con Gaby que le decía sonriente:

—¿Te has asustado?

—Un poco —contestó ella, y le dio un beso.

Subieron hasta el primer piso, donde se ubicaba la zona más acogedora del establecimiento. Estuvieron cenando sin decir una sola palabra, mirándose a ratos como almas fraternas, hasta que Ágata dijo:

—Es horrible. Me siento fuera del mundo y a la vez muy dentro. Llevo varios días durmiendo mal.

—Y yo. ¿No crees que nos dedicamos a la venganza porque aún conservamos frescas nuestras heridas?

—Por supuesto.

—¿Tú conservas frescas algunas heridas?

—Sí, y el que no las conserva frescas o bien no ha sido herido de verdad o bien carece sencillamente de humanidad.

—¿Puedo saber qué heridas están aún frescas en tu vida? —preguntó Gaby.

—Tengo una herida que ya no sé si supura, pero todavía me duele algunas noches. Cuando estaba a punto de doctorarme en La Sorbona, tuve una relación extraña, amarga y turbulenta con mi director de tesis.

—¿Cuántos años te llevaba?

—Veinticuatro.

—¿Te enamoraste de él?

—Sí, pero mientras estuvimos acostándonos noche y día no me di cuenta de ello y creía que se trataba de una mera borrachera sexual. El caso es que me propuso casarme con él.

—¿Y?

—Y lo rechacé con cierta insolencia. Supongo que por alguna razón quería humillarlo.

La misma noche de mi rechazo se pegó un tiro en la cabeza.

–Entiendo.

–¿Y ahora me vas a hablar de tus heridas?

–La más grave ya la conoces, y lo más asombroso es que se está curando.

–¿Estás seguro?

–Juraría que sí, porque empiezo a experimentar una tranquilidad desconocida. Puede que la herida siga fresca, pero ha dejado de supurar. Nadie sabe lo dulce que puede ser la venganza ni con qué ardor se la puede desear si no ha sufrido un dolor tan profundo como la muerte. Y ahora yo siento esa dulzura, Ágata, esa extraña dulzura teñida de horror que difícilmente habría conocido sin tu intervención. Gracias de todo corazón, gracias, gracias...

–No me las des, por favor. Vas a hacer que me sienta mal.

–Perdona, pero te lo tenía que decir al menos una vez. No sé si te has dado cuenta de que hoy tendría que haber acabado el mundo.

–Me he dado cuenta, y casi lamento que todo siga igual.

–No todo sigue igual.

–Es cierto. Hemos tocado fondo y es lo que me espanta. Basta pensarlo para ponerse a temblar. ¿No es cierto?

–Lo es. Y supongo que puede convertirse en una adicción como cualquier otra.

–Supones bien. Te vas metiendo en el infierno y luego no es tan fácil salir, y si sales sientes nostalgia, imagínate, nostalgia del infierno. ¿Brindamos de todas formas? – propuso Ágata.

Brindaron.

Concluida la cena acudieron al bar Regina, donde organizaban a menudo sesiones de jazz, y donde estuvieron escuchando al trompetista Jerry González, acompañado por el quinteto Frenesí y su cantante calva, en un concierto íntimo y escalofriante, que se demoró hasta las dos de la mañana. Allí empezaron a besarse. Más tarde buscaron el calor de un hotel junto a la estación de autobuses, donde continuaron mordiéndose los labios y estrechándose.

Dentro del cuarto hacía mucho calor debido a que se habían excedido con la calefacción, y al ver que del techo colgaba un ventilador, decidieron ponerlo en funcionamiento. El zumbido del aparato llegó a sus oídos con una violencia inesperada, y creyeron que pasaban a otra dimensión.

Era como cruzar el cristal del espejo interior, como saltar por encima de un embudo oscuro, lleno de insatisfacciones profundas, de malentendidos y de descomposición, y penetrar en el lugar del que emerge el sentido y el sinsentido del amor, en forma de torbellino que arrastra a la conciencia y a lo que hierve por debajo de ella.

Entonces se pegaron el uno al otro de nuevo, fondeando en un mundo de olores inmediatos y antiguos, donde se diluían todos los malentendidos en un mar de delicia.

Con los ojos húmedos y encendidos, como si estuviera a punto de llorar, Gaby musitó: –Esta noche quiero ser enteramente tuyo.

Y era como si le dijera: esta noche quiero que sientas mi culpa dentro de la tuya, y que dentro de ti percibas mi dolor y mi alegría, tú que has viajado conmigo al infierno. Quiero que los dos seamos igualmente culpables e igualmente inocentes, y que nos amemos desde la desnudez más profunda, desde antes de las palabras y los gestos, desde antes de las culpas y las disculpas, desde antes de la conciencia de la muerte y de la vida. Quiero que nos amemos como si esta noche fuésemos a morir y a resucitar al mismo tiempo.

Poco a poco, se fueron desnudando el uno al otro. Ella lo fue despojando de la camisa y los pantalones, y él le fue quitando el jersey de lana, hasta descubrir sus senos duros y rosados. Gaby empezó a lamerlos y ella hundió sus manos en sus cabellos y lo fue guiando hasta el sexo, para que notase la humedad de su vagina entre las braguitas de seda.

Gaby pensó que solo con Olalla había sentido que llegaba tan adentro de la carne de una mujer deseada, y se estremeció al notar una armonía de ritmos que se percibía en la piel y que a la vez parecía una experiencia del alma. Sabía que estaba haciendo lo que ella quería; no necesitaba indicaciones ni gestos, pues era como si viajara por el interior de su pensamiento y el interior de su deseo, que sin palabras le señalaba las rutas más secretas de un placer sentido hasta en los huesos.

Volvió a sumergirse en sus ojos y a morder su boca, se dejó arrastrar por la fragancia de sus cabellos y su espalda, y cuantas más regiones de su cuerpo exploraba, más la deseaba y más anhelaba perderse completamente en ella como en una noche llena de locura y de estrellas.

Empezó a llover violentamente, y las gotas de lluvia estallaban contra los cristales esmerilados de la vieja habitación. El ruido parecía atronador y al mismo tiempo protector, como si la cortina de sonido los amparase de las crueldades del mundo. Entonces empezaron a rodar sobre la cama amplia y faraónica, y Ágata estalló en

gemidos. Todo indicaba que ambos estaban a punto de llegar al clímax cuando el zumbido del ventilador se convirtió en fragor y Gaby notó como si un avión rozase su espalda. Un instante después escucharon un ruido ensordecedor y giraron sus cabezas. El ventilador se había desprendido del techo, había trazado una parábola rozando sus cuerpos, y había acabado estrellándose contra el espejo de la pared.

El recepcionista nocturno acudió al cuarto, y al ver lo que había ocurrido les cambió inmediatamente de habitación. El accidente que se había quedado en mero incidente no mermó su deseo, y se acosaron con más violencia que antes. Seguramente ambos pensaban que a Olalla no tenía por qué gustarle lo que estaban haciendo, y por sus cabezas empezó a circular la fantasía de que se había puesto furiosa porque le estaban siendo infieles. Pero ya le habían dedicado su tiempo, y Olalla no podía monopolizar la eternidad. Fue entonces cuando sus temperaturas empezaron a ascender y tuvieron el orgasmo a la vez, del que regresaron gozosos y maravillados, para toparse con sus ojos respectivos brillando en la claridad de la habitación.

Cuando muy de mañana se despidieron en Madrid, Gaby le dijo al oído:

—Tras la muerte de Olalla tenía claro que me iba a suicidar para irme con ella al país de irás-y-no-volverás, pero tú me has devuelto a la vida. ¿Te gustaría que fuésemos amantes?

—Sí, y quiero que vengas a verme de vez en cuando a París.

—Lo haré. Te lo juro por mi vida.

Ágata permaneció unos instantes en silencio hasta que preguntó:

—¿Conoces a Lucila?

—Claro. Admiro a esa mujer.

—En algún momento Lucila nos conectó. Ella no dudaba de que Olalla había estado escribiendo un diario y por eso te busqué como a nadie, pensando que solo tú lo podías tener.

Gaby asintió con tristeza y dijo:

—Es imperdonable que haya visto a Lucila tan pocas veces desde la muerte de Olalla. Eran como hermanas. Quizá en el fondo de mi ser, ese miserable que todos llevamos dentro sentía celos de ella y hasta un cierto rechazo.

—Lo entiendo, y quizá fue bueno para tu salud no verla. Lucila cree más que nosotros en el espíritu de Olalla...

—¿Qué quieres decir?

—Que la siento en el aire mismo de la noche, y juraría que le atribuye milagros *post mortem*, en parte por mi culpa y por haberle omitido la verdad. Tú podrías serenarla un poco, y aparecería una Lucila que ni tú ni yo conocemos, eso te lo puedo asegurar. En estos tiempos es bueno ser fraternales con todo, amigo, con la vida, con la muerte, con el sexo, con el dinero, con la comida, con la bebida, con la alegría, con la tristeza, con el aliento... Tienes que dejar atrás el pasado, y aunque Lucila parezca la más conectada a ese pasado, también te puede alejar de él a velocidades que ni te imaginas.

—¿Lo sabes por experiencia?

–Más bien por intuición.

–Iré a verla. Eres peor que Satanás. Supongo que ya te habrás dado cuenta. Me has sumergido en un universo de pura sensualidad del que luego cuesta salir, y después pretendes escabullirte insinuando que el mundo está lleno de mujeres como tú o parecidas, que podrían llevarme al séptimo cielo a poco que se lo propusieran. ¿Cómo tengo que llamar a tu sistema?

–Gramática de la supervivencia.

Y efectivamente así era, al menos para ella. Había ayudado a Gaby en asuntos en los que no se debe ayudar a nadie, había pasado una noche con él abierta a todos los goces, y hasta había formulado el deseo de volver a verlo, y además en París y en su propia casa. No estaba obligada a más. Ágata pensaba que podías dar un país al otro, en una noche muy larga y rebosante de placer, pero eso no quería decir que le dieras un continente, tu continente, todo él. Ahora necesitaba retornar a París, sabiendo que le aguardaba un periodo de cambio y reconstrucción. Se trataba de regresar a sus propios límites, a su propia vacilación interior, a su propio centro, para volver a abordar las verdaderas dimensiones del mundo una vez más.

Al atardecer, Ágata emprendió el viaje a París. Al llegar a la frontera se sintió cansada y se hospedó en un hotel de carretera a las afueras de Hendaya. Mientras cenaba, estuvo relejendo el diario fotografiado de Olalla y dio con una página que le interesó especialmente. Olalla la había escrito una semana antes de su muerte y decía así:

Madrid, 1 de agosto, 2012

Hace poco más de un año que aconteció la matanza de Noruega, cuando un sujeto proclive al nazismo y a todas sus secuelas batió el récord (es un decir) de asesinatos múltiples acabando con noventa y un excursionistas en una isla que parecía sacada de una novela de Stephen King.

Hace unas semanas, otro asesino múltiple volvió a sorprender fulminando a doce personas e hiriendo a más de ochenta en un cine de Denver en el que se estaba celebrando el estreno de la tercera entrega de *Batman*.

Salvo los crímenes compulsivos e inmediatos, todo asesinato es primero un asesinato mental, y solo más tarde se convierte también en asesinato real.

Primero la mente trabaja obsesivamente el delito, lo planifica, lo visualiza, lo narra para sí misma una y otra vez. Cuando al fin la mano actúa y el crimen se consuma, se trata simplemente de la última escena del último acto de una obra que empezó hace tiempo, en los pliegues del cerebro, y que concluye con la muerte de alguien. Pero el crimen comienza mucho antes de que la mano homicida empuñe el arma.

Pasa también con los crímenes masivos. Antes de consumarse, fueron planificados.

Piensen los psicoanalistas que matar con la mente es positivo, ya que se trata de crímenes simbólicos, fantasmales, que evitan muchas veces el crimen real y efectivo.

Nunca me ha convencido esa teoría. Hoy, al salir de clase, he visto a Julio, Víctor y Bastian tomando unas cervezas en la terraza del bar de la escuela. Los he saludado desde lejos y no he querido acercarme a ellos. ¿Por qué me ha parecido al verlos que estaban en el infierno? Se lo he contado a Gaby y me ha dicho mientras me besaba:

–No pienses en ellos.

Ágata permaneció un rato pensando en lo que acababa de leer, emocionada y

preocupada por los pliegues de la naturaleza humana, y luego decidió releer todo el diario de un tirón. Cuando concluyó la lectura, salió a pasear por Hendaya pensando que Lucila tenía razón y que el diario de Olalla era una sucesión de visiones esclarecedoras sobre sí misma y la realidad, que a veces tenían algo de proféticas.

Pasó ante un cementerio que se desplegaba junto al mar e imaginó que Olalla se le aparecía entre las tumbas. Más tarde estuvo caminando por un espigón estrecho y negro que se adentraba más de un kilómetro en el agua. En el límite del espolón se sentó en un banco de piedra, donde se sentía enteramente rodeada por el mar, como en el mascarón de proa de un gran navío. Las olas que avanzaban hacia la playa, y que chocaban contra la punta del espigón partiéndose en dos arcos, creaban la sensación de que el espigón avanzaba mar adentro. A la derecha vio amarrada una barca, que parecía la barca de la soledad, y un confin de luces brillantes que se perfilaban a lo lejos. Parecían ser las de un crucero.

Ágata encendió un habano y lo olió a distancia, notando cómo el olor a trópico se fundía con el olor a salitre y a brea, y fue entonces cuando empezó a reconstruir con más precisión que nunca lo que faltaba en el diario de Olalla.

Le ocurría siempre: en cuanto cruzaba la frontera y dejaba atrás España empezaba a ver la luz. En Madrid no solía ver demasiadas luces, en Madrid se sumergía en el abismo de las intenciones y los deseos, si bien con una buena linterna y una buena brújula. Solo más tarde, cuando ya se hallaba al otro lado del puente internacional, empezaba a completar definitivamente las piezas que le faltaban al rompecabezas.

Y por eso ahora, cuando al fin se hallaba en Hendaya, y tras haber releído una vez más todo el diario de Olalla y haber reciclado toda la información que le habían transmitido los personajes del drama, podía recrear en su mente los hechos de la siguiente manera:

La terraza del Champagne Canal era una de las más agradables de Madrid para las tardes sofocantes de agosto. Se hallaba en la zona trasera del restaurante Fábula Buey y se abría toda ella a los jardines y al campo de golf, y uno podía saborear los mejores cócteles frente al césped siempre verde del amplio rectángulo del canal, desde hacía algún tiempo ornado con palmeras que daban al conjunto un aire tropical.

Víctor, Julio y Bastian llevaban una hora sentados en la terraza entoldada del establecimiento, muy cerca de la piscina de Vallehermoso. A las tres de la tarde habían visto a Olalla entrar en el recinto deportivo y la estaban esperando para darle caza.

Víctor apuró su whisky, miró a sus dos amigos con sus ojos vivos y negros, y le dijo a Julio:

–Tendrías que salir a la avenida a echar una ojeada. Olalla debe de estar a punto de abandonar la piscina.

–No sé si me gusta tu plan, Víctor –murmuró Julio.

–¿No me has dicho siempre que quieres follar con ella? –preguntó Víctor malhumorado.

–Sí, pero no de la manera que tú propones. Sabes bien lo que nos ocurrió el pasado verano con la escocesa que arrastramos hasta tu casa. Era alérgica a la cocaína y por poco se muere.

Mientras ellos hablaban, Bastian, el más guapo de los tres, de ojos azules, pelo rubio y cuerpo largo y fibroso, los observaba en silencio y con mucha atención, si bien su mirada parecía llena de extraños nubarrones.

–Déjate de escrúpulos que no vienen a cuento y sal a la avenida. Como se nos escape esta vez me voy a poner furioso. Todo podría ser muy sencillo, amigo. Tú nos la traes hasta aquí, le invitamos a una copa, y aprovechando alguno de sus despistes, deslizo una pastilla en su vaso y la veremos transformada en otra persona. Va a perder la conciencia y se va a volver más ardiente que Mesalina –dijo Víctor.

–Bien, te haré caso, pero solo bajo una condición.

–Veamos.

–Yo la penetraré primero, y después vosotros dos. Además de eso, lo haremos los tres con condón por si luego hay problemas. Dejaremos menos huellas.

–Trato hecho –dijo Víctor, y sus ojos se movieron como astros enloquecidos. Miró a Bastian y preguntó–: ¿Estás de acuerdo con el plan de Julio?

Bastian, que era el más retorcido, asintió con la cabeza. Unos segundos después Julio salió a la avenida.

Julio permaneció un buen rato haciendo guardia en la calle, hasta que le sobrevino el desánimo. Harto de esperar, volvió a la terraza del Champagne Canal y le dijo a Víctor:

—Olalla no aparece.

—Seguro que sigue en la piscina. Llévate la pastilla, entra en el recinto e intenta abordarla allí.

—De acuerdo.

Víctor le pasó la pastilla y Julio penetró en el recinto de Vallehermoso, donde no tardó en ver a Olalla tomando una cerveza en la barra del bar. Sin dejarse ver, aguardó entre la gente hasta que Olalla se dirigió al lavabo. Fue entonces cuando vertió el narcótico en su cerveza y desapareció de allí.

El alcohol que llevaba encima, el calor asfixiante y el resol emanando como una radiación de la acera y el asfalto le hacían ver las acacias, los inmuebles, los coches y los peatones como alucinaciones surgidas de un sueño de opio. En medio de aquella fantasmagoría flotante e indecisa, comenzó de pronto a brillar, como una entelequia evanescente y exquisita, una chica que se alejaba de él con un vestido blanco y unas leves sandalias de tacón. El vestido era muy corto y hacía honor a sus piernas estilizadas y a su divino trasero, hacia el que Julio sentía auténtica devoción. Como clavo atraído por un imán, Julio corrió hacia ella. Ya la tenía a unos diez pasos cuando se detuvo y gritó:

—¡Olalla!

El nombre resonó en la avenida de forma ardiente y feroz. La chica se dio la vuelta asustada y lo vio, jadeante y acalorado, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Julio, nervioso y avergonzado—. ¿Acaso no me conoces?

Olalla parecía aturdida y sin voluntad. Con pasos dudosos, se acercó a él sonriente y confiada.

Se dieron dos besos de cortesía. Julio apresó nerviosamente su mano y le susurró al oído:

—¿Te vienes a tomar una copa a la terraza del Champagne Canal?

Olalla se dejó guiar. Cuando vio en la terraza a Víctor y Bastian volvió a sonreír.

—¡Felices los ojos que te ven, Olalla! Desde que te liaste con Gaby ya no te vemos el pelo.

—¡Qué exageración! —musitó ella, besándolos a los dos y sin saber lo que hacía.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó Bastian con una sonrisa tan amplia como almibarada.

—Un agua mineral —dijo ella.

Ya se la habían servido cuando la poca voluntad que le quedaba se desvaneció por completo.

Media hora después, Olalla se había vuelto muy extrovertida y cariñosa y le hacían una gracia infinita las insinuaciones cada vez más claras de sus viejos amigos. Cuando salieron con ella del bar, Olalla seguía riéndose y hablando, pero hacía tiempo que había perdido la conciencia.

Se metieron los cuatro en el coche de Víctor, dejaron atrás la avenida y se dirigieron a las inmediaciones del parque de Berlín, donde se hallaba la casa abandonada que los padres de Julio tenían en venta, y allí continuaron la fiesta.

En el salón de la casa, Olalla se desató todavía más y estuvo ejecutando danzas muy provocadoras, mientras ellos festejaban sus gracias y la vitoreaban como a una corista de cabaret. Toda la alegría y generosidad que siempre llevaba con ella desembocó en un estado de descontrol y euforia provocado por la droga, y hubo un momento en el que su baile se tornó de una precisión y una audacia vertiginosas, y giró como una peonza entre las sombras, desatando en los tres hombres una cascada de emociones que no esperaban y elevando su excitación hasta tal grado que les costaba no arrojarle a ella y poseerla allí mismo.

Y de pronto, Olalla se derrumbó como un pájaro fulminado en pleno vuelo. Fue entonces cuando Víctor cargó con ella, la llevó a un cuarto y la tendió en una cama.

—¿Lo hacemos ahora? —preguntó.

Julio, que estaba muy excitado, asintió.

—¿Grabamos un vídeo? —propuso Bastian.

Julio se negó, pero Víctor jaleó la idea y Bastian puso en funcionamiento la cámara.

—¡Vamos a por las máscaras! —gritó Víctor.

Después venía la secuencia de los tres enmascarados que se veía en el vídeo, y llegaba finalmente el despertar de Olalla, que se vestía apresuradamente, alcanzaba la calle, y conseguía llegar hasta su casa en un taxi. Allí pensaba en lo ocurrido mientras se bañaba, y seguramente lamentaba no avisar a la policía. Pero ¿estaba segura de lo que había pasado?

Esa misma mañana, habló por teléfono con Gaby y se dirigió a Galapagar, todavía bajo los efectos de la droga.

Cuando su automóvil iba subiendo el puerto se dio cuenta de que la iban siguiendo y se dejó poseer por los nervios. ¿Llegó a saber que eran Víctor y Bastian los perseguidores? ¿Se percató entonces de que solo podían ser ellos los responsables de la violación?

En una curva su viejo Seat 600 se desvió, chocó contra el arcén, lo rompió y se precipitó por una barranca hasta chocar contra una roca y detenerse junto a un arroyo. Una puerta se desprendió del vehículo y Olalla quedó con la cabeza fuera del coche.

Tras oír el estruendo, Víctor aparcó su automóvil en la cuneta y bajó con Bastian por la barranca hasta el arroyo. Al principio se quedaron paralizados e impresionados ante la dimensión del desastre. Una de las ruedas del coche aún giraba y salía humo del motor. Olalla parecía muerta, con la cara ensangrentada y una herida en el pecho que se lo cortaba por la mitad.

Tras unos instantes de vacilación que le parecieron eternos, Víctor palpó la muñeca de Olalla y puso cara de preocupación.

Bastian preguntó:

—¿Aún está viva?

—Sí —contestó Víctor.

—¿La remato? —musitó Bastian, tragando con esfuerzo la saliva.

Víctor asintió con la cabeza.

Bastian cogió el parachoques que se había desprendido del automóvil y le golpeó varias veces la cabeza a la altura de la sien.

Ágata acababa de regresar al hotel cuando recibió una llamada de Gaby, que con voz agitada le suplicaba pasar con ella una noche más.

—¿Dónde estás? —le preguntó Ágata.

—En Irún —contestó él—. ¿Y tú?

—En Hendaya.

—Entonces estamos más cerca de lo que yo creía. Verás, una hora después de que dejaras Madrid, se apoderó de mí la ansiedad, cogí mi coche y... ¿Podemos vernos?

—Claro —dijo ella—. Quedemos dentro de media hora en el bar de la gasolinera de la rue Pierrot. Está abierto toda la noche.

—Allí estaré —musitó él.

Veinticinco minutos después, ya estaban los dos en el establecimiento. Se sentaron a una mesa lejos de la barra y pidieron dos cafés. Acababan de servírselos cuando Gaby acarició la mano derecha de Ágata y murmuró:

—Necesitaba tocarte una vez más, saber que no ha sido un sueño todo lo que nos ha pasado. No voy a molestarte mucho. Dentro de un rato me vuelvo para Madrid.

—¿Qué quieres decirme?

Gaby permaneció un rato en silencio hasta que empezó a susurrar:

—Eres una mujer extraña, la mujer más extraña que he conocido. Júrame que nunca lamentarás que te haya utilizado para consumir mi venganza.

Ágata se echó a reír.

—¿De modo que crees que me has utilizado?

—Sí.

—Pues me temo que te equivocas, como se equivocó una mujer de la aristocracia madrileña para la que trabajé hace algún tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que vivimos todos sumidos en un sistema concebido para proteger a los verdugos y desatender a las víctimas. ¿Adivinas por qué?

—No.

—Porque nos domina la ideología del triunfo, a nosotros y al Estado. Toda víctima es un perdedor, y sobre todo si muere. Vemos la muerte como la derrota suprema y como el mayor de los fracasos. Piénsalo dos veces. Las víctimas no interesan a nadie, ni ahora ni antes, circunstancia muy ventajosa para los verdugos. Así que no queda otro remedio que enmendar esa barbarie como yo suelo hacerlo cuando lo veo necesario. No fuiste tú el que mataste a Bastian, Julio y Víctor, no te engañes ni te culpes más de lo que debes. Los maté yo.

—¿Bromeas?

Ágata volvió a reírse, pero con más acritud. Luego murmuró:

–Reflexiona un poco. Si cuando te vi meter a Bastian en el maletero hubiese llamado a la policía, seguramente ahora estarías en la cárcel y ahí habría concluido tu venganza. Acabaste con Bastian y sus dos amigos porque a mí me dio la gana. No me utilizaste, al menos no como tú crees. Fui yo la que te utilicé, y yo la que me cargué a los violadores instrumentalizando tu rabia y dejándote hacer. He usado tu desesperación para acabar con ellos como Yago usó los celos de Otelo para acabar con Desdémona. Siempre mato de forma diferida, usando a mi favor el odio de los otros. Pero eso no lo aprendí leyendo a Shakespeare, a Henry James o a Agatha Christie. Lo aprendí en la Sorbona leyendo a Maquiavelo.

Gaby la miró lleno de estupor. De pronto los ojos de la mujer que tenía delante se le antojaron más grandes y más vivos. Parecían unos ojos de fuego verdoso que le iluminaban por dentro y abrasaban su cerebro como si acabara de recibir una radiación.

–Empiezo a entenderte mejor –balbució.

Ágata sonrió con dulzura, acarició la mano izquierda de Gaby, la besó y musitó:

–Basta de palabras que queman y matan, amigo, quiero volver a ser muy cariñosa contigo. ¿Nos vamos a la cama?

Esa madrugada, volvieron a hacer el amor. Se despidieron al alba, bajo una luz encarnada que avivaba sus rostros y los transfiguraba.

Diario de Ágata. 1 de enero, 2013

Llegué a París al mediodía, y pasé más de una semana encerrada en casa y planteándome la posibilidad de escribir un diario como Olalla. Ahora mismo lo empiezo para hablar sobre todo de lo que me ocurrió en Nochevieja, cuando fui con mis amigos a cenar a un restaurante de Montparnasse.

Recuerdo muy bien que en algún momento de la cena salí a la calle para fumar un purito y estar un rato sola. Pegada al restaurante se hallaba la entrada de un hotel con las puertas de cristal. Al fondo se veía el mostrador de la recepción, el portero de noche y una gran pantalla que estaba transmitiendo la fiesta de fin de año en la Puerta del Sol de Madrid.

Inmediatamente entré en el hotel y saludé al portero, que resultó ser español.

—¿Me dejas que vea un momento la televisión?

—Claro. También puedo invitarte a una copa de *champagne*.

—Acepto tu invitación.

El chico me sirvió una copa. Mientras la bebía, estuve viendo el aguacero que caía sobre la plaza más emblemática de Madrid. La Puerta del Sol se había convertido en la Puerta del Monzón. Un mar de paraguas de diferentes colores cubría la plaza, conformando la concha de una gigantesca y temblorosa tortuga. Las imágenes me abdujeron, por decirlo así, y fue como regresar a Madrid de forma fulminante. Sí, me hallaba en la Puerta del Sol, pasando frío bajo un paraguas mínimo, y aguardando el inicio de un año que hasta los más optimistas miraban con desánimo.

Volví a mí ser tan inmediatamente como había salido de él, y miré al chico con ojos de alucinada. Era muy guapo y había en su sonrisa una amabilidad exquisita.

Dejé la copa sobre el mostrador y le dije:

—Quizá más tarde te haga una visita.

—Sería un inmenso placer. Me llamo Pablo, ¿y tú?

—Te lo diré el año que viene.

Salí a la calle, y antes de regresar al restaurante estuve recapacitando un rato mientras veía los coches deslizarse por el bulevar de Montparnasse. Una vez más, me acordé de Olalla y lamenté no haber visitado su tumba. ¿Pero acaso era tan importante? ¿Qué importaba dónde yacía una cuando estaba muerta? En un charco de barro y brea, o en una casa blanca dominando el Sena. Muerta, una dormía el sueño eterno.

Sí, se trataba de muy solemnes palabras que en realidad falseaban la verdad, ya que hablar del sueño eterno era suponer que una aún seguía de alguna manera viva, en el seno mismo de la muerte, y que solo estaba dormida. Pero no se trataba de un sueño, se trataba de una disolución de todas nuestras moléculas en la vastedad de la materia, pensé.

Ahora miraba hacia atrás, todavía conmovida por los hechos, y tenía que reconocer que una vez más había conocido en Madrid lo mejor y lo peor: la gloria de los sentidos y su miseria. La tensión no había cesado en ningún momento, y tampoco el derroche de vida. Habían derramado una gran avalancha de vida ante mí y en mí, y también una avalancha de muerte. Y como aún tenía muy reciente lo ocurrido, flotaba en dos universos paralelos y pasaba bruscamente de uno a otro, del universo de los recuerdos inmediatos, que aún circulaban por mi mente como ríos de vida hirviendo, al presente mismo de París, que me obligaba a pasar página.

De repente me estremecí. Fue tras cerrar los ojos y ver en la oscuridad de mi mente un rostro pálido y sonriente, con una claridad espantosa. ¿Y si Lucía tenía razón? ¿Y si todos mis actos en Madrid los había motivado el poder de una ausente con su misma ausencia?, me pregunté llena de estupor, pero preferí no tomar esa dirección de la mente para no caer en la trampa de achacarle a una difunta los muertos de Madrid, si bien sabía que una duda acababa de asentarse en mi cabeza para pasar en ella una larga temporada.

Solo entonces pensé en el poder de los muertos, que a veces podía ser muy superior al de los vivos. ¿Alguna vez Olalla, la amorosa y elocuente Olalla, había tenido tanto poder sobre algunas personas como en la segunda mitad del año 2012, cuando ya estaba muerta? ¿Alguna vez Olalla había ocupado tanto la cabeza de Gaby y las conciencias de los que la agredieron? Y para percibir ese poder que a

veces tienen los ausentes sobre los presentes, no necesitaba creer en los espíritus o pensar que el fantasma de Olalla andaba danzando por ahí. Me bastaba con mirarme a mí misma y constatar que todos mis pasos en Madrid habían sido un baile siguiendo el *código Olalla*: sus huellas perdidas, sus ojos perdidos, su voz.

Era un dolor la vida, pensé, pero también una inmensa y vertiginosa emoción tan profunda como la muerte y más extensa que el amor. Por eso a veces podía resultarnos impensable la idea de perderla, como le resultaba impensable a Olalla antes de que declinara el verano del año 2012 y llegase el otoño con sus ferocidades a las calles de mi antigua ciudad azul.

Estaban a punto de dar las doce de la noche. Acosada por el frío, regresé al interior del restaurante y me uní a mis amigos para brindar con ellos y evitar reproches. De pronto, el cielo de París se llenó de fuegos de artificio y supe que al fin había concluido el año del fin del mundo.

Fue entonces cuando tuve la impresión de hallarme en un puente largo como el bulevar de Montparnasse. Atrás empezaban a quedar las luces y sombras de Madrid, y lo que había más adelante yo no lo sabía. Nadie sabe con seguridad qué le va a pasar al día siguiente, pensé, y en esa permanente incertidumbre vamos dibujando nuestros destinos, como osos polares que saltan de uno a otro iceberg en la noche ártica, ansiosos por llegar a un mundo más firme que está siempre más allá.

Créditos

Edición en formato digital: noviembre de 2013

En cubierta: *Waterfalls*, fotografía de © Gordana Hajinovic

© Jesús Ferrero, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-77-7

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Obras de Jesús Ferrero publicadas en Ediciones Siruela

Zirze piernas largas (2002)

El secreto de los dioses (2003)

Las trece rosas (2003)

Opium (2004)

Las noches rojas (2004)

Ángeles del abismo (2005)

Bélver Yin (2006)

Las fuentes del Pacífico (2008)

El beso de la sirena negra (2009)

Balada de las noches bravas (2010)

La noche se llama Olalla (2013)

Índice

Portadilla	2
Dedicatoria	4
Cita	5
LA NOCHE SE LLAMA OLALLA	6
Uno	7
1	8
2	10
Dos	12
3	13
4	16
5	21
6	26
7	30
Tres	34
8	35
9	41
10	45
11	54
12	60
13	64
14	68
15	72
16	75
17	79
18	82
19	86
20	91
21	96
Cuatro	100
22	101
23	103
24	107

25	111
26	115
27	120
Créditos	122
Obras de Jesús Ferrero publicadas en Ediciones Siruela	123